Fray Mocho

Revista Semanal







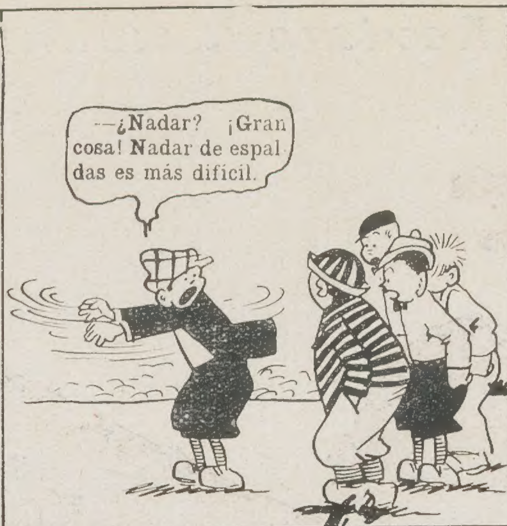
"LA DANZA DEL MANTÓN"

POR AIDA FASSIO

Nº. 873

PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI

























FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 | Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII | Buenos Aires, enero 15 de 1929 | N. 873

Historia futura, por Rojas

EL TURISTA. — ¿Qué evoca este gran osario?
¿De alguna guerra el oprobio,
o algún choque planetario?...

EL CICERONE. — Son víctimas del microbio
anti - supernumerario.



"LA TARASCA"

Por Cristobal de Castro

UN CAMBIAZO—

Yo era ya una mocita. Iba dándome cuenta de las cosas y conociendo el mundo cuando advertí un cambiazo en mi madrasta. "¿Qué le ocurrirá? — decía yo. — Dos años, día por día, guardando el luto a mi pobre padre, que esté en gloria, y de repente esta mudanza... Vestidos claros, flores en ...beza, mucho ventanear, mucha conversación con los huéspedes... Antoñilla, ojo al Cristo, que es de plata... Aquí hay que andar con tiento. Aquí pasa algo.

Pues, señor, que me pongo en guardia y comienzo mi obra. ¿A quién dirigirá los tiros? ¿Será al registrador? Pero el infeliz, con sus papelotes y su dolor de estómago, tenía bastante. ¿Será al agente ejecutivo? Menos... Era un tío rústico, casi negro, que en sacándole del tresillo y del copeo, hombre al agua. Además, que paraba poco en la fonda. Siempre andaba por los cortijos; y cuando regresaba, al anochecer, sudando y cubierto de polvo, pedía su "copita" y se sentaba en el patio, al fresco, a reposar. ¡Bueno estaba para ajetreos de amor!...

De los huéspedes fijos solo quedaba don Gregorio, el coadjutor. ¡Un santo! ¡Un verdadero santo! Su misa, su parroquia, sus paseos por la carretera, con el quitasol y el breviario... Y contestando el "Vaya con Dios" sin levantar los ojos...

¿Para quién se emperejilaba mi madrastra? Porque había que verla maniobrando en el tocador con tarros y menjurjes, remetiéndose los postizos del pelo, ciñéndose el corsé hasta reventar; fofa y fondona, con sus caderazas de yegua, todo se le volvía decir:

—¡Ay, hija! Está ya una hecha un vejestorio.

—¿Vejestorio? — decía yo. — Pero... si está usted casi en la flor de la vida...

—Sí, sí... En la flor...

Y hacía unos mohines, unos dengues... ¡Se lo creía la muy idiota! Con cincuenta años bien corridos, tres barbillas y un andar lento y resoplante, se emperifollaba como una novia... Tanto y tanto dió en adornarse, y tan estrambóticamente, que le llamaban La Tarasca... A mí me da una vergüenza. ¡Y un coraje!...

Cierto día, por la siesta, cogí el regador y me puse a regar las albahacas del portal. En la tienda de enfrente, Cayetano, el de los recados, se hacía el "litri", agachándose para verme las pantorrillas, porque entonces llevábamos las faldas arrastrando... Yo, con mi mala sangre, hacía revolar el vestido. El pobre estaba frito, negro...

Pasaban jornaleros, con sus bestias cargadas de arcarcel. La jaca de Felipe el correo pasó cascabeleando sus campanillas. Joaquín, el tartamudo, se acercó con su espuerta de alcachofas...

—¿Mer... mer..., mercas te alcachofas?

Mi madrastra acudió en seguida, recién peinada, pechugona, pidiendo guerra. Trabó conversación con el vendedor, metiendo mano en la esportilla. De repente, la oí exclamar:

—¡Josú, y qué exagerasión de hombre!...

¿Cómo? ¿El tartamudo? ¿Sería posible?... Creyendo que lo de exageración se refería al precio, no hice caso. Pero unas carcajadas escandalosas de mi madrastra me hicieron acudir a la puerta... ¡Vamos, señor! ¿Pues no estaba aquel bólido humano derritiéndose, o poco menos, con don Jacinto, el médico nuevo?

—Lo que usted oye — decía él. —Que me parta un rayo si miento... Aquí lo que no hay es gusto, ni juventud, ni "lacha"... Este es un pueblo de avefrías... Mujeres como usted, en Madrid, arman la revolución... ¡Je, qué pechuga! ¡Qué caderas! ¡Qué brazos! Y sabiendo lo que es canela fina, señor! ¡Menudas "exuberancias"!... Por algo hay un refrán que dice: "Dame gordura y te daré hermosura..."

Mi madrastra venga reír. Retemblaba gorda y rolliza, ante la letanía de don Jacinto...

EL MEDICO NUEVO—

Don Jacinto, el médico nuevo, era más guasón que su sombra. Hablaba por los codos, mentía más que Manolito Gásquez y suplía su poca ciencia con su mucha labia.

Tenía el pueblo alborotado. Le gustaban todas. Una escoba con faldas lo sacaba de sus casillas. Y en cuanto se oían risas, alborotos, regocijos, ya estábamos diciendo: "Don Jacinto. Cosas de don Jacinto".

A poco de llegar comenzó con las bromas a mi madrastra. Había que oirlo: "Que si usted es una "otoñal" estupenda. Que si la mujer "hecha" es el manjar de los dioses. Que debían pagar por verla, como un fenómeno de hermosura..." Y la tonta, retonta, se lo creía a puño cerrado. Tan se lo creía, que en dos semanas ahorcó el luto, se vistió de claro, se empavonó y ya todo era aguardar a que pasase don Jacinto, a recrearse con don Jacinto, a soñar con don Jacinto... ¡Virgen del Carmen!...

Aquella tarde, el mala idea del médico se conoce que estaba de mejor humor que nunca. Había tomado una copita de más, o ganado al "monte", o cobrado algunos atrasos. Ello fué que con el sombrero en los ojos, ambas manos sobre el bastón y unas posturitas de jaque matadoras, amontonaba disparate sobre disparate.

—No vuelvo a pasar por su casa. Me trae usted loco. Estoy que muerdo...

—¡Jesús, y qué exageración de hombre!... Las viejas no servimos para nada...

—Las viejas, ¿eh? Con esos ojos con esos brazos... con esa pechuga... ¡Au!

—¡Uy, por Dios! ¡Que barbaridad de hombre!... Y sería capaz de morderme...

En la tienda de enfrente se habían congregado el principal, su mujer, sus hijas; Socorrito, la del estanco... Medio pueblo... Todos se retorcían de risa, como en el "cine", ante una película de Harold.

—¡Hay que ver!... ¡Y qué vieja loca!

—¿No le dará vergüenza?

¿Vergüenza? Era verde y se la comió un pollino. Mi madrastra seguía encantada, coqueteando con el médico, en un temblequear de sus carnes fofas, dándole empujoncitos de malicia:

—¡Manos, quietas, so retemalo! Manos quietas...

LA ESCARAMUZA—

La cosa pasaba de castaño obscuro. El espectáculo cundió en seguida por el pueblo. Yo estaba volada. Por supuesto que había oido hablar de que a cierta edad las

LA CANCION DEL VIENTO

Susurro de la fronda,
murmullo de la onda
que pasa fugitiva
como un mal pensamiento
por un alma piadosa,
desdeñosa
y lasciva.
Viento, viento...

Canción lejana,
canción errante;
llama en mi ventana
y sigue adelante,
y más, y más...
Se asoma al alféizar mi alma. En el tisú
del aire, sueña: Canción, ¿en dónde estas?
¿Sabes a dónde vas?
—Yo, no. ¿Y tú?
—No lo sabré jamás.

La canción del viento dice un encanto extraño
de esperanza sin desengaño
y de caricia sin dolor;
como la maravilla de un viejo tesoro,
como la sugestión de unas pupilas de oro
y la sensualidad de una exótica flor.

¿Qué dice el viento que pasa?
En el ocaso sombrío
y en las espumas del río
ha aprendido un madrigal,
y va cantando, cantando,
y va en las almas rimando
su verso sentimental.
¿Qué dice el viento que pasa?
Quizá tu estrofa y la mía
su vaga melancolía
rimen en el mismo amor...
Ay, no! Mi estrofa ha llorado,
y la tuya no ha besado
la flor muerta del dolor.
Deja que retorne el viento,
deja que mi pensamiento
busque la estrofa nupcial.
¿Lloras?...
¡Oh, lírico llanto,
poema de desencanto
romántico y otoñal!

La canción del viento cantaba y ahora llora;
antes fué un epigrama y ya es una dolora,
y luego una elegía
y luego...
Una boca de fuego,
boca de encantamiento,
da un beso y triunfa el día.
Se encharca el viento.

José MARTINEZ JEREZ.

mujeres — ciertas mujeres — sienten la acometida del amor con más vehemencia que las jovencitas. Pero creí que eran cosas de novelas. Y ahora, ante la inesperada conducta de mi madrastra, la verdad, no sabía qué hacer. De una parte, yo la tenía voluntad. Al fin y al cabo, en vida de mi padre se portó con leal decencia. Mas, de otra, aquello no podía consentirse. Todo el mundo burlábase de "La Tarasca" y de mí. La fonda se ponía de uñas. El registrador, el agente ejecutivo, hasta el mismo prudente coadjutor, mostraron su enojo. Sobre todo el agente llegó a insinuarme que se iba. Que aquello era una vergüenza. Que a él los "líos" del médico y mi madrastra lo tenían harto.

—Pues no me ha dicho ese trasto de mediquillo que a él le entretiene hacer de Voronoff con las viejas...

¿Con que de Voronoff? Me indigné. Resolví cortar por lo sano... ¡Lo veríamos! Y lo vimos... ¡Vaya si lo vimos! En cuanto me lo eché a la cara insinué unas miraditas, unas palabritas... ¡Qué quería él más!... Vino a mí como moro a pasa; pero yo le paré los pies. Muy seriecita, muy modosa, le dije:

—Quite usted, Voronoff, novio de viejas... ¡Quite usted!

¡Se puso!... Creí que le daba algo. Palideció, le tembló la boca, no acertó a pronunciar palabra, y al fin se fué, refunfuñando:

—¡Qué niñita! ¡Vaya una niñita!

Pasaron unos días. Creía que había surtido efecto la lección. Pero hombres como don Jacinto no escarmientan. Genio y figura...

El domingo, al salir de misa mayor, pegó otra vez la hebra con mi madrastra. Y ahora con más ahinco, haciendo más visajes, gritando más, como dándome en la cabeza.

—¿La juventud? — le decía a "La Tarasca" ya mi paso. La juventud es tonta de capirote. Donde hay una mujer madura, y sabiendo lo que es canela, ¿qué pintan las niñas bitongas?...

Entonces apelé al supremo recurso. Mientras él piropeaba a "La Tarasca", yo, a hurtadillas, hícele señas, guiños... El hombre se dió cuenta en seguida y acusó recibo, con gestos muy disimulados, pero inconfundibles. Cuando salió, salí tras él al portal. Hice como que cambiaba el agua de las jarras y canturrée, por lo bajo, esta copla, que dió en el blanco, como yo esperaba:

"Aunque te pongas en cruz,
como Jesús Nazareno,
y me des las tres caídas,
en tus palabras no creo..."

Salió, diciéndome entre dientes:

—Me creerás... Te juro que me creerás...

LA VICTORIA—

Aquella noche, entre dos luces, a la hora en que él solía pasar, me puse a la ventana. Llegó y tosí... Tosí tres veces, como en seña: "¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!...

—¿Entro? — balbuceó, sofocado...

Entró al portal, torció a mano izquierda, a la salita. Yo, sobre aviso, me situé estratégicamente, de espaldas a la puerta...

—Antoñita...

Le abandoné mis manos en las suyas. Luego, con voz miedosa, plañí:

—No, don Jacinto... No... Que no...

—Sí, Antoñita... Gloria... Princesa...

Al sentir los ansiados pasos de "La Tarasca" preparé el golpe final magistralmente. Fué una feliz contradicción entre el dicho y el hecho. Le dije, para que me oyese "La Tarasca": "Que no y que no... Suelte, mal caballero". Pero le retenía las manos, apretándolas convulsivamente entre las mías... Unía mi cara a la suya... Me desvanecía en su hombro como una novia seducida...

—Suelte... Mal caballero... Suelte...

—Tonta... Celosilla... Pero, ¿te has creído que la vieja?... ¿La Tarasca?...

"La Tarasca", frenética, feroz, cayó sobre él como una mole...

—¡Granuja!... A la calle, ¡granuja!

Y mientras él, lívido, torcida la corbata y desencajados los ojos, salía del portal como del Infierno, la pobre "Tarasca", sollozando, me abrazaba efusivamente:

—¡Dios te lo pague, Antoñita, hija!... ¡Dios te lo pague!...

NO DISMINUYAS LA LIBERTAD

Dichoso aquel que puede decir al fin de su existencia lo que el español Séneca dijo en sus altas máximas morales: "Saldré de la vida protestando que amé la buena conciencia y las buenas ocupaciones, y que NO DISMINUI LA LIBERTAD DE NADIE y ninguna disminuyó la mía."

Siendo tan relativa como lo es, tan condicionada por los hombres y los sucesos, la libertad constituye, sin embargo, el sumo bien de la tierra.

Schopenhauer afirmó que la Salud, la Juventud y la Libertad, eran los tres bienes humanos por excelencia.

Pero la Salud muchos no la tienen; pasa la Juventud como la verdura del verano, y si la Libertad no nos resta cual postrera novia, nuestra indigencia moral es infinita.

Hay amigos de un egoísmo feroz: los llamados amigos íntimos, los que se dicen "afectuosos".

—"¡Se está tan bien con usted!" — exclaman, y os abruman con sus visitas.

Jamás en su conciencia menguada se preguntaron si tú estás bien con ellos, y te esclavizan con las propias cadenas de tu cortesía, tu generosidad y tu paciencia.

Piensa, en cambio, tú, cuán preciosa es la libertad de los otros. Deja más bien a todos con deseo de verte de nuevo...

Sean tus visitas parvas y tu cordialidad espaciosa.

Ve donde te necesiten. No busques mucho las compañías que te diviertan, pensando que acaso tú no las diviertas a ellas, y ten un sagrado respeto por el pobre y mermado bien que, al quitarnos la salud y la mocedad, nos dejan, compasivos, los dioses.

Amado NERVO.

Muertes Predichas

En el diecinueve año del reinado de Mauricio (599) un adivino, que había adquirido por medio de la meditación la revelación del porvenir, vaticinó al emperador que él y sus hijos serían pasados por las armas.

En el otoño del año de 913, el gran duque Oleg, de Rusia montaba un magnífico caballo, por el cual sentía predilección. Un día preguntó a un hechicero: "¿Cómo moriré yo?", y entonces le contestó el hechicero: "Príncipe, ese caballo que montas será la causa de tu muerte". Turbado Oleg se dijo: "No volveré a montar en él ni le veré jamás.

Cinco años después, a su vuelta a Kien, se acordó del caballo y preguntó por él. "Ha muerto", le contestaron.

Llegado a este lugar descendió del caballo sobre que cabalgaba y dando una patada a la calavera, dijo: "He aquí el animal que debía darme la muerte."

Al momento salió una serpiente que le mordió en el pie y le causó una herida grave, de la cual murió.

LA LECHUZA

Por Alberto Gerchunoff

Jacobo pasó en su petizo ante la casa de Reiner saludando en criollo. La vieja contestó en judío, y la chicuela le preguntó si había visto, al regresar de la era, a Moisés, que partiera de mañana en busca del tordillo.

—¿Moisés? —interrogó el muchacho—. ¿Se fué en el caballo blanco?

—En el blanco.

—¿Enderezó por el camino de las moscas?

—No —respondió Perla;— tomó el camino de San Miguel.

—¿De San Miguel? No lo he visto.

La vieja se lamentó con voz que traducía su inquietud.

—Ya atardece, y mi hijo partió tan sólo con unos mates y no llevó revólver.

—No hay cuidado, señora; se pueden recorrer todos los alrededores sin encontrar un sospechoso.

—Dios te oiga —añadió doña Eva—; dicen que cerca de los campos de Ornstein merodean bandidos.

El diálogo terminó con una palabra tranquilizadora de Jacobo, quien espoleó al petizo, obligándolo a un corcovo para lucir su habilidad de jinete delante de Perla.

El sol declinaba, allá lejos, y la tarde de otoño se adormecía en vaguedades de ensueño. En el cielo se diluían franjas rojizas. El tono amarillento de las huertas, el verde pálido del potrero, quebrado por el arroyo angosto y gris, daban al paisaje una melancolía dulce, como en los poemas hebraicos en que las pastoras retornan con el rebaño sonámbulo bajo el firmamento de Canaan...

Sumíanse en obscuridad las casucas de la colonia y en los alambrados estrellaban en reflejos vivaces los últimos rayos.

—Es tarde, hija mía, y Moisés no llega...

—No hay temor, madre; no es la primera vez. ¿Te acuerdas del año pasado, en vísperas de Pascua, cuando fué con el carro al bosque de San Gregorio? Vino con la leña al día siguiente.

—Sí, recuerdo; pero llevaba revólver, y además, cerca de San Gregorio hay una colonia...

Un largo silencio siguió a la conversación. Grillos y ranas perturbaban con su chirriar la quietud augusta del crepúsculo. En los charcos los teros elevaban su grito, y de la selva próxima venían ruidos confusos.

Una lechuza voló sobre el corral, graznando lúgubremente, y se posó en un poste.

—Es feo este pajarraco —dijo la chicuela.

Graznó otra vez la lechuza, mirando a las mujeres, en cuyo espíritu sus ojos produjeron la misma sugestión agorera.

—Dicen los gauchos —balbuceó Perla—, que es ave de mal presagio...

—Dicen así, pero no creo. ¿Qué saben los gauchos?

—¿No decimos nosotros, los judíos, que el cuervo anuncia la muerte?

—¡Ah, es otra cosa!

La lechuza voló casi a ras del suelo hasta el alero, donde lanzó un graznido, y tornó al poste, mirando siempre a las mujeres.

En el extremo del camino, lleno de sombras, resonaron las pisadas de un caballo. La chica hundió los ojos, haciendo visera de las manos, desengañando a la madre.

—No es blanco...

De la hilera opuesta de casas, el viento traía el eco de un canto, uno de esos cantos monótonos y tristes, en los cuales los copleros de la raza añoran en jerga vulgar la pérdida de Jerusalén y exhortan a las hijas de Sión, "magnífica y única", a llorar en la noche para despertar con sus lágrimas, la piedad del Señor. Maquinalmente, Perla repitió en voz baja:

—Llorad y gemid, hijas de Sión...

Después, con voz más fuerte, cantó la copla de los judíos de España, que le enseñara en la escuela el maestro Rabí David Ben-Azán, israelita marroquí, traído de Buenos Aires:

Hemos perdido a Sión,
hemos perdido a Toledo,
no queda consolación...

Como la madre continuara inquietándose, la muchacha, para distraerla, reanudó la conversación anterior:

—¿Tú crees en los sueños? Hace unos días, doña Raquel contó algo que nos dió miedo.

Perla relató lo dicho por la madre del matarife, y la vieja contó a su vez una historia siniestra, ocurrida en Kischeneff.

Una prima suya, "hermosa como un astro", se comprometió con un vecino de la aldea. Era un carretero, muy pobre, muy honrado y temeroso de Dios. Pero la moza no lo quería por ser jorobado. En la noche del compromiso, la mujer del rabino —una santa mujer —vió un cuervo.

El novio vendió un caballo, y con el dinero compró un misal que regaló a la novia. Dos días antes del casamiento se anuló el compromiso, y la moza se casó al año siguiente con un hombre muy rico.

El recuerdo del suceso causó honda impresión en el ánimo de doña Eva. Su cara se alargó en la sombra y en voz baja narró el episodio. Casóse la muchacha y uno a uno fueron muriendo sus hijos para desdicha de aquel hogar. ¿Y el primer novio? El buen hombre había muerto. Entonces, el rabino de la ciudad, consultado por la familia, intervino. Revisó los textos sagrados y halló en las leyes domésticas —dictadas por el Señor de los profetas— un caso parecido.

Aconsejó a la mujer que devolviera al difunto su lujoso misal, recuperando así la tranquilidad y la dicha.

—"Llévalo —le dijo— bajo el brazo derecho, mañana a la tarde, y devuélveselo'.

Nada respondió la afligida. Al otro día, al caer la tarde, misal bajo el brazo, salió. Una lluvia lenta le golpeaba el rostro, y sus pies, débiles por el miedo, apenas si acertaban con el paso sobre la nieve endurecida. En los suburbios ya, fatigada y triste, se guareció bajo un techo, pensando en los hijos muertos y en el primer novio, cuya figura se desvaneciera en su memoria durante largo tiempo. Lentamente hojeaba el misal, cuyas iniciales frondosas, de estilo arcaico, impresas en un rojo tenue, gustara tanto mirar, en las fiestas de la Sinagoga, mientras el coro recitaba las oraciones cautivas de la Cautividad.

De pronto sus ojos se obscurecieron, y al abrirlos vió en su presencia al carretero, con su cara resignada y huraña, su cuerpo maltrecho y su joroba...

—Es tuyo este misal y te lo devuelvo —le dijo.

El aparecido, que tenía tierra en los ojos, extendió una mano y recibió el libro.

Entonces la mujer, recordando el consejo del rabino, agregó:

—Alma del cielo, que la paz sea contigo y reza por mí en las alturas; yo pediré a Dios por tu salvación.

Perla suspiró profundamente. Ya cerraba la noche, apacible y diáfana. En la lejanía, las luciérnagas se agitaban como chispas diminutas, añadiendo al espíritu de la anciana y de la chica un vago terror de fantasma. Y allí, sobre el palenque, en cuyo torno reposaba el ganado, la lechuza continuaba mirando el grupo con sus ojos agoreros, lucientes y fijos...

Obsesionada por un pensamiento oculto, la niña continuó:

—Pero si el gaucho dice tales cosas del pájaro, bien pudiera ser...

Doña Eva miró el palenque y luego extendió su mirada sobre el camino negro, y con voz temblorosa, casi imperceptible, murmuró:

—Bien pudiera ser, hija mía...

Un frío agudo estremecióla, y Perla, con la garganta oprimida por la misma angustia, se arrimó a la viejecita. En esto se oyó el eco de un galope. Las dos se agacharon para oír mejor, tratando de ver en la densa obscuridad. Su respiración era jadeante y los minutos se deslizaban sobre sus corazones con la lentitud abrumadora de siglos. Aullaron los perros de la vecindad. El galope se oía cada vez más precipitado y nítido, y un instante después divisaron el caballo blanco que venía en impetuosa carrera. Se seperaron medre e hija llenas de espanto, y de sus bocas salió un grito enorme y trágico. El caballo soduroso se detuvo en el portón, sin el jinete, con la silla ensangrentada...

ES LA HORA...

Es la hora...
Es la hora de los viejos clavicordios... Es la hora
en que todo el campo llora,
en que todo el campo gime, y en que, lenta,
la montaña amarillenta,
muy lenta, se descolora.

Es la hora de las manos desmayadas en los claves.
Es la hora en que las aves
tienen vuelos más pausados, más solemnes y más graves.

Es la hora en que, angustiados, los cipreses funerarios,
—en el bosque triste y seco—
hacen eco
al gemido prolongado de lejanos campanarios...

Es la hora en que las cosas se dicen más dulcemente.
Ven amiga... ¡amiga mía!... El ave azul del poniente
pasó, rozando tu frente
soñadora,
y las tímidas campanas, en la sombra protectora,
parece que susurraran,
parece que murmuraran
muy queda, muy quedamente:
"Es la hora...
Es la hora..."

Manuel B. MUJICA LAINEZ.

PRUEBA DE AMOR SALVAJE

En el Sudán se ha conservado, a pesar de una terminante prohibición policial, la costumbre del "Mobatanah", que consiste en un duelo a golpes de bastón o látigo a que se retan dos jóvenes que quieren conquistar a una misma mujer. El que aguanta más golpes sale vencedor y se lleva la novia.

Recientemente se ha producido otro caso de "Mobatanah" en Khartún. Dos jóvenes concertaron uno de esos "matches de amor" y no dejaron de pegarse hasta que uno de ellos cayó desmayado, falleciendo instantes después. El vencedor no obtuvo, sin embargo, la dicha a que aspiraba, pues en vez de entrar a la cámara nupcial tuvo que entrar en el calabozo.

La herencia perdida

Por H. G. Wells

—Mi tío —me dijo el hombre con un ojo de vidrio— era, si se puede denominar así, un semi- millonario. Poseía no menos de ciento veinte mil libras esterlinas... Y me legó toda su fortuna.

Al escuchar esto, no pude menos que mirar las mangas lustrosas y la solapa raída del traje de mi interlocutor.

—Me dejó hasta su último centavo —añadió.

Y advertí, en la mirada expresiva de aquel hombre, un dejo de mal humor.

Para bienquistarme con él, yo agregué:

—Es que yo nunca he tenido una suerte semejante.

—Un legado —observó él suspirando— no representa siempre un beneficio.

Y, con la expresión de un filósofo resignado, hundió su nariz colorada y sus largos bigotes finos en su vaso de cerveza.

—Puede que así sea, en efecto.

—Mi tío era un escritor. Compuso infinidad de libros...

—¡Ah! sí.

—Esa fué mi desgracia.

. . . .

—La última vez que lo ví, me regaló su última obra. Se sentía enfermo, su mano temblaba y estaba abatido. Yo observé todo esto porque, sabiéndome su único heredero, yo vigilaba todos sus pequeños síntomas.

—Esta es mi última obra, Ted —me dijo—. Sí, mi última obra, niño querido. Mi última palabra a los pueblos sordos y endurecidos.

Consentiría en que me ahorcasen si, en ese momento, una lágrima no resbaló por sus mejillas apergaminadas. Era una de sus manías la de quejarse de que su muerte estuviese tan próxima, cuando aún no había tenido tiempo de escribir más que unos cincuenta y tres tomos de majaderías que nadie había leído.

—A veces, Ted, he pensado... Y se detuvo un momento.

Luego prosiguió:

—Quizá he sido un poco excesivo, un poco injusto hacia esta generación endurecida. Yo hubiera debido emplear, quizá, una mayor dulzura, mostrarle una luz menos enseguecedora. A veces he pensado... que hubiera podido dirigirlos. Pero he hecho cuanto estaba a mi alcance, Ted...

Fué así como él me habló; después, deteniéndose bruscamente, me entregó su libro, con mano temblorosa. Entonces la animación de sus buenos años reapareció en su mirada.

Recuerdo todo esto minuciosamente porque toda esta escena la reproduje ante mi madre, de vuelta a casa, para consolarla de la muerte inminente de su hermano.

—Toma este libro y léelo —añadió mi tío—. Es mi última palabra, decididamente, mi última palabra. Te dejo todo cuanto poseo, Ted. ¡Quiera Dios que lo emplees mejor que yo!

Un ataque de tos le impidió continuar.

Todavía hoy lo recuerdo todo, sin olvidar detalle, y cómo volví a mi casa orgulloso, como un gallo, y la posición de él en la cama cuando volví a verlo. El ama de casa estaba al pie de la escalera completamente ebria; como muchacho que era, bromée unos momentos con la criada, en el corredor, antes de penetrar en la pieza del infermo. Mi tío se debilitaba rápidamente; pero, a pesar de todo, su vanidad de autor no lo había aún abandonado.

—¿Lo has leído? murmuró.

—He pasado toda la noche en leerlo —le dije en el oído para complacerlo.— Es vuestro último libro — añadí con una reminiscencia de sus propias palabras;— pero es también el más animoso y el mejor.

Mi tío sonrió levemente; trató de oprimirme la mano; pero, débil antes del atardecer, ya comenzamos adeshacer el respaldo de las sillas, a romper los tabiques del escritorio y a sondear las paredes. A cada momento creíamos ver aparecer los otros parientes del difunto. Interrogamos al ama de llaves y supimos que ella había asistido realmente a la redacción de un testamento escrito, a lo que ella aseguraba, en media hoja de papel de cartas ordinario y concisamente escrito, alrededor de un mes antes de que ocurriera el deceso. El otro testigo fué un jardinero, que me confirmó la misma versión.



—Y ahora, usted dirá, caballero, qué es lo que más le gusta de nuestras magníficas máquinas de escribir.
—¡Ay! Las mecanógrafas.

como una mujer, renunció a sus propósito y permaneció inmóvil.

Viendo que mi opinión le había sido agradable, yo repetí:

—El más animoso y el mejor.

No me contestó nada. Escuché a la criada que reía detrás de la puerta, de las burlas que hicimos sobre las inocentes manías de mi tío. Miré la cara de éste, sus ojos estaban cerrados, su nariz fruncida, pero una vaga sonrisa iluminaba su rostro. ¿No era realmente extraño verlo allí, extendido en su lecho de muerte, con una sonrisa de triunfo, él, cuya vida había sido la de un fracaso?

Esta fué la muerte de mi tío. Usted adivina que mi madre y yo nos ocupamos de que tuviera un entierro conveniente.

En seguida, por supuesto, comenzó la persecución del testamento. Al comienzo la practicamos con el mayor respeto y recato; pero Pero por nada del mundo pudimos encontrar el testamento buscado, ni otro alguno. La forma en que mi madre se refirió al difunto, debe haberlo hecho agitarse en la tumba.

Al fin, un leguleyo nos exhibió un testamento, hecho varios meses antes y a consecuencias de algunas reyertas insignificantes con mi madre. Ese era el único testamento encontrado, y por él, mi tío dejaba hasta su último centavo a otro de sus sobrinos, un muchacho que en toda su vida, no había tenido que aguantar ni una sola hora de conversación con el muerto...

El testamento se cumplió; el otro muchacho heredó, y, desde que alcanzó su mayor edad, se puso a despilfarrar su fortuna. ¡Cómo disipaba! Jugaba, bebía, subvencionaba periódicos. En pocas palabras, comió su fortuna antes de tener treinta años, y, la última vez que oí hablar de él, fué en la casa central de Holloway, hace unos tres años.

Yo, naturalmente, pasé por épocas muy difíciles, porque, como usted se imagina, yo no conocía otro oficio que el de heredero. Todos los proyectos que hasta entonces había forjado suponía como condición previa la muerte del viejo. Tuve alternativas bruscas. Actualmente atravieso por un período de depresión. Se lo confieso a usted francamente, estoy en acecho, espero un socorro.

Cierto día me puse a buscar por todo mi cuarto algo que pudiese procurarme algún dinero con que satisfacer a lo más urgente, cuando mis ojos se dirigieron a todos esos volúmenes ofrecidos por mi tío como regalo; nadie podía pensar en comprarlos, ni aún para envolver manteca con sus pliegos, y a mí, esos mamotretos me aburrían como a todos que no los ignoraban. Le había prometido a mi tío que nunca me separaría de ellos, y ninguna promesa era más fácil de cumplir que aquélla. Les tiré un zapato y los hice caer al suelo de mi pieza. Uno de ellos levantado por el choque, dió óvarias vueltas por el aire: de sus pliegos se desprendió... ¿Usted se imagina qué?

Era el testamento. Mi tío me lo había entregado él mismo, en ese tomo, el último de los que había publicado.

El hombre se cruzó de brazos sobre la mesa y miró torcidamente, con su único ojo válido, su vaso vacío.

Sacudió lentamente la cabeza y dijo con dulzura:

—¡Yo no había abierto nunca ese libro; yo no había cortado uno solo de sus pliegues!

Luego, levantó su cabeza y sonrió amargamente, solicitando mi simpatía.

—También, ¿a quién se le ocurre esconder las cosas así? ¿No le parece? ¿Para qué haber elegido tan luego ese lugar?

Los sueños

Según un autor, los sueños pueden evitarse por medio de la sugestión y llegarían a desaparecer si esto se emplease continuadamente. Parece ser que existe una "edad de los sueños" alrededor de la pubertad. La actividad motora durante el sueño es característica de la infancia; persiste, frecuentemente, en la adolescencia y, algunas veces la edad adulta.

Los sueños difieren en gran manera el relación con la edad y lugar y, probablemente, también con la nacionalidad. Los niños sueñan con acontecimientos que les han impresionado y a poco de acaecidos éstos. En la adolescencia ocurren los sueños pasado algún tiempo de los acontecimientos soñados y en la edad adulta este tiempo es mucho mayor.

Los niños confunden a menudo los sueños con la realidad y este es un hábito común entre los viejos.

El fantasma del Remate

Por Juan Carlos Dávalos

El Serapio Guantay era puestero de cabras en el cerro del Remate, en el fondo de la quebrada del Río Blanco. En lo alto de una meseta de aluvión cortada a pique por las crecientes, estaba el rancho, humilde y rústico, semejante a una pequeña mancha parduzca, perdida en la verdura agreste del paisaje. En aquel sitio la quebrada se encajona entre desfiladeros bordeados de queñoas y de alisos el declive se pronuncia, y el torrente salta sobre un cauce de pedrones desiguales, pulidos por el eterno trabajo del agua.

Dos cuadras más abajo, al borde casi del talud, alzábase el ranchito de la Leona Abracaíta, la vaquera, la ahijada de la adivina, vieja harpía, que curaba por secreto, hacía quesos y sembraba en un bolsón del cerro.

Para la Candelaria para San Juan y la Pascua y aún si había velorios y casamientos, la bruja y su ahijada bajaban a los caseríos y negociaban sus productos. Hospedábanse en casa de alguna comadre, junto al camino por donde van las remesas de Chile. Juntábanse allí las mujeres y los barraganes, y al monótono toque de la caja se entregaban por días al holgorio del baile y de la chicha.

El Serapio Guantay era zamarro como el venado arisco que nace en las abras. Dos o tres veces al año se presentaba en la "sala", para frangollar su abasto de maíz en el molino y rendirle al patrón la cuenta de las pariciones que se repartían por mitad, conforme al uso de las fincas.

Huraño y taciturno, poco se daba el Serapio con sus vecinas únicas. Y para su vida frugal de pastor era bastante el avío de harina tostada, la chuspa de coca y el locro chirle que se cocinaba él mismo, avivando el rescoldo al caer por las tardes a su rancho.

Encerraba sus cabras en el corralito de pircas, tumbábase al calor del hogar en el suelo limpio, y se dormía como tronco, hasta que lo despertaba el fulgor del amanecer.

Ninguna extraña inquietud venía a turbar su montaraz adolescencia, y no conoció más fiesta que el retozo bellaco de las cabras, el brillo del padre sol y la matinal algarabía de los pájaros.

Pero una tarde la Leona y el Serapio se toparon, como al acaso, en una mesada. La vaquera iba hilando un vellón, girando en el aire la rueca. El pastor llevaba el avío a la espalda y la honda en la diestra.

El azar los puso cerca; el instinto los juntó. Y en el filo de una loma, sobre el pastizal oliente a verbena y anís, la india, más aviesa, lo inició al indio más ingenuo, en el raro misterio que cumplen las cabras y las vacas, que trajina el polen en las patas diminutas de las abejas, que puebla el soto de inquietas y esmaltadas mariposas, y que hace cada primavera florecer el amancay blanco y la begonia escarlata entre las breñas.

Desde aquella tarde los indios volvieron a encontrarse siempre, y juntos divagaron por los cerros, descubriendo el encanto de los callados sitios, oyendo al eco repetir sus gritos en las altas barrancas, mirando rodar por los precipicios las gruesas galgas que aflojaban al borde, triscando a la par de los chivos en las paradas laderas, o escondiéndose a veces de algún viajero que cruzaba, allá abajo, en su mula, el áspero pedregal del torrente.

Y cuando vino el carnaval con sus gineteadas y sus zambras y su chicha de oro; cuando vino el carnaval con el boato de sus cintas multicolores y el monótono retumbe de sus cajas y la música doliente de sus largos erques, el Serapio tras la Leona bajó para el caserío.

Pero la Leona, inconstante como buena hembra nómada, se mezcló en las borracheras con otros mozos más "churos" y más ricos; y el miércoles de ceniza, muy al alba, lo hallaron al Serapio los peones de la finca, tendido boca abajo, borracho, a la orilla del camino.

El indio se marchó esa mañana al puerto del Remate. Se fué cantando embrutecido, con el acerbo amargor del primer desengaño en el pecho, sonándole en las orejas todavía el compás de la caja y una copla.

"Tengo mi chiquita,
tengo mi sandial,
tengo una morocha
para carnaval..."

La vieja adivina maquinó, sin duda con sus malas artes, contra el pobre pastor en la parranda; y en adelante la Leona tuvo compaña y hubo en el rancho quien pudiese labrar con más vigor que la vieja los sembradíos del cerro.

Pero el Serapio Guantay era zamarro como el venado arisco, obstinado como el toro, astuto como el puma. Tenía en los ojos mansos la pasividad, y en el corazón y en el músculo la fiereza ancestral de la raza...

Y como se alza la bestia herida, se alzó él a los cerros, para errar cantando por las cumbres la estrofa alegre, mirando siempre en el fondo el ranchito de la Leona:

"Tengo mi chacrita,
tengo mi sandial,
tengo una morocha
para carnaval..."

La quebrada, casi seca en invierno, despliega en verano casi todo el lujo de su flora tropical. En días despejados el sol ardiente, blanco, violento, pone en las herbosas laderas ricos matices de fiesta.

Pero en horas de tormenta la quebrada se vuelve sombría y amenazante bajo las nubes plomizas que el huracán empuja y hace encallar en las cimas. El rayo parte las peñas metálicas como a golpes de hacha; las laderas empapadas se desbarrancan con estruendo en los cañadones; el viento retuerce y quiebra los frágiles alisos y las fornidas tipas; el obscuro cielo se desfonda en lluvia, y el agua rápida, enloquecida, elástica, socava las peñas y arrea cauce abajo piedras enormes que son para el torrente ligeras como la arena para el embate de la ola.

Y en una de esas noches espantosas en que el fragor de la tormenta sacudía la montaña, el Serapio Guantay, frente a su puesto del Remate, se puso a forcejear con un monolito que vacilaba en su quicio, carcomido por el agua.

El indio volcó la piedra. La corriente, desbordada, cambió de madre. El aluvión tapó más abajo el rancho de la bruja. Y el sol ardiente y blanco del siguiente día iluminó con resplandores de fiesta el lujo tropical del paisaje solitario y desierto.

Han transcurrido muchos años. En el lugar donde se alzaba el rancho de la bruja hay una cruz. El puesto del Remate es una ruina. Y a veces, andando en noche tormentosa por el lugar, a la cárdena luz de un relámpago, el viajero ve un hombre que, de pie sobre una peña, alza los brazos como en una pavorosa imprecación de duelo.

Dicen algunos que no es más que un árbol seco, una rugosa queñoa: para muchos, es aún el genio trágico de una venganza, el fantasma inconsolable del pastor.

LA SOLEDAD. — El mundo interior

Yo os invito a que os conozcáis y toméis posesión de vuestra finca. Casi todos los hombres viven ignorantes de su propiedad. El más pobre posee un palacio. Habitadle. Que no permanezcan más tiempo las puertas y ventanas cerradas. Si algún día subís a vuestros castillos, os sorprenderá la perspectiva; oiréis los rumores de los arroyos y aspiraréis el aroma de vuestras flores. Notad cómo muchas personas viven para fuera: es la plebe. En cambio, aquel aristócrata está siempre en su torre. Los unos andan desarreglados y sucios, y los otros, pulcros.

Dependen de vosotros la luz y la armonía. ¿Por qué las renunciáis? Si una vez salisteis y os han herido, id pronto a vuestra morada. Fortaleceos antes de salir nuevamente. Mirad que el público es poco compasivo. No hagáis como esos miserables que pasean su tuberculosis por los bulevares y escupen en todas partes. Entrad en vuestros sanatorios, y no salgáis hasta la completa curación. Aun entonces salid precavidos. Aquellos que viven siempre en la calle, pierden la delicadeza. Son los "golfos", que no tienen casa. Es la canalla; gente prostituída, que no puede vivir sin camaradas. Advertid, en cambio, cómo se refina el que vive en su mundo interior, porque cuida su morada y cultiva su jardín. Como no sale, todo el aire le daña el cutis y toda piedra le molesta. La plebe se inclina respetuosa a su paso. Cruza la senda como una visión. ¿Es un rey? Es más que un rey, porque lleva la majestad en los ojos y en el alma. Habituado al sistema de su vida interior, no soporta el ruido callejero... Los que viven hacia fuera consumen su energía entre los otros; al revés de los que viven para adentro, que obtienen todo el provecho. Aquellos no tienen cauce, ni definición, ni personalidad. Son todos; son anónimos. Llevan un apellido por llevar algo, o acaso porque sus padres creyeron ingenuamente que les iba a hacer falta.....

Como ellos no tienen casa, viven siempre en precario, cobijándose en la morada de algún magnánimo que les presta sus ideas y su voluntad; más como son poco agradecidos y tan fatuos, blasonan de independientes. El mejor día pretenden vida propia, y todo lo que consiguen es cambiar de amo; porque no creáis que pueden vivir sin cadenas estos independientes. Y son ellos los que entran en los amos. Volved al mundo interior. En el mundo del espíritu hay paisajes que no véis en el mundo de la naturaleza. Caminad hacia adentro, y os encontraréis. Una vez que os encontréis, viviréis independientes. Id siempre en sentido contrario; es seguro que así caminaréis derechos. Notad cómo los demás hombres se salen de sí mismos. ¿Por qué abandonan su cauce? Así, sus cauces quedan secos, y ellos vierten el agua de su río por todas partes. Compadeceos de los alegres, de los que viven en compañía, de los contentos, de los que se adaptan; son la plebe. Imitad a los que viven en su finca, a los solitarios, los tristes, los aristócratas.

V. GARCIA MARTI.

Las medias

El primer propietario de un par de medias fué el rey Enrique VII de Inglaterra (1509-1547). Hasta entonces los hombres empleaban, para cubrir las piernas, una prenda que a la vez era pantalón y media.

Las damas del año 1528, que acostumbraban llevar las piernas desnudas debajo de los vestidos largos, encontraron las medias útiles y, popularizaron su uso. Las primeras medias fueron de lana. Los aldeanos la fabricaban a mano. Más tarde el profesor William Lee, de la Universidad de Cambridge, inventó una máquina mediante la cual fué posible confeccionarlas de seda y hasta adornarlas de piedras preciosas.

SIGUIENDO AL LOBO

Por Josefina Bolinaga

I

Iba vestida de Caperucita Roja. La seda, con reflejos sangrientos, señíase acariciadora al cuerpo, el que adiviné de líneas poco precisadas todavía. Bajo la capotita de terciopelo carmesí caían los blondos rizos juguetones. Los pies, tan inverosímilmente pequeños que bien pudieran calzarse con pétalos de amapola.

Las dos ventanitas del antifaz se alhajaban con dos soles. ¡Sus ojos! ¡Qué ojos, Dios mío! No aseguro que fuesen azules o negros porque poseían el secreto del cambiante. Lo que sí juro es que podían servir de faro para alivio de navegantes.

Contemplábala con embeleso.

—A ella parecía molestar esta muda adoración.

Pero yo — hombre despreocupado—, las manos en los bolsillos y cruzadas las piernas indolentemente, seguía mirándola con obstinación.

La puerta tenía imán para ella. A veces mirábala con ansia; otras, con temor; las más furtivamente.

Preguntábame yo qué haría allí aquella Caperucita en el bosque peligroso de un baile de máscaras. Temí si andaría rondando el lobo de encandilados ojos, erizado dorso y afiladas uñas, cuando... El lobo apareció.

Vi a la mascarita sobrecogerse. Adiviné que sus colores de rosa tornábanse pálidos.

Llevó una mano a su corazoncillo, que yo sentí hacer tic tac, y con paso resuelto encaminóse a la salida.

Un dominó rosa la llamaba con imperio.

Sin saber por qué volví a recordar aquel lobo de ojos fosforescentes y aviesas intenciones...

Y punzándome el escalofrío del recelo salí del baile.

II

Sigilosamente, rastreando a veces, los seguí. Pasamos calles. Atravesamos plazas. Los ojos de los faroles parpadeaban en sus cunas de cristal. Una estrella me hizo un guiño expresivo. Al fin nos vimos en pleno campo.

Era la noche blanda y tibia con caricias primaverales. Comenzaban a florecer los almendros, y sus capullos de rosa y nieve encerraban la promesa de un fruto.

La atmósfera, muda. Ni un beso, ni un suspiro, ni un aleteo.

. . . .

Bruscamente torcieron por un senderillo que serpenteaba entre huertas de altas tapias.

La cuesta era pendiente y resbaladiza. Abajo, el río de aguas tranquilísimas que ahora entonaban a la noche un canto quejumbrón.

Vino una ráfaga de aire y sentí estremecerse a Caperucita, que, en demanda de abrigo, arrimó su cuerpecillo al corpachón del lobo. Porque el dominó rosa era alto, fornido, de espaldas hercúleas...

¡Caminamos así qué sé yo cuánto tiempo!...

. . . .

Al fin se detuvieron y me oculté tras una encina corpulenta.

Sentáronse en un ribazo frente a un bosque de avellanos.

Con mano que me pareció trémula despojóse él del antifaz. Hizo lo propio con ella.

La luz de la luna alumbraba sus rostros con blancos resplandores.

El de ella era muy pálido: tez de azucenas, tersura de nácar. La boca como un corazoncillo sin sangre. Los ojos, diáfanos y transparentes, miraban entonces algo húmedos...

Vi también el del lobo. Ojos de fuego siniestros, boca sensual muy grande y muy roja, pelo fuerte negrísimo...

Cogióle una mano... Yo me estremecí.

Pero ella, lejos de asustarse, fué acercando suavemente la pálida boca a los labios de él...

Sonó el chasquido de un beso que en el silencio de la noche antojóseme irreverente...

Habló con voz fúnebre:

—Tiene que ser.

Contestóle Caperucita mansamente:

—Tiene que ser.

—No hay remedio — continuó con voz cavernosa.

—No lo hay — dijo la vocecilla con dulzura.

Levantóse decidido el dominó. Después... Cogió entre sus manazas el cuerpo encogido cual un ovillo, y alzándola en alto como a una muñeca... Tornó nuevamente a besar aquella boca hecha con jugo de claveles, mientras decía de un modo incoherente:

—¡Vida mía! ¡Te amo locamente! ¡Pero tiene que ser! ¡Es el Destino!

. . . .

Oí cómo las alas del corazón de Caperucita se debatían angustiosas. Y vi los brazos hercúleos cómo iban a lanzarla al agua...

Un frío pegajoso y cruel corrió como un loco. Llegué, sujetélo con todas mis fuerzas y pude exclamar:

—¿Qué hace usted? ¡Monstruo! ¡Asesino!... ¡Socorro! ¡Socorro!

III

La mano maternal de mi hermana Julia iba secando el sudor de mi frente. Hablábame con dulzura:

—Pero ¿qué te pasa, Manolo? ¡Qué susto me has dado!... Todas las noches lo mismo... Das unos gritos horribles. Tienes que cenar más ligeramente. Mañana que te vea D. Ramón. No me gusta esto, no me gusta...

Al fin hablé:

—No es nada, Julia... Una pesadilla... Vete a acostar... ¡Si vieses qué rato!... Pero ya pasó... Anda, vete...

IV

"Los sueños, sueños son". Pero juro a ustedes que vivo todavía con la esperanza de encontrar en un baile de máscaras a la Caperucita de mi sueño.

EL CACIQUE

Por Ernesto Mario Barreda

Haikokelteish, de pie sobre una roca de la orilla, miraba el amplio mar patagón. Era ya al final de otoño, y el sol que brotaba recién de las olas, iluminaba con rosados matices las movibles crestas de espuma.

Sonaba el monótono chapoteo del mar, rompiéndose contra los acantilados.

En la primavera, aquella costa era frecuentada por los lobos marinos. Día y noche se oía el ronco bramar de los machos en celo, al trabarse en la feroz pelea. Pero ya las últimas madres se habían alejado con las crías salvadas, y, sólo por casualidad, se veía algún lobo solitario tomando el sol entre las rocas.

Iba a seguir su camino, Haikokelteish, cuando se detuvo de golpe y escuchó... Para ver mejor saltó sobre un picacho, y su alta silueta, que el quillango hacía gigantesca, se destacó sobre el paisaje con vigoroso relieve. Su ojo escrutó la extensión del mar, se detuvo con interés creciente sobre algunos despojos que el oleaje zarandeaba.

Algún barco había naufragado cerca, seguramente aquella noche.

Quedó mirando a lo lejos, escudriñando el horizonte, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo, donde apretaba el arco y las flechas.

—Me pareció oir un grito... Dijo después, reanudando su marcha por la orilla del mar. Y agregó, indeciso: ¿O serán los pájaros?

La isla de Leones, con la baja marea, surgía del mar como un promotorio. Haikokelteish esperaría 1 hora más y entonces, cuando las aguas se hubieran retirado, penetraría a caballo en el lecho de la bahía para llegar hasta ella.

Silbó con fuerza. Un perro fueguino apareció de un salto sobre los médanos que tenía a la espalda. Husmeó hacia la orilla moviendo la cola y al verle descendió la cuesta a toda carrera.

—¿Qué andás haciendo, perro loco?... Y al observarle el hocico lleno de plumas, agregó: ¿Cazaste vutarda y te la comiste?... buscá ahora, buscá quien anda por allí... buscá!

El perro-lobo, comprado por los tehuelches a unos galenses de Puerto Deseado, miró hacia todas partes en rápidos giros, sin descubrir nada. Se le acercó por último consultándole en los ojos. Olfateó el aire, gimiendo...

—¿No ves nada?... ¿Quien anda por allí, *Ahuecó?*

En aquel instante oyóse un grito agudo y desgarrador, que el oído experto del hombre conoció en seguida. Era difícil en verdad, a otro que no fuera Haikokelteish diferenciar aquella voz de mujer, entre la gritería que armaban ahora miles de gaviotas, petreles, patos, devorando los moluscos que el mar, al retirarse, dejaba sembrados sobre las rocas.

El perro paró las orejas, mirando con insistencia hacia la isla de Leones.

—Sí, de allá viene... ya decía yo... Ahora vamos a buscar el caballo y a galopar hasta la isla... ¿sabés *Ahuecó?*

En un socavón de las rocas encontró al animal, que lamía el acantilado, arrancando los musgos herbosos, cuyo sabor salado y gomoso tacto, parecían agradarle mucho.

Montó de un salto y penetró en el mar, aprovechando ya la baja marea.

La bahía de Santa Cruz, pocas horas antes, era una sábana uniforme de aguas azules. Sólo surgía sobre ella la isla de Leones, como un cetáceo muerto que flotara en el medio. Pero al retirarse las aguas, aparecía surcada de islotes, sobre los cuales cerníanse bandadas de pájaros.

El caballo chapaleaba, marchando al galope en los trechos ya enjutos. En los parajes más hondos avanzaba con lentitud, seguido del perro que nadaba pegado a la grupa, o a veces se prendía del coginillo haciéndose remolcar. El sol, ya bien alto, arrancaba chispas del oleaje y encandilaba los ojos, al reflejarse sobre los grandes espejos que el mar abandonaba sobre la arena.

Cuando Haikokelteish arribó a la isla, vió tumbada una embarcación sobre los arrecifes, por el lado del naciente. Era un bote con la proa destrozada, lo que hacía suponer un choque violento, seguido de un naufragio rápido. Seguramente había arribado con la alta marea que le ocultaba las rompientes, y las olas lo golpearon con violencia abriéndole aquel rumbo. Ahora, ya en seco, aparecía medio sepultado entre la arena y las rocas.

Acercóse para mirar en su interior, observando que nadie lo ocupaba. En el fondo, todavía húmedo, había sin embargo, vestigios humanos: un saco de hombre, todo arrugado y sucio; una bolsa de viaje, abierta, dejando asomar piezas de ropa, amontonadas en desorden; un rollo de soga... Lo que más llamó su atención, fueron unas manchas de sangre, aún frescas, que salpicaban en varias partes la madera del bote. Pero, a su alrededor, no se distinguían señales de pasos, ningún indicio que indicara el camino seguido por los náufragos.

Porque ya no le cabía duda a Haikokeltish: el mar había hecho sus víctimas. Aquel bote, — veíase a las claras, — pertenecía a algún buque náufrago, donde se habrían refugiado algunos pasajeros o tripulantes, viniendo a parar allí con poca fortuna.

Al menos, así lo dejaban suponer las manchas de sangre...

Inclinándose sobre un costado de la embarcación alcanzó a leer escrito en letras negras: "...ew England". El resto había desaparecido con una astilla.

Tendió una mirada alrededor, interrogando la extensión sinuosa de la isla. Nadie la habitaba. Muchas aves marinas revoloteaban sobre ella, cuyos ásperos gritos y continuo batir de alas, formaban un gárrulo concierto. Espinosos matorrales crecían a trechos y esto hacía más difícil su recorrido a simple vista.

Además estaba llena de bajíos y crestas, de grutas sombrías, donde los moluscos se apretaban adheridos a la piedra. Haikokelteish, con su ojo penetrante, distinguió algunos cóndores que describían círculos sobre la isla, volando a gran altura...

De improviso, le llegó de nuevo aquel grito que oyera desde la orilla. Esta vez le parecía más débil, seguramente por estar el viento contrario. Había olvidado completamente ese detalle, delante de los despojos que tenía a su vista. Ahora le hizo dar un salto. Alguien pedía socorro y Haikokelteish no vaciló. De roca en roca empezó a correr por los arrecifes, hasta escalar la meseta de la isla.

Al rodear un peñasco, volvió a tropezar con las huellas de sangre. Primero aparecían en un restregón como si el herido se hubiera arrastrado; luego fueron coágulos, más grandes, más chicos, revelando que se desangraba constantemente.

Sobre la maraña de un matorral apareció de golpe la cabeza de una mujer. El cabello, desprendido, le flotaba a merced del viento, y la mirada que paseó alrededor tenía como una expresión de locura.

De un brinco, Haikokelteish estuvo a su lado. Ella, venciendo un instintivo terror ante aquel hombre cubierto de pieles, le tomó de un brazo y le arrastró detrás del matorral, que era un bosquecillo de maquis. Allí estaba tendido un hombre ya anciano, con la frente abierta por una profunda herida, cuya sangre manchaba el suelo y le empapaba la camisa, desgarrada y sucia del lodo viscoso que cubría la isla.

Haikokelteish se inclinó sobre el herido, pero comprendió en seguida que ya era tarde. Empuñó, sin embargo, su *lam kepaten*, especie de cantimplora india, dejando caer algunas gotas de aguardiente entre los labios pálidos. Después se volvió a la mujer:

—¿Es tu padre?... — le preguntó con un gesto lacónico.

—¡Sí!... — respondió ella en un sollozo que la sacudió febrilmente. Haikokelteish le tendió también su cantimplora, diciéndole con cierta galantería:

—Tomá vos también...

Ella dócilmente, humedeció sus labios. El la miraba. Después, notando que estaba casi desnuda y tiritaba, fuese hasta su caballo y desató un envoltorio que colgaba del recado. Era un quillango de cueros de avestruz, que llevaba a vender en el pueblo: una obra primorosa. Lo estuvo considerando un minuto, después hizo un gesto, como diciendo: lo mismo da.

Volvió al lado de la mujer. Esta, desesperando ya de salvar al herido, que no hacía ningún movimiento, lloraba convulsivamente con la cabeza entre las manos, arrodillada en el suelo. Le tendió el quillango, pero pareció no comprender.

LOS AVIONES DEL INCIENSO

Del áureo sahumador, que es como un cesto
donde se incuban víboras celestes,
hoy que cumple otro año nuestro ensueño
surgen empavesados
los aviones de incienso
y se remontan majestuosamente...

Y mientras los clarines de las rimas
celebran la ascensión de la escuadrilla,
trazan sin vacilar las unidades
sobre el raso del cénit pizarreño,
los rasgos armoniosos de tu imagen
para que el Sol rejuvenezca ante ellos!

...Hoy se cuajan de orquídeas los caminos del mundo
y es domingo en el Cielo!...

Miguel de ARZUBIAGA.

—Hace frío, pues... — le dijo con su voz, grave, que trataba de parecer lo más dulce posible.

Ella no hizo ningún además. Entonces, Haikokelteish, le introdujo la cabeza delicadamente por la abertura, dejándole colgado de los hombros el magnífico abrigo. A su contacto, ella sobresaltóse, pero sintiendo la caricia de la pluma que le daba un suave calor, permaneció quieta, se fué adormeciendo. Parecía rendida de fatiga, de sabe Dios cuántas emociones tremendas!...

El la miraba... Sentía por ella una vaga mezcla de piedad y respeto. No había conocido a sus padres, pero comprendía todo el dolor que se siente al perderlos. Luego, la veía tan frágil, tan delicada... Le hacía el efecto de una criatura.

La mujer había cerrado los ojos, se iba aletargando, tendida sobre la alfombra musgosa del sue'o. Al poco rato yacía sumida en un profundo sopor. Su largo cabello castaño cubríale el cuello y el seno, y un brazo que sacaba fuera del abrigo, le caía con un abandono de infinito cansancio.

Podría tener veinte años, y era sin duda, de alguna familia de Chile o Buenos Aires, arrojada por el naufragio sobre la costa de Santa Cruz.

Después que la notó sosegada, Haikokelteish pensó que debía tomar una resolución. Y lo hizo con toda rapidez. Transportó el cuerpo del muerto hasta una hondonada de las rocas y le tendió adentro, como si fuera en un nicho sepulcral. Cubrióle primero con una espesa capa de musgos, de hojarascas, de arena. Luego hizo rodar sobre él todo los pedruscos que halló cerca, terminando por colocar encima un grueso estrato de roca, a manera de lápida.

Reflexionó que algo debía escribirse encima, pero no supo qué. Hacía todo aquello poseído de una grave determinación. Comprendía que al despertarse, la contemplación del padre muerto, renovaría el dolor de la mujer. Lo enterraba, pues, como hacían los blancos y también los indios. Aquello quedaba arreglado...

Miró su obra: era bastante sólida. Así el cuerpo no se vería expuesto a los ultrajes de las aves de rapiña, tampoco sería arrastrado por las mareas, aunque a veces subieran hasta allí y tentaran remover la piedra.

Haikokelteish, después que terminó su fúnebre tarea, volvióse al lado de la mujer dormida y sentándose cerca, tornó a contemplarla. Notando que su perro lamía la sangre, con un íntimo sobresalto le hizo alejar y, agazajado en su quillango, esperó.

De pronto sus ojos escrutadores se animaron. De un salto estuvo de pie.

Sobre el horizonte, acababa de aparecer una nubecilla de humo. Era un barco que se venía aproximando lentamente. La baja marea le obligaba a navegar con grandes precuciones y haciendo sondajes constantes. Cada vez se volvía más lenta su marcha y concluyó por detenerse enfrente de la bahía Había echado anclas...

Era en 189... Sobre la margen izquierda de la baía, el puerto de Santa Cruz diseminaba sus cuatro casas de madera y algunos galpones de cinc. La riscosa playa de carcajo, se internaba ondulando en el mar; y sobre ese lecho de piedra, quedaban recostadas las barcas, completamente en seco, cuando el reflujo retiraba las aguas hasta el horizonte.

Por eso, aquel transporte nacional había anclado el día anterior lejos de la orilla. De él se desprendió esa mañana una chalupa, trayendo al jefe de la comisión militar que atravesaría el territorio. Iba a costear el río Santa Cruz hasta llegar a los lagos; luego, iría más allá, hasta el pie de la cordillera, donde levanta la blancura de sus glaciares, el enhiesto pico del Fitz Roy.

El jefe de la expedición, coronel Ordóñez Zabala, conversaba con las autoridades preparando la marcha. Era un soldado alto, rubio, de ojos azules y grandes mostachos. Dirigía la palabra a los hombres con aire de ligera superioridad. Y cuando tropezaban con alguna mujer, sus ojos de esmalte se posaban sobre ella con una expresión de milano. Dijo, echando una ojeada alrededor:

—Hace más de veinte años que vine por acá... poco ha cambiado!

La playa, los cerros vecinos, no podía ofrecer un aspecto de mayor desolación. Ni un árbol arraigaba en aquella comarca pedregrosa, donde los vientos arrasaban lo poco que la naturaleza concedía por misericordia.

—¿En qué año sería, coronel?...

Le interrogó uno de sus acompañantes, anciano, de elevada estatura, de larga barba gris, que se abrigaba con un sobretodo de pielas, cerrado hasta el cuello.

—Le voy a decir, señor Miller, le voy a decir... Fué poco antes de la expedición de Francisco Moreno... el año... el año setenta y siete... sí, eso es!... En ese año me hicieron capitán. Entonces, como ahora, nuestro gobierno se preocupaba de proteger esta costa, porque había... — Se detuvo haciendo un gesto expresivo.

—Porque había moros en la costa!... — Le interrumpió, riesdo el prefecto, otro de los acompañantes: un hombre bajo, grueso, de tupido bigote negro, envuelto el cuello en un liviano poncho de lana.

—Así es, amigo Figueroa!... nunca ha venido más al pelo el dicho ese... Con la diferencia de que entonces, los moros eran ingleses y ahora son chilenos... ¡Ja, ja! Sí, — terminó haciendo una transición: — fué en ese año... para el ochenta ya estaba yo en la capital...

—Dos años después llegamos nosotros, — confirmó el señor Miller que a pesar de su apellido, tenía un marcado tipo criollo, y poblamos lo que hoy se llama puerto de Santa Cruz...

—¡Exactamente!... — corroboró el nuevo militar — Cuando yo estuve, no existía más que el forin de la isla Pavón. Aquí cerca paraban los indios... Había muchos pumas... guanacos y avestruces, a patadas... ¿Qué se habrá hecho la india María?

—¡Todavía viva!

—Debe estar muy vieja... ahá!... la india María se llegaba hasta allá, como siempre, a pedir algo, a cambiar cualquier chuchería.. Yo me solía ir también hasta sus carpas, que estaban entonces por Chickerook... Buena gente son estos indios, cuando no se emborrachan... ¡Ja, ja, ja!

El coronel Ordóñez Zabala se quedó de pronto pensativo, con una ligera nube de melancolía en sus ojos azules Cambió bruscamente de conversación, como para huir de un ingrato recuerdo, hablando de sus preparativos.

Haría la expedición a caballo, llevando el equipaje en una carreta, porque, remontar en embarcación el curso del río, no había ni qué soñarlo... Los peñascos del cauce, los rápidos que en varias partes lo convertían en torrente, hacían imposible su navegación... Caballos tenía, muy buenos. Iría por la margen meridional del Santa Cruz.

—¿Qué tal el camino, prefecto? —se volvió interrogando al funcionario.

—Regular... no es malo del todo... Tiene algunos pantanos que habrá que costear, algunos arroyos no muy hondos, con lecho de cascajo, que el carro puede pasar al trote. Yo le voy a dar un guía muy baqueano!... Después, junto al lago Argentino, Haikokelteish les va a proporcionar una embarcación para cruzarlo...

—¿Quién es ese?

—Es el cacique... Allí, por el cerro de las Vizcachas, han levantado el *kau*, como le dicen a su campamento, porque no se puede llamar ni aldea Haikokelteish, sin embargo, es casi blanco y tiene ideas de progreso... Sabe leer, escribir, creo que ha estado por la Capital. Lo eligieron cacique el año pasado y dicen que piensa mejorar la suerte de sus hermanos... Es raro, — se interrumpió, arrojando una mirada alrededor, — es raro que no tengamos por acá, porque me había prometido una visita. De cualquier modo, le daré una carta para él...

Ordóñez Zabala había escuchado con interés los informes del prefecto. No sin cierta sorna hizo el comentario:

—Una alhaja, el cacique!... Si llegan a civilizarse pero no los saque de su tierra. Si los lleva entre gente, se mueren tuberculosos... otros se escapan... la sangre tehuelche los hace huir de los blancos...

Tuvo otra vez aquel gesto de melancolía. Después, con fastidio, dió un puntapié en el cascajo, como quien trata de repeler un recuerdo importuno.

Soplaba cada vez más fuerte el viento del océano. Se oía la creciente de la marea, como un trueno lejano. El día tendía a declinar detrás de los cerros, sobre las mesetas áridas, y un cóndor, con las alas abiertas, cerníase a gran altura, por el cielo sin nubes, recibiendo como un dardo de oro la flecha del sol.

Se alejaron hacia el embarcadero, conversando. No era un secreto para nadie en el pueblo, que se estaba organizando la defensa del territorio. Eran años de grandes inquietudes, y aquel lejano Sud resultaba una presa fácil y codiciada. Aunque tarde, había que prepararse...



EL MARIDO. — ¡Me parece que el bote va haciendo agua!
LA MUJER. — ¡Disimula, Nicanor, que es el niño!

ANECDOTA

En un burgo de las inmediaciones de Upral (Suecia), un labriego, miembro del Concejo municipal, en plena sesión declaró que la mitad de sus colegas eran unos idiotas.

Se produjo un gran tumulto y el orador se vió obligado a prometer que rectificaría por escrito.

Y en efecto; al siguiente día apareció fijado en las calles de la población, el anuncio siguiente:

"Debo declarar que la mitad de los consejeros comunales no son unos idiotas".

De esta suerte quedó arreglado el asunto, porque todos los consejeros pudieron creer que formaban parte de la mitad no idiota.

Ordóñez Zabala accionaba como quien traza un plan. Miller exponía algunas iniciativas, que su conocimiento de la región le sugería. Era el fundador del pueblo, y durante quince años había sufrido los rigores de aquella naturaleza cruel. El prefecto poníase a las órdenes del coronel: lo poco de que se podía echar mano, estaba a su disposición.

—Muchas gracias, no esperaba menos... muchas gracias! — repetía Ordóñez Zabala.

Aún conversaron un rato, fumando y paseando a lo largo de la playa. Después, el coronel entró en la embarcación, que los seis remos, bogando acompasados impelieron en dirección al transporte. Este se distinguía allá lejos, entre una ligera bruma, como esos barcos que se ven en las viñetas de paisajes polares...

Miller y el prefecto regresaron al pueblo.

Toda la bahía era una masa de agua de un azul profundo, que aumentaba, que subía constantemente, que batía las playas con un rugido estertoroso.

La chalupa parecía volar sobre las olas, dejando una rápida estela. Pasaban en aquel instante al costado de la isla de Leones, y Ordóñez Zabala que la observaba distraído, empuñó de pronto su anteojo de larga vista y clavó en ella la mirada con vivo interés. Después ordenó a los marineros:

—¡A la isla!... — Y como parecían vacilar, repitió perentorio: —¡a la isla, digo!

Era una temeridad, y los hombres se miraron ansiosamente. Pero la orden no admitía réplica y la barra del gobernalle, giró entre las manos crispadas del timonel, enderezando la proa hacia la isla.

Inmediatamente una gran ola la tomó de babor y la barca se sacudió, se inclinó hacia un costado vertiginosamente. Un golpe de remo logró zafarla y de nuevo pudo recobrar su esbelta marcha, se enderezó ágil y rauda sobre la cresta de otra ola.

Así luchó durante un rato sin poder avanzar. El mar se encrespaba allí con tumbos furiosos y las rompientes, que aparecían ya a flor de agua, amenazaban destrozarla. Unos de los remos se quebró y la chalupa fué zamarreada de tal modo, que Ordóñez Zabala, comprendiendo que, seguir adelante era zozobrar, dió la contra orden. El barquichuelo se alejó como un pájaro alegre que escapa de la liga.

¿Qué vió el coronel en la isla, para que con tanto empeño quisiera arribar a ella? Vió una cosa imprevista y fascinante: Vió una mujer...

Pero, luego, cuando ya en retirada, quiso de nuevo escudriñar la orilla, no distinguió sino la espuma hirviente que saltaba y se escurría, como una nereida loca, que desgarrase jugando entre las peñas su ropaje blanco...

Haikokelteish había cazado una avutarda. Su flecha, silenciosa y certera, la traspasó cuando nadaba solazándose en el agua de un remanso. Era un pichón ya grande, todo plumado, que prometía un asado suculento.

Levantando de golpe la vista, la clavó en el rostro de la mujer. Hacía ya más de una semana que marchaban juntos hacia los lagos, después que ella le dijo al despertarse de aquel sueño:

—¡No sé qué será de mí!... Mi única familia era mi padre, y toda nuestra fortuna iba en el buque que se quemó...

Tuvo al recordarlo, un estremecimiento. Después le refirió la tragedia, cuando el incendio estalló a bordo, en medio de escenas desgarradoras y entre un desorden espantoso. Y aquella caída al agua, dentro del bote, donde recién acababan de entrar su padre y ella... Se rompieron las cuerdas, una ola los separó del casco... otra los arrojó aún más lejos, entre la noche... El anciano tuvo que empuñar los remos, confiando su suerte a la antigua pericia de sus años juveniles... Todo hubiera ido bien, y ya se consideraban salvados, arribando a tierra a las cuatro horas de remar. Desgraciadamente, el bote chocó en las rompientes, recibiendo su padre, aquella herida horrible...

Un sollozo convulsivo le quebró la voz. Se arrojó al suelo, la cabeza entre las manos, gimiendo con profunda desesperación:

—Ya no tengo a nadie... estoy sola y abandonada!

—Te venís allá... — murmuró Haikokelteish.

Nada había respondido, pero siguió sus pasos sin replicar. Le inspiraba confianza aquel hombre grande y sencillo, que la miraba siempre de frente con una expresión de franqueza. Y, por otra parte: ¿qué más daba? al este o al oeste...

Era preciso partir y cuanto más pronto mejor, pues la proximidad del puerto la llenaba de cierta inquietud. ¿Qué hombres habitaban allí? ¿Serían tan hospitalarios con una mujer desvalida? La escena de aquella tarde, cuando Ordóñez Zabala pasó en la chalupa, sus gritos de mando, su actitud, la habían hecho huir de la orilla, con el espanto en el corazón. Al verla ensimismada, le preguntó por distraerla:

—*¿Cat'iam?*

—¿Qué?... — hizo ella, sin comprender.

Rió Haikokelteish, porque impensadamente le había hablado en tehuelche. Preguntábale su nombre.

—Aurora... me llamo Aurora Santibáñez... Soy de Valparaíso, donde nací, pero papá era argentino. A mi madre no la conocí: murió siendo yo muy pequeña... Papá siempre recordaba su patria y había resuelto regresar algún día... ya duerme en ella para siempre!

Apoyó la barba en el puño y pareció agobiada de desamparo.

—Yo tampoco tengo padres... nunca los ví... Por acá me llaman Haikokelteish, pero entre los cristianos me decían Ricardo Albornoz...

Levantó la frente con aire altivo. Ella lo había mirado ya atentamente: tenía los ojos azules, en una cara de noble expresión; los cabellos castaños, finos y cortados a la manera tehuelche, los llevaba ceñidos por una vincha de cuero, bordada con granos de plata. Su talla era alta y esbelta. Había en todo él ese desembarazo, ese dominio por derecho propio, que sólo la sangre blanca sabe imprimir. Y poseía del indio, la gravedad, el amor a la vida libre del desierto.

Sus ojos se encontraron. Ella bajó los párpados, poseída de una ligera turbación, mientras Haikokelteish la miraba con aire de arrobamiento.

Acampaban al pie de al "ciudadela basáltica". Murallas derruídas, almenas fantásticas, parecían erguirse, mostrando al aire sus entrañas corroídas, agujereadas, como por un embate de proyectiles. El viento, a la manera de un soplete inmenso, iba socavando la negra corteza de la piedra. Las rocas se apiñaban sin orden, se erguían sin cálculo, pero imprimiendo al paisaje un aire de amurallado bastión.

Entre las grietas brotaban algunos calafates. Tenían las ramas cargadas de su fruto exquisito y Haikokelteish había hecho buena provisión.

La tarde caía dulcemente, ponía como una niebla sobre la meseta pedregosa. Este velo, de una leve transparencia, tenía reflejos amarillos y azules. Allá a lo lejos, como una línea sinuosa, levantaban los Andes, sus catedrales de nieve, detrás de cuyas agujas se ponía el sol.

Se oía el grito de la garza oculta entre los matorrales o atisbando de piedra en piedra. La noche se insinuaba ya sobre el desierto.

—Aurora... — dijo él, sintiendo un íntimo placer al llamarla así.

Levantó la frente interrogante. Había recogido su cabellos a la manera india, con una diadema celeste, y en su quillango de plumas de avestruz, introducido reformas que aunaban la gracia a la utilidad en la prenda. En la bolsa de viaje, que yacía en el fondo del bote náufrago, halló las piezas de ropa más indispensables, reunidas al azar en aquel momento angustioso.

—¿Qué quieres, Ricardo?

Respondió con la misma confianza sencilla con que él la trataba. Le resultaba difícil pronunciar Haikokelteish.

El sonrió. Era la primavera vez que le daban aquel nombre desde hacía muchos años.

Había sacado de su alforja una alhaja de ópalos.

—Estas piedritas — dijo, — son de aquí... Junto al lago Argentino hay muchas iguales, pero más grande. Las chiquitas como éstas, son raras... ¿te gustan?

—Sí, son preciosas!... Y el engarce está muy bien trabajado...

—En Punta Arenas, un amigo le puso la cadenita... el oro también es de acá.

Aurora tomó la joya y la hizo jugar entre sus dedos. Los ópalos recogieron los últimos reflejos del día y lanzaron fulgores verdes, rosados... Haikokelteish se la ciñó

OPTIMISMO

La noche lleva lejos el pensamiento mío
y me queda tan sólo la pena de Lugano.
Cuando la noche acabe, húmeda de rocío,
la carne de mi sueño se posará en mi mano.

Pues toda idea simple vive y se corporiza,
y el hombre que ha pensado lo sabe y lo comprende
Salen nuestras ideas cuando el día agoniza
y tornan, hechas carne, cuando la aurora asciende...

Optimismo sereno y calma prieta. Todo
lo espero de la aurora.
Y si ella me defrauda, me resigno a mi modo:
"Vendrá mañana — dijo — lo que esperaba ahora",

Salvador MERLINO

EL CARDO

Una vez Salem, al salir de su casa, vió una pequeña mata de cardo, y, sin reflexionar, la arrancó de raíz y la tiró muy lejos.

El cardo fué a caer cerca de la casa de Alimeh. Y allí creció, se extendió lozano, rodeando toda la propiedad y formando un cerco de defensa contra los animales del bosque.

Una tarde, Salem, desesperado, vió arrasado su jardín.

—¡Ay de mí! — gemía—. ¿Cómo podré librarme de que destrocen mis rosales, mis madreselvas, mis laureles...?

Alimeh, que le oía, contestó:

—Si no hubieras arrancado esa planta de cardo ahora defendería tu jardín, como defiende el mío. Nada hay inútil en la tierra; ni aun lo que tiene espinas y puede hacer daño.

ASSALER

a la muñeca, con una audacia que hizo latir su corazon.

Ella le dejaba hacer. Después que la pulsera hubo rodeado la muñeca de la joven, ambos quedaron contemplándola. Aurora le imprimió un suave movimiento para hacer correr la luz sobre el iris lechoso de las piedras. El miraba probablemente sin ver, pensando algo, quizás, o simplemente sintiendo en su cerebro la angustia de una emoción indefinible. De pronto, ambos levantaron la vista y sus miradas se cruzaron. Ella se irguió, inquieta...

Sobre la cresta de un cerro, un guanaco perfilaba su silueta, recortada en el cielo de la tarde. Tenía algo de heráldico el esbelto animal, con su cabeza fina y petulante, su cuerpo nervioso, su pequeña cola parada a la manera de un penacho. Desde allá arriba lanzó un relincho, que respondieron las hembras dispersas en las laderas. Hacía varios días que una tropa de guanacos los venía siguiendo por el camino. Aurora aprovechó aquel motivo, para dar nuevo giro a las ideas:

—¿Son muy malos? — preguntó.

—No!... cuando uno los silba, se enojan... empiezan a dar vuelta y a escarbar... Se aquerencian y saben venir a tomar agua. Pero cuando hay tormenta de nieve, disparan asustados, atropellan como locos, y se llevan todo por delante... hacen muchos destrozos!

La noche se insinuaba apaciblemente. Había cesado el viento cordillerano, que sopló todo el día, y además la altura de las quebradas protegía la paz de aquel refugio. Al pie de un calafate más frondoso, eligieron el paraje para pasar la noche. No siempre la naturaleza les había favorecido así y Aurora declaró que aquello le gustaba mucho.

—¡Oh!... allá lejos, del otro lado de los lagos, el valle es mucho más lindo. Hay árboles grandes, que llaman alerces... hay montes espesos!... Después, cuando llega la estación, el suelo se pone casi colorado de tantas frutillas... Allí hay buenas maderas para hacer la casa, no esas feas carpas de cuero... casas como las de Buenos Aires!... más lindas!

—¿Y hasta allí vamos a ir?... indagó contenta la joven.

—Ahora, no... después. Vamos a pedir tierras para la gente, porque dicen que todo eso es del gobierno.

Calló, preocupado con alguna idea. La noche había cerrado sobre la extensión yerma de la meseta y el grito de los zorros se oía a ratos, haciendo parar las orejas al vigilante Ahuecó. Merodeaban atraídos por el olor de la avutarda que el fuego comenzaba a dorar. A veces el perro gruñía sordamente: ¿olfateaba la proximidad de algún puma o gato del monte?

—¿Cómo es Buenos Aires?— Preguntó ella por decir algo, pues le agradabab conversar con Haikokelteish. Además, el silencio al lado suyo, llenábala de un desasosiego inexplicable. Más aún la inquietaba su ausencia, cuando a veces se alejaba para cazar o traer agua del río. Ausente, deseaba verle. A su lado, quería escuchar su voz.

—Sé poco... —Respondió. — Yo era chico, estaba en un colegio donde me pusieron y nadie venía a verme. Cuando el maestro decía el nombre de todos, yo era el primero: ¡Albornoz Ricardo!... Así decía. Después seguían los otros. Siempre se burlaban de mí... Cuando el maestro enseñaba y decía: aquí en Santa Cruz, todos son salvajes, me miraban y se reían. Así supe que yo era de aquí; ellos lo habían averiguado antes que yo... Un día que me hicieron arrodillar y me dieron una patada, me escapé a la calle... Había mucha gente, coches... la cabeza me daba vueltas...

Era poco, en verdad, lo que recordaba de Buenos Aires. Pero, para él era demasiado. Después le refirió su ida a Bahía Blanca en un vagón de carga, donde viajaba sin boleto. Iba en compañía de un caballo, que no tuvo inconveniente en compartir con él su cama de pasto. El animal estaba conforme, pero el guarda no... Así, cuando llegaron, al caballo lo esperaban tres personas, mientras que a él no lo aguardaba sino el vigilante, que lo sacó a empujones, llevándolo a la comisaría.

Callaron largo rato. Haikokelteish, clavó de pronto su mirada en Aurora y venciendo una íntima hesitación, le preguntó::

—¿Sos casada o soltera?

—Soltera...

Parecióle que iba a decirle algo, pero no hallando la forma de expresarse, levantóse y fué hasta la hoguera que avivó con una brazada de leña. Después, observando que la avutarda estaba ya dorada, sobre una piedra plana a guisa de mesa, cortó y ofreció la más apetitosa porción a su compañera.

Hacía rato que guardaban silencio, mirando las estrellas, respirando el aire suave de la noche otoñal. A veces sus manos tropezaban y, como si les quemasen, las retiraban bruscamente.

Haikokelteish se atrevió por fin a tomarla de la muñeca, para ver de nuevo los ópalos de la pulsera. Como una paloma aprisionada, le dejó hacer, temblando de ansiosa inquietud. Su juventud la empujaba hacia aquel hombre, en un impulso de naturaleza; su abandono sobre la tierra, en una dolorida orfandad...

Embobado, como un niño que contempla un juguete, sostenía él sobre sus palmas, la mano que Aurora le entregaba completamente.

Sintió que su cerebro se desvanecía, que sus labios se apretaban en una ardorosa caricia.

Una felicidad nunca sentida ni soñada, la agitó hasta el fondo del alma. Le pareció que el mundo se tornaba irreal, que sólo quedaban las estrellas, mientras una voz allá arriba pronunciaba su nombre con entrañable acento:

—Ricardo... Ricardo...

La luz de la hoguera brilló más viva que nunca. Los brazos de Aurora ceñían el cuello de Haikokelteish, y la pulsera de ópalos se tiñó de un matiz sangriento, como una joya nupcial...

A cuatro jornadas de viaje, una expedición militar venía siguiendo igual camino, también en dirección a los lagos. A su frente marchaba el coronel Ordóñez Zabala, acompañado por una escolta de dos oficiales y quince soldados. Iban a caballo y el equipaje lo llevaban en un carretón, tirado por cinco mulas robustas.

El coronel marchaba pensativo. Las contingencias de su viaje, le hacían reflexionar, pero a ratos un pensamiento más agradable cruzaba por su imaginación y le distraía un instante.

Sí, al día siguiente mismo, volvió con la chalupa a la isla de Leones. No encontró a nadie, aunque observó por allí algunos rastros que le dejaron intrigado. Ya en el pueblo, le había preguntado a Figueroa:

—Dígame, prefecto, ¿quién suele andar por la isla esa?

—Que yo sepa, ninguno... En otro tiempo hubo allí unos noruegos que cazaban lobos. Murió el padre y el muchacho se fué... no tengo conocimiento de nadie más.

Ordóñez Zabala no pidió otros datos. Pero el recuerdo de aquella mujer vista en la isla, observada con el anteojo, hasta de punto de que podría describirla por detalles, le llenó todavía de mayor preocupación. Iba a embarcarse de nuevo, cuando Figueroa le dijo de golpe:

—¿Sabe que un buque inglés se ha quemado por ahí cerca? Sí... hemos encontrado un bote allí en la isla... y el galense que llegó esta mañana, nos contó... Ese bote no ha podido venir solo hasta aquí... ¿Usted ha visto a alguien, coronel?

—No... —respondió éste, mientras se embarcaba de nuevo.

Y de allí no pasaron las cosas. Activó los preparativos de viaje y a los tres días se puso en marcha, llevando entre regalos y chucherías para los indios, una carta del prefecto para el cacique Haikokelteish.

El convoy marchaba a paso lento, por los caminos pantanosos que cruzaba a la sazon. Tropillas de guanacos, bandadas de avestruces, aparecían con frecuencia, y alguno de la expedición se separaba unos instantes, lanzándose en su seguimiento. Así cobraron muchas piezas, y con los trofeos de pelo y plumas, iban abarrotando el carretón.

En aquel instante se oyeron gritos a retaguardia. La algazara se mezclaba a rato con un gruñido áspero y los soldados se arremolinaban. Uno de ellos, el "puntano", dando campo a un animal que traía enlazado, gritaba, riendo como un loco:

—Lo piyé!... lo piyé junto al río... se estaba comiendo un charabón!... ahí lo piyé jú!... jú!.. le he cortao el almuerzo...

Un puma, nada menos, se traía enlazado el puntano. El felino, recurría a todos los medios para zafarse del lazo: se tiraba rodando por el suelo, lo mordía y rasguñaba, los ojos como dos ascuas y lanzando por las fauces un áspero bramido. Dos lazos más cayeron sobre la fiera y al rato ya estuvo sujeta de modo que el capitán Warnes cuando sacó su colt y disparó, lo hizo sobre un blanco seguro. El cuero del puma fué a reunirse con los demás trofeos.

Sin otras incidencias, iban costeando el curso del río Santa Cruz, subiendo cuestas, orillando pantanos, marchando hacia los lagos de la región más pintorescos, donde se levantaba el "kau" de los tehuelches, palabra que significa hogar o pueblo, en su lengua de piedra.

Losha, cautelosamente, penetró en la carpa del cacique. Era muy vieja, y algunos la tenían por hechicera. La piel del rostro, arrugada y curtida por setenta inviernos, parecía como apergaminada. Pero los ojos le brillaban aún, y en las manos sarmentosas, tenía la contracción retráctil de una zarpa.

—*Corry!*... —Llamó en voz baja.

—¿Qué querés?... — Contestóle sin volver la cabeza.

Losha, mientras tanto, escudriñaba el interior de la carpa. Por último, sin decir palabra, se acurrucó en el suelo. Haikokelteish, sabiendo que venía a importunarle, simulaba no verla, aunque sin perder ninguno de sus movimientos. La vieja habló por fin:

—¿No estar ella... *Huenen Ké?*

Y rió haciendo una mueca burlona.

El le contestó, mirándola fijamente:

—Está durmiendo... ¿para qué la buscás?

—Si no la busco, pues... ¿te vas a casar con mujer blanca?

—No!...

Su respuesta era enigmática y el hocico de Lusha alargóse, intrigada. Con una expresión casi alegre, indagó:

—¿No te vas a casar con *Huenen Ké?*

—No!... porque ya estoy casado...

SONETO

Cansado ya, la muerte sólo quiero,
Viendo a lo que aquí el mérito se presta,
Y viendo a la miseria en son de fiesta,
Y tenido por noble el trapacero.

Escupido el honor, y el verdadero
Hombre en quien la virtud se manifiesta
Sujeto a la ignorancia, tan funesta;
El mérito, el saber, ante el dinero.

Amordazado el Arte; la locura
Insultando al talento, descocada;
Cediendo la verdad a la impostura;

El Bien sirviendo al Mal... Mi alma cansada
Buscaría la muerte en su amargura
Si no me separase de mi amada.

GUILLERMO SHAKESPEA

—Casado!... Muchas gracias para los indios... Gran nevada, este año matar todas las crías chicas... Blanco, siempre traer desgracia!... Tu madre morir por culpa de un blanco...

—Fuera de aquí!... — Rugió el cacique con voz ahogada.

La vieja se arrastró por el suelo, implorando perdón.

—Haikokelteish, no me echés afuera!... Vos sos el cacique y te queremos todos... tu padre estar blanco, sí, pero tu madre estar *ahonnckenke*... por eso vos sos bueno... tu madre...

Haikokelteis se volvió hacia Losha, con los ojos iluminados por un relámpago de amor filial. No había conocido a su madre y de pronto su corazón parecía embalsamarse con el sagrado nombre. El no había sufrido sino mal trato en su niñez, trabajando allá en Bahía Blanca y Patagones, después que se fugó del colegio... La sangre tehuelchee le llevó insensiblemente hacia los suyos y luego de rodar varios años, llegó a Santa Cruz, ya un muchacho grande. Era más inteligente, más civilizado que sus hermanos. Le eligieron cacique a la muerte de Collohúe.

—¿Cómo era mi madre?... ¿Me quería?...

—Shelsom estar mucho linda, mucho!... Tétao casarla con blanco, capitán... Diez cuchillos, tres caballos, mucho *guarrdiente*, le dió capitán... Shelsom querer casar también... nacer vos, pues...

—¿Qué más?... —Indagó Haikokelteish, viendo que la vieja se detenía.

—Un día capitán irse lejos, lejos... llevarte... Shelsom llorar, arrancar *cachell* y tirarla... pelo arrastar así... Shelsom llorar, llorar... nunca más ver hijito!

—¿Qué más?... —Repitió con voz sorda.

—Un día capitán mandar tu cara a cacique blanco de Santa Cruz... Haikokelteish lindo vestido, estar chico grandote... Shelsom colgar de aquí tu cara, tenerla siempre aquí...

—¿Qué más?

—Un día Shelsom morir... encontrarla muerta yo... mucho fría!

Haikokelteish dobló su alta figura, apoyando la frente en la mano. Era la primera vez que le hablaban de su madre, que le referían el origen de su nacimiento. Con voz lenta, preguntó:

—¿Dónde está enterrada?

—En Shehuen aiken, yo enterrar... enterrar todo, tu cara también... ella tenerla así...

Hizo ademán de que tenía el retrato apretado contra los labios. Haikokelteish, suspiró profundamente. Quedaron en silencio los dos, por un momento.

—El capitán... ¿se llamaba Ricardo Albornoz?

—No sé... parecer que no. Nosotros llamar Capitán... Alto, igual a vos, gustar mucho bailar y siempre detrás de mujeres. Cacique Colluhúe un día quererlo matar... la mujer, Chora, quitarle cuchillo...

—¿No era Albornoz?... — le interrumpió, preocupado con su idea.

—No sé...

El trataba de recordar... Varias personas conoció; jamás le habían tratado con cariño. ¿Alguna de ellas pudo ser su padre? Tal vez... Pero a nadie conoció que se llamara Albornoz... ¿Tuvo vergüenza de aquel hijo salvaje que le naciera en Santa Cruz y le negó su nombre? Nada tenía de extraño puesto que le negó su cariño. Haikokelteish salió. Cuando el rumor de sus pasos se hubo apagado, Losha se deslizó hasta la otra carpa, recién hecha con pieles de guanaco chico, sedosas y tibias. Levantó una punta mirando en su interior; sus ojos relampaguearon de maldad.

Aurora descansaba en un profundo sueño. Su cara pálida tenía un marcado sello de fatiga, que no alcanzaba a disminuir su delicada belleza. Las emociones de muchos días la habían postrado y a veces le arrancaban un quejido en el sueño.

—Bruja!... diablo!... —murmuró la vieja, con la horrible boca crispada de odio. —Traer desgracias a los pobres... Haikokelteish estar loco!

Y haciendo con la mano un ademán amenazador, se escurrió por debajo de la carpa, como una araña negra.

Haikokelteish abandonó la carpa, pensativo, sin preocuparse más de la vieja. A la mañana siguiente saldrían a una boleada de guanacos y quería avisar a la gente de su tribu.

—¡Málen!... ¡Málen!...

Gritó, llamando a su lugarteniente. Un indio joven, desnudo casi de medio cuerpo, acercóse a paso lento y fatigado. Una vincha colorada le recogía el pelo, lacio y grasiento. Era fornido, pero su cara revelaba poca inteligencia. Llegóse hasta donde le aguardaba el cacique y se tiró al suelo a esperar que le hablara.

—¿Qué tenés?

—Estar mucho cansado.

—¿De qué?

—¡Si no hacer nada, pues!...

Bueno: al otro día saldrían a una boleada. Málen rió contento, mostrando los dientes blancos entre las rojas encías. Se puso de pie con brío inusitado y en su alegría fué a separar a guascazos una turba de perros, trenzada en furiosa pelea.

La voz corrió en seguida y asomaron caras de indios, empezaron las charlas y preparativos.

Haikokelteish regresó a su carpa. Losha había desaparecido...

—¡Más *guarrdiente!*... ¡Dame más *guarrdiente!*

Suplicaba Jonjonia, trastabillando y con miradas de extravío. Se había arrancado la vincha y las greñas le caían sobre los ojos.

Era otra india vieja, que compartía con Losha los cabalísticos prestigios de la hechicería.

—¡No!... Contestóle Ordóñez Zabala. No te doy más.. ¡ya estás borracha!

—¡Mal cristiano!

Ensayó un movimiento de danza saltando, agitando los brazos como una harpía. Concluyó por caer al suelo, envuelta en el quillango viejo. Tenía la cara sucia de grasa y manchada con la tinta del calafate, cuyo fruto había comido hasta hartarse. Rió en el suelo a carcajadas. Era su aspecto tan repulsivo, que el coronel apartó la vista.

Había llegado esa mañana al campamento de Hikokelteish, pero el cacique no estaba: hacía tres días que saliera a una boleada de guanacos. Lo sintió mucho Ordóñez Zabala. Debía cruzar el lago Argentino para seguir hacia la cordillera, y necesitaba una embarcación, gente que le acompañara entre aquel dédalo de montañas, lagos y bosques. Decidió esperar, descansando del fatigoso viaje.

En cuanto llegaron, ya le rodeó el coro de pedigüeños:

—Dando, coronel... *guarrdiente... shuoarr*...

Se instaló en el campamento, con la tranquilidad de su larga experiencia. Ordóñez Zabala, coronel de caballería, había pasado casi toda su carrera militar prestando servicios en las líneas extrañas. Un día en el Chaco, otro por el Neuquén, hoy en Santa Cruz...

Se instaló, pues, y para aplacar aquellas manos ávidas, repartió yerba y azúcar, con unas damajuanas de caña.

Consiguió alejarlos así, menos a aquella endemoniada, que pedía después de chuparse su parte. El coronel no le hacía caso, clavados sus ojos azules en la llama de la fogata, a cuya vera, sobre el rescoldo, chirriaba lentamente el asado. Pero su pensamiento estaba en otra parte...

Fijó con repugnancia su mirada en la vieja, y como quien se decide a aceptar el auxilio de un perro sarnoso, la llamó:

—¡Ché!...

—¿Que querés, coronelcito?... mirá: dame *guarrdiente* y te doy esto...

Le alargó una tarjeta postal llena de colorinches, venida a sus manos quien sabe como y que a ella le parecía una joya inestimable.

—¡Salí!... ¡sacá!...

Ordóñez Zabala contuvo los avances de Jonjonia, quien trataba de convencerle ahora haciéndole caricias. Se decidió a preguntarle:

—Decime... ¿quién era una mujer que estaba allí, a la entrada de aquella carpa, cuando yo volvía de caminar?... la vi desde el cerrito... Y golpeaba el anteojo, como si Jonjonia fuera a comprender los secretos de la óptica.

—Era yo...

—¡No seas estúpida!... En aquélla te digo, en la grande, esa de cueros nuevos...

—¡Aaaaah!... era m'hija...

—¿Tu hija?...

Consideró cómo podía ser la hija de aquella vieja de aquelarre, una mujer de semblante tan hermoso y noble... Aquella mujer entrevista un minuto en la isla de Leones, y que ya comenzaba a olvidar, cuando de pronto acababa de sorprenderla a la entrada de ...pa, allí dos pasos de él...

Esa mujer era una causa de honda preocupación para Ordóñez Zabala, eterno don Juan, ya cuarentón, y siempre pronto para la aventura amorosa, en cuanto veía una falda.

—¿Tu hija?... ¡mientes!

Pero, la india vieja, que adivinara inmediatamente la oportunidad de explotarle, se lo juró. Era hija suya, sí... Y en seguida volvió a su tema y preocupación:

—¡Dame *guarrdiente*, coronel... y te la doy... te doy m'hija!

Comprendió que le estaba mintiendo. Levantóse para quitarse del medio aquella insoportable visión. Había cambiado de plan. ¿Para qué tantas averiguaciones?

Llamó al asistente y le dió algunas instrucciones en voz baja. Después preparó diversos regalos — un rebozo de lana, dos pañuelos de seda, varias sortijas de colores — y haciendo un paquete lo puso en manos del soldado.

Salió el asistente y él estuvo paseando con impaciencia en el interior de la carpa. Habría podido armar su tienda de campaña, pero conocía los beneficios del quillango en las noches de frío.

NO TIENE IMPORTANCIA...

Esta pena mía
no tiene importancia.
Sólo es la tristeza de una melodía,
y el íntimo ensueño de alguna fragancia,

"Que todo se muere,
que la vida es triste,
que no vendrás nunca por más que te espere,
pues ya no me quieres como me quisiste".

No tiene importancia...
Yo soy razonable:
no puedo pedirte ni amor ni constancia:
¡si es mía la culpa de no ser variable!

¿Qué valen mis quejas
si no las escuchas;
y qué mis caricias, desde que las dejas,
quizá despreciadas porque fueron muchas?

¡Si esta pena mía
no es más que el ensueño de alguna fragancia,
no es más que la sombra de una melodía!
Ya ves que no tiene ninguna importancia...

Pedro Miguel OBLIGADO

Al rato volvió el asistente y con todo laconismo dió la respuesta:

—Dijo que gracias.

—¿Nada más?

—Nada más, mi coronel...

A una señal, el soldado desapareció. Ordóñez Zabala, que esperaba mayores efusiones, y por lo menos una invitación, quedó perplejo ante la sequedad de la respuesta.

Después sirvióse una copa de coñac, apurándola de un trago. Había fruncido el entrecejo y su expresión no auguraba nada bueno.

Una voz desde afuera pidió permiso para entrar. Era el capitán. Le alegró la llegada del subalterno y con voz placentera le invitó a pasar:

—Adelante, capitán Warnes... vamos a comer en seguida.

Empezaba a soplar el viento de los Andes. Durante un largo rato, después que el sol se puso, las altas cimas se tiñeron de rosa, de oro, de malva pálido. De pronto el cielo se nubló y la cordillera ocultóse a la vista.

Venían ráfagas violentas, rasando los filos de basalto, levantando nubes de arena. Silbaban con un quejido siniestro y hacían tiritar las yerbas amarillentas del páramo. Tupidos copos de nieve empezaron a caer y ya no hubo duda de que una gran tempestad se aproximaba.

Las carpas se protegían arrimadas a los acantilados. Presentaban todas su entrada hacia el oriente, particularidad que hizo observar a Ordóñez Zabala:

—Ahora me explico por qué las carpas miran siempre hacia el lado del sol... Es para evitar los vientos que vienen de la cordillera. Las arriman a estos muros de piedra, que parecen hechos a propósito, y están al reparo...

—Así debe ser... Convino el capitán Warnes. Sin embargo, antes se creía que era porque adoraban al sol... una especie de rito.

—¡Qué esperanza!... no tienen más que supersticiones groseras. ¿Se fijó en la adivina esa, Jonjonia?

El segundo apuró una copa de coñac y contestó:

—No... ¡pero he visto una china más linda!... Es decir: no parece china... Me dijeron que es la mujer del cacique...

—¡Cállese!... yo también la he visto...

Se le escapó a Ordóñez Zabala, como para asegurarse la prioridad. Desvió la conversación, llenando de nuevo las copas. Bebieron en silencio. Después entornó los ojos, para saborear íntimamente la visión de aquella mujer.

El viento, a ratos, sacudía violentamente los cueros de la carpa. Un alto lecho de quillangos veíase en un rincón. Hacía un frío penetrante. Todo esto pareció decidir al capitán, que consideró ya suficientemente prolongada la sobremesa:

—Me voy a mi covacha, coronel, antes de que se ponga peor...

—Sí, váyase, capitán...

Paróse también, sacudiendo las piernas para desentumecerse. El fuego agonizaba.

Warnes dió las buenas noches y salió.

Al quedarse solo, Ordóñez Zabala, por un rato permaneció de pie, reflexivo. Sirvióse de nuevo coñac y apuró la copa lentamente. Dió unos pasos, reflexivo... Concluyó por recostarse sobre el mullido lecho de quillangos. Así permaneció sin hacer un ademán, con las manos bajo la nuca y los ojos abiertos, como si contemplara una imagen fascinante en el techo de la carpa. Había bebido mucho, y el alcohol le encendía la sangre, le excitaba la imaginación.

—Dicen que es la mujer del cacique... Exclamó casi en alta voz. ¿De dónde la habrá sacado?... Es una linda mujer, como decía el capitán... ¡Ya lo creo!

Se levantó del lecho y avanzando hacia la salida, arrojó afuera una mirada. La nieve ya blanqueaba la meseta y seguía cayendo en tupidos copos, que el viento hacía danzar y arrojaba contra las peñas con una violencia furiosa. Los soldados dormían, no se veía un alma...

Se decidió. Bien prendido el capote, abandonó la carpa. Un manotón del viento casi lo derriba, pero después de orientarse se fué protegiendo con los acantilados. Estos tenían allí una altura de diez metros, descendían luego hasta desaparecer bruscamente, cortados a pique. Surgían un poco más lejos otra vez, formando esos largos paredones de basalto, tan característicos de la meseta cruceña.

Tropezó con un bulto y se embozó hasta los ojos para no ser reconocido.

—¿Dónde vas, coronel, con esta noche?... mejor estás en la carpa...

Era Jonjonia, ya lúcida de la borrachera, acurrucada junto a un [illegible]n, tomando mate. La rechazó con un ademán de la mano, aunque hubiera deseado darle un puntapié. Siguió en silencio, sin entender bien lo que la india le gritaba... algo de guanacos. ¿Qué guanacos, vieja de porra?

Al amparo de las segundas estribaciones estaba la vivienda del cacique y hacia ella se dirigió. Había que cruzar un claro como de cien metros completamente al descubierto. El viento se encajonaba en ese paraje, lanzando la nieve en remolinos y ráfagas de una fuerza inaudita.

Vaciló Ordóñez Zabala...

¿Quién le decía que la mujer del cacique le estaba esperando para agasajarle como se imaginaba? ¿Acaso se hallaba abierto el camino con las baratijas que le envió? Contestó que gracias, nada más.

Refrescado por el frío de la noche, dudó un instante con ánimo de volverse, pero un recuerdo lejano le animó a seguir. Fué en otra circunstancia parecida y casi pierde la oportunidad por sus vacilaciones. Cuando por fin llegó, la mujer le había estado esperando... ¿Por qué no sería ahora lo mismo?

Se aventuró por el claro... El silbido del viento era tan fuerte, que no alcanzó a oír aquella especie de trueno que rodaba por la meseta y se aproximaba vertiginosamente. Una mancha larga y ondulante lo producía, y al correr hacia allí, siguiendo los accidentes del terreno, se rompía, se disgregaba, para volver a reunirse de golpe y avanzar con una violencia de tromba.

Ahora, descendiendo la cuesta, se precipitaba por aquel ancho callejón que Ordóñez Zabala había empezado a atravesar. Las paredes laterales, al estrecharla, habíanle hecho adquirir una sólida consistencia de masa, sin que por eso disminuyera su marcha veloz.

Y el coronel, en lugar de precipitar el paso, parecía más bien detenerlo, preocupado quién sabe por qué venidosa presunción.

—A lo mejor, me está mirando... Pensaba.

Y envuelto en su largo capote se adelantó erguido, con aire marcial. Las botas se le hundían entre la nieve y ya estaba en la mitad del trayecto, cuando una ráfaga poderosa le derribó. Seguramente fué entonces, al chocar con el suelo, que llegó a percibir aquel estruendo acompasado. Trató de incorporarse, lleno de ansiedad...

La nieve le cegaba, y recién cuando lo tuvo a pocos pasos, pudo darse cuenta del peligro. Una tropa de guanacos, enloquecida de terror, avanzaba hacia él, huyendo de la tormenta. Eran muchos cientos de animales, grandes y chicos, guiados por un enorme macho que marchaba delante. Alcanzó a distinguir las primeras filas de cabezas, oyó como se estremecía la tierra bajo el frenético golpear de las patas... Y ya estaban encima!

Ordóñez Zabala era valiente. Pero, ¿de qué le servía su valor contra aquel enemigo innumerable?... Comprendió recién, en un relámpago de lucidez, lo que la india le había querido advertir... ¡Aquel relámpago de lucidez y de horror indecible, penetrándole el cerebro como subitánea espada de fuego!

Fué un remolino en la nieve, un alarido que se perdió tragado por el retumbante galope. Los animales pasaron sobre él como una avalancha...

Era en la carpa grande del cacique. Haikokelteish, había regresado y asistía a la fúnebre escena con el semblante grave. El cuerpo de Ordóñez Zabala descansaba grave. El cuerpo de Ordóñez Zabala descansaba sobre su propio lecho, pero no como se lo había imaginado. Estaba muerto...

Parecía dormir un sueño pesado, pues su rostro, seguramente protegido por el espeso colchón de nieve, no habría sufrido mucho los ultrajes de las bestias. Sobre la palidez de la frente le caían los cabellos, acentuando aquel dejo de melancolía que solía a veces ennoblecer su dura expresión.

Lo velaban sus compañeros y algunos indios.

Al lado de Haikokelteish, ignorando por completo el papel que en la tragedia le había tocado desempeñar, Aurora contemplaba la fúnebre escena con una mezcla de tristeza y de angustia. No había podido acostumbrarse aún a la rudeza de aquellos hombres y sólo el amor prestaba fuerzas a su voluntad, sólo el amor la hacía acurrucarse resignada y feliz, como un dulce pájaro prisionero.

De pronto el cuero de la entrada se levantó y la vieja Losha avanzó hacia el cacique. Cuando volviera de juntar calafates, al obscurecer de la tarde anterior, había sabido por Jonjonia la llegada de los soldados, y ésta, envidiosa, la enteró de los regalos que el coronel le había mandado a *Huenen Ké*...

Losha pensó que allí estaba su venganza.

Decidió, pues, quedar en acecho. Y por la noche había seguido a Ordóñez Zabala, cuando se dirigía hacia la carpa de Haikokelteis. Sólo la muerte del coronel pudo impedir la infidelidad de *Huenen Ké*. Pero ella se lo iba a contar al cacique... Por otra parte, diría que el coronel regresaba ya, cuando lo atropellaron los guanacos!... ¿quién podría negarlo?

Se adelantó, arrugada y negra, hasta el medio de la carpa. Recién entonces lanzó una mirada sobre el rostro del muerto. Se quedó inmóvil, la boca abierta, los ojos brillándole de asombro. Para cerciorarse mejor, acercóse casi hasta tocarlo. Lo estuvo mirando fijamente... Por fin se estremeció y un grito ronco, interminable, le brotó del pecho, como un graznido.

Haikokelteish se levantó con ánimo de arrojarla afuera. Pero la vieja fué hacia él: tenía una expresión enigmática. Le tomó de un brazo, mostrándole el cuerpo de de Ordóñez Zabala, mientras le decía con el temor supersticioso de quien mira un espectro:

—Es tu padre, cacique...

Corrg—*Cacique.*
Huenen Ké—Cara linda.
Ahonnnekenke—Tehuelche.
Cachell—Vincha.

EL ARDID

Por Phyllis Hambledon

No le había dicho una palabra de ello a Sibila, todavía, ni consideraba necesario confiárselo, por cuanto suponía que sólo lograría provocar sus gritos y lágrimas y hacerla mentir a la perfección su papel de mujer ultrajada por las sospechas de su marido, invirtiendo totalmente los papeles del drama conyugal, para convertirse de acusada en víctima.

Siempre había juzgado a su esposa frívola y casquivana, un poco extravagante y fantástica y algo ligera de cascos; pero, a decir verdad, no había llegado nunca a dudar de su decencia y honradez, pero he aquí que todas sus convicciones se venían abajo por sí mismas, ante aquella prueba palpable de traición y villanía.

Con frialdad más aparente que real, Ricardo Gayworth consideraba atentamente el arrugado programa de baile que tenía en la mano. En la parte no impresa del papel, en la hoja blanca posterior, había una frase escrita con lápiz, sin firma de ninguna especie.

Fué una verdadera casualidad el encuentro del programa; aquella mañana, al ir a recoger de la tintorería el abrigo de su mujer, la empleada le dió un paquetito conteniendo varios objetos encontrados en los bolsillos de la prenda; un pañuelo, un lápiz colorado para los labios y aquel programa. Al dirigirle una mirada distraída al impreso, las palabras manuscritas hirieron al punto sus ojos como la luz cegadora de un relámpago en mitad de las tinieblas.

En su brevedad y concisión, los garabatos trazados por una mano desconocida no podían ser más elocuentes y decisivos:

—"Te espero en el Lázaro a las once".

¡El Lázaro! Las mujeres decentes y la mayor parte de los hombres sólo de oídas conocían aquel hotel de dudosa reputación, famoso por sus discretos reservados amueblados con muelles divanes y alumbrados por la media luz de tenues lámparas oscurecidas por sendas pantallas coloradas o verdes.

Nadie llevaba nunca a su legítima esposa al Lázaro; sólo un hombre de sentido moral lo bastante corrompido podía ir allí... pero con la mujer de otro.

¡Y Sibila había sido conducida a semejante lugar de perdición la misma noche en que tal mensaje fué escrito!

Sí, recordaba perfectamente los hechos y no le cabía duda alguna de la innegable realidad de aquella infamia; estaba todavía muy patente en su memoria el recuerdo de la última vez que el abrigo fué usado, la velada del gran baile ofrecido a sus socios por el Club de Tennis.

Basándose en el exceso de trabajo que le agobiaba y en lo mal que sentaban los bailes a su seriedad, habíase negado a asistir, a la fiesta, sin hacer mucho caso de las reiteradas súplicas e instancias de Sibila, ni de sus protestas insistentes:

—Sin tí no voy a divertirme la mitad, querido — afirmó.

—Si consideras las cosas bajo ese punto de vista, no voy a tener más remedio que ceder y acompañarte — había contestado él algo bruscamente, como para dar a entender el gran esfuerzo que ello le representaría.

—¡Oh, no! No quiero ser egoísta — agregó entonces Sibila. — No voy a imponerte el sacrificio de abandonar tu comodidad.

Con aquellas palabras como despedida, se había ido a la fiesta, excesivamente linda en su traje negro, que hacía resaltar la delicada blancura de su tez, emanando de toda su persona el mismo perfume que impregnaba aún el arrugado pañuelo que sostenía Ricardo en la mano.

A las diez y media, cuando la suponía él en pleno bullicio del baile, habíale llamado por teléfono, para decirle:

—Oye, los Trenton se empeñan en que vaya a pasar la noche con ellos, para no dejarme marchar sola a altas horas de la madrugada: aceptaré y así ahorramos el importe de un taxi, ¿no te parece?

—Como quieras — limitóse a consentir el hombre, medio dormido.

Pero a la mañana siguiente la joven había regresado en un taxi, pues lo mismo el traje de noche que el abrigo que vestía resultaban demasiado vistosos y llamativos a la luz del día.

—No pensé que debía regresar ataviada en esta forma a la hora del desayuno — expuso para disculparse. — Celia estaba decidida a prestarme un traje, pero creí que no valía la pena, prefiriendo tomar un auto... ¡Qué sueño tengo, Ricardo! Voy a tomar un baño y a cambiarme de ropa.

—Tienes el abrigo muy sucio— advirtió Gayworth señalando la parte baja de la prenda de vestir.

La esposa dirigió una mirada avergonzada al lugar señalado y se ruborizó ligeramente sin que él, ¡ciego!, diera entonces importancia ninguna al hecho.

—Es cierto — convino. — Habrá que mandarlo a la tintorería.

La consecuencia de aquella decisión tan natural había destruído por completo la calma y la tranquilidad del hogar, donde la falsedad imperaba como dueña y señora, sabe Dios desde cuánto tiempo antes.

Con una sangre fría poco en consonancia con los sentimientos internos de su corazón, Ricardo procedió a examinar nuevamente la delatora prueba.

¿Quien pudo haber sido el compañero de Sibila en la pecaminosa aventura de la noche del baile del Club de Tennis?... El círculo de las amistades de la joven no era muy extenso; todas las probabilidades quedaban localizadas en un número de hombres no mayor de seis; Hoskins, Sandway, el hijo de los Bart, Hitchcock y Ferrand, el abogado recién recibido... Jones y Morley podían incluirse también en la lista, a pesar de que difícilmente cabía suponerles tan imprudentes y necios como para dejar tras sí una huella palmaria de su falta.

Sin embargo, tal vez... ¡Bien! Cualquiera que hubiese sido el culpable, si era un hombre soltero, se casaría con Sibila apenas estuviera gestionado el divorcio...

La idea de recobrar la libertad apareciósele de pronto muy dulce a Ricardo Gayworth. Abandonaría aquella casa coloreada y alegre, rodeada de un jardín florido, tan discrepante, en general, con el resto de los edificios de aquel apartado suburbio; traspasaría el consultorio y tomaría pasaje a bordo de un buque cualquiera...

¡Cuántas veces, desde su matrimonio, habíale atormentado aquella fiebre de viajar! Por último, ahora podría satisfacerle; ¡iba a quedar libre!; Sibila, con su conducta poco correcta y censurable, había disipado todo escrúpulo capaz de retenerlo, cortando el lazo que les unía y que debía haber sido indisoluble...

Bastaba descubrir el nombre del miserable, del canalla cómplice de la infame, y el resto sería juego de pocas tablas; ningún tribunal se negaría a pronunciar una sentencia de divorcio ante la irrefutabilidad de las pruebas aducidas:

Se imponía arrancar aquel hombre a la culpable a todo trance y para ello no debía perderse un segundo de tiempo. Precisamente, estaba Sibila vistiéndose para asistir a un festival, en ocasión del cual había requerido el abrigo revelador.

Ricardo se encogió de hombros y subió la escalera; penetró en el aposento y cerró la puerta corriendo el cerrojo.

* * *

Pero la infiel e negó a revelar quién había sido su cómplice; estaba dispuesta a revelarlo todo, todo, hasta los menores detalles, excepto aquello.

Sí; había sido la noche del baile del Club de Tennis, pero no fué aquella la primera vez ni, probablemente, sería la última... No, no era Sandway; ¡no iba a decirle más, no le revelaría lo que tanto parecía interesarle conocer.

Conforme Ricardo supusiera, lloró un poquito, gritó y mintió; sin embargo, no le disgustaba por completo que su marido hubiese descubierto la verdad. ¿Acaso tenía derecho él a esperar otra cosa?... ¿No abandonaba a su mujer horas y horas en la soledad, sin más excusa que el exeso de trabajo?... ¿Por qué no la atendía un poco más, como era su deber de hombre casado?... Nunca le decía que era linda, ni le dirigía un cumplido... Si le pedía un traje o una caja de bombones, refunfuñaba y protestaba, llamándola despilfarradora... El desempeño de su profesión le absorbía totalmente y anteponía sus asquerosos pa-

OBSCURECIA

Ayer fué su partida, y allá en los malecones
Vagamos silenciosos frente al azul marino,
Mirando a las gaviotas, cuyas evoluciones,
Eran brochazos blancos en el cenit divino.

Luego, ya estando a bordo, yo la besé en los ojos
Y entonces, sus amadas mejillas temblorosas,
En una primavera de jóvenes sonrojos
Mostráronme el rojéo de sus serenas rosas.

Al fin, levaron anclas. Y mientras que en los cielos
La noche abrió un ensueño de estrellas sobre su arco,
Mi amor, todo vencido, sollozando mis duelos,
Seguía—como estela—la fuga de su barco.

L. GONZALEZ CALDERON

ANECDOTA

El célebre filósofo Kant era sumamente atento y educado y nada le molestaba tanto como la falta de cultura en otras personas. Cierto día comió en un hotel en compañía de varios amigos. Cuando se sirvió una ensalada un comensal tomó, sin preguntar a nadie, la pimentera y echó todo su contenido en la ensalada, diciendo:

—Esta ensalada me gusta con mucha pimienta.

Kant, sin inmutarse, sacó de su bolsillo la tabaquera, echó su contenido íntegramente en la ensalada y sólo hizo constar:

—A mí me gusta mucho con tabaco.

Era una manera decidida y eficaz de enseñar buenos modos.

cientes a su mujercita sin escuchar las quejas de la infeliz ni sus buenos consejos... Porque él debía hacerle caso a su Sibila y abandonar aquel consultorio donde sólo iba gente pobre y sucia, para instalarse en Holland Park o en otro barrio aristocrático cualquiera, cultivar la vida de sociedad y crearse una clientela de gente bien, que le pagara buenos honorarios... No tenía derecho a censurarle que se alejara de su casita, tan linda y deliciosa, pero llena siempre de miserables harapientos, para buscar un poco de alegría, una compensación a su existencia de martirio... Sí; en realidad ella era cual una bella mariposa caída en un montón de estiércol...

—¿Cuál de tus adoradores te dijo esa necedad? — inquirió Ricardo bruscamente.

¡Oh! Aquel tono de voz tan duro, la crueldad del sarcasmo, la rudeza de los modales, nada de aquello era digno de él, de su caballerosidad nunca desmentida antes... Y la hipócrita se echó a llorar de nuevo.

—Estamos perdiendo lastimosamente el tiempo, Sibila, ¿quien es él?

—¡Es inútil! No voy a decírtelo.

—¿Acaso es el amor que todavía sientes por mí lo que te induce a ser tan discreta? — preguntó burlonamente el ofendido esposo.

—No; no te amo ni te he amado nunca; si me casé contigo fué por la presión que hicieron mis padres en mi ánimo, asegurándome cuánta consideración gozaría en todas partes sólo con decidirme a ser la esposa de un doctor. Ningún cariño me inspiras ni te lo he profesado jamás, pero no quiero divorciarme; es una situación poco... poco respetable.

—Efectivamente, Sibila; tienes razón.

—Ya sé que muchos lo hacen sin concederle la menor importancia al hecho, pero a mí me disgusta profundamente; ¡es horrible que pretendas divorciarte de tu mujercita, Ricardo!

—¡Bueno! ¿Vas a decirme el nombre del individuo por quien me traicionastes o no?

—No, no y no; y te advierto que por mucho que porfíes, no has de arrancármelo.

—Muy bien; en tal caso, lo averiguaré por otro lado.

* * *

Mientras bajaba la escalera, Ricardo Gayworth reflexionaba acerca del medio mejor de llegar al resultado que se proponía; no; evidentemente no era tarea fácil descubrir el nombre apetecido.

Desde luego, debía partir de la base de que se trataba de uno de aquellos cinco sujetos: Hitchcock, Jones, Ferrand, Morley y Hoskins. Todas las sospechas oscilaban alrededor de aquel círculo, sin salirse de él; pero, con tener localizado en parte al causante del mal, no podía precisar a punto fijo cuál fuera.

Largo rato permaneció buscando una fórmula para llegar al deseado descubrimiento, hasta que, de pronto, una idea se impuso con fuerza a su cerebro.

Así, pues, decidido a llevarla a la práctica, escribió cinco cartas, en las que sólo la dirección y el nombre del destinatario eran distintas, en tanto que la parte expositiva rezaba en todas:

"Distinguido señor: Habiendo llegado a mi conocimiento que usted y mi esposa son amantes, y colocándome ello en una situación completamente ambigua y dudosa, he decidido quitarme de en medio, como única solución del conflicto".

"Confío a Sibila a su cuidado y me atrevo a esperar que proceda con ella con la mayor corrección posible, para lograr merecer de su concepto el dictado de buen esposo que yo, pese a mis esfuerzos, no he conseguido obtener.

"He tomado mis precauciones para que esta carta llegue a su poder por el correo de las seis y cincuenta, a cuya hora se encontrará usted probablemente en casa; diez minutos más tarde, a las siete, sin tiempo ya a intervención alguna de su parte, pondré fin a mi vida, para dejar en libertad absoluta a la que es todavía mi mujer.

"Desea a usted un sin fin de felicidades y una eterna luna de miel. — Ricardo Gayworth."

Releyó las cartas antes de encerrarlas en sus respectivos sobres, sonrió amargente y las guardó en uno de los cajones de la mesa hasta el día siguiente a las once, a cuya hora las puso en el correo.

A las seis y media de la tarde dos taxímetros se detuvieron al mismo tiempo ante la puerta de la casa del doctor, descendiendo no, Jones y Hoskins del otro, muy nerviosos y agitados.

—¡Hola, Hoskins! ¿Cómo te va? ¿Está Gayworth en su casa?

—No lo sé, péro espero que sí. Necesito verle sin pérdida de tiempo.

—Lo mismo digo; tengo que resolver con él un asunto particular.

—Igual me sucede a mí; se trata de algo urgente, por lo que te ruego me permitas hablar con él antes que tú.

—No puedo explicarte detalladamente los motivos, pero creo mejor que sea yo el primero en verle... ¡Hola! ¿Quién es ese?

El que provocara la pregunta era Ferrand, el abogado, quien llegaba en aquel momento en su auto del que saltó rápidamente.

—¡Buenas tardes, amigos! ¿Está el doctor en su consultorio?

—Recién acabamos de llegar, y también quisiéramos tener la certidumbre de ello.

—¿Acaso está enfermo?

—No; se trata de algo mucho peor, relacionado con una carta que acabo de recibir por el correo de las cinco.

Los otros dos cambiaron una mirada de sorpresa y lanzaron una exclamación:

—¡Cómo! ¿También tú has sido favorecido con una cartita?... Decididamente, lo mejor que podemos hacer es entrar y ver de qué se trata.

Apenas acababan de penetrar los tres en el consultorio, llegó Hitchcock; llamó insistentemente hasta que la puerta fué abierta, entró como un torbellino y se introdujo en el despacho, donde Gayworth ofrecía whisky con soda a los visitantes y les daba toda clase de explicaciones por lo incorrecto de su proceder.

Debían perdonarle las molestias ocasionadas y el sobresalto sufrido por su culpa; pero se trataba sólo de una broma... una apuesta con Sibila... Nada tan lejos de su imaginación como abandonar este pícaro mundo...

—Usted perdone, Gayworth, pero su conducta merece toda clase de censuras — balbuceó Jones. — No hay derecho a lanzar acusaciones como esas contra nosotros y explicarlas luego como un sencillo pasatiempo.

—Realmente, eso pasa de castaño obscuro — convino Hoskins.— Confieso que una broma de buen género, a su debido tiempo, no me disgusta; pero la que usted nos ha gastado es demasiado pesada, Gayworth. Suponga que las cartas no hubiesen llegado por el correo de las cinco y...

—Sin embargo, ya ve usted que no se retrasaron — repuso suavemente Ricardo.

Una vez que se retiraron los visitantes y Gaywordth quedó sólo de nuevo apresuróse a subir la escalera y se dirigió al aposento de su esposa, que le recibió atemorizada, pero con aspecto de reto.

—Conozco ya el nombre que tanto empeño ponías en ocultarme — declaró fríamente el marido. —Es Morley.

—¿Cómo pudiste adivinarlo? — exclamó Sibila en el colmo de la sorpresa, sin intentar siquiera la más insignificante negativa.

—No he tenido necesidad de adivinarlo — explicó el nombre.— Lo he averiguado gracias a un ardid que puse en juego; escribí a cinco amigos tuyos, indicándoles mi propósito de suicidarme a las siete de la tarde, y me las compuse de modo que recibieran las cartas a las cinco; cuatro de ellos han venido con el propósito de salvarme la vida y hacer protestas de inocencia; solo uno, Morley, no se ha atrevido a encararse conmigo, o, acaso, creyó preferible dejar que los acontecimientos siguieran el curso indicado por mí en la esquela juzgándolos favorables a sus designios.

A tiempo que hablaba, Gayworth se acercó a la mesita de luz, abrió el cajón y sacó de él un revólver.

—¡Ricardo! — gritó la joven, aterrada. — ¿Qué vas a hacer?

—Voy a visitar a Morley — repuso secamente.

—¿Acaso te propone matarlo?

—De ninguna manera; aprecio demasiado mi propia libertad para arriesgarme a perderla por lo que no vale la pena. Sin embargo, creo que voy a tener que usar la amenaza del arma para arrancarle al canalla una confesión y obligarle a comprometerse a casarse contigo cuando nuestro divorcio sea pronunciado por el tribunal.

Desde la ventana de su aposento, vió Sibila a Ricardo abandonar la casa, y, por primera vez en su vida, sintió que amaba al hombre que recién acababa de perder para siempre.

Ofrenda lírica

En la página postrer
escogida de exprofeso,
como quien dejara un beso
en labios de una mujer,
quiero dejar, sin saber
la razón que lo provoca,
en el álbum,—que es tu boca,
mi verso—que es armonía—
y arpa eólica sería
si tu entusiasmo lo toca.

Pero pienso, y el pensar
agita mi corazón,
qué motivo, qué razón
me asiste para dejar
a las puertas de un altar,
—iconoclasta cual soy—
aqueste ramo que estoy
tejiendo precipitado,
casi sin haber notado
la senda por donde voy.

Pero una voz interior
que recogí de la historia
clamorea en mi memoria
y me llena de fervor.
siempre tuve por honor
ser paje de la hermosura,
por eso dí en la locura
de ofrendarte, todo entero,
mi corazón mosquetero
panal de amor y ternura.

Y aquí dejo el corazón
que a fuerza de ser tan triste
ya ni el derecho le asiste
de ser, como otros, llorón...
Es una flor de oblación
que no adorna ni sahuma,
lo ahoga la angustia suma
de una ilusión que está trunca
por no haber hallado nunca
la llama que lo consuma.

M. CIRES IRIGOYEN

La pintora Aída Fassio

Desde la publicación de su admirable "Patio Andaluz", obra que esclareció con la belleza de sus colores la carátula de "FRAY MOCHO", la señorita Aída Fassio quedó incorporada de hecho a los buenos colaboradores artísticos de nuestra revista. Podemos hoy anunciar que la delicada pintora, profesora de la "Escuela-Hogar Paula Albarracín de Sarmiento", hará intensa esa colaboración, tan preciosa, contribuyendo con sus obras al perfeccionamiento creciente y el éxito de "FRAY MOCHO".

Sucesivamente iremos dando a conocer algunos de sus mejores trabajos que destacan a la señorita Fassio como uno de los más notables espíritus femeninos que se consagran entre nosotros a las tareas que enaltecen el espíritu, la cultura y la belleza.

Libertada

Por Andrés Birabeau

Estaba él al frente de una gran casa editorial y ella trabajaba en el taller de encuadernación. Un día entró él en el taller y se hizo a su entrada un gran silencio. Era un hombretón, de lento andar y grandes pies, anchas manos y voz seca de hombre flaco en cuerpo gordo.

Al entrar en el taller hizo algunas secas observaciones aquí y allá y después se detuvo ante ella:

—Señorita Marset, tenga la bondad de ir a mi despacho dentro de cinco minutos.

Ella enrojeció al pronto y palideció luego. ¿Qué habría hecho? ¿Por qué la llamada a su despacho? Se detuvo un momento en la puerta sin poder respirar. Al fin llamó y entró. El director la miró, no la hizo sentar y de repente le dijo:

—Señorita, la he hecho venir para proponerle una cosa. Usted dirá meramente sí o no. El asunto es éste: ¿quiere usted ser mi mujer?

Lo que dijo después no lo entendió ella. Se quedó sobrecogida, suspensa, sofocada. Sus nervios contraíanse y le zumbaban las sienes. De cuando en cuando llegaban a sus oídos algunas frases como éstas: "La aprecio desde hace mucho tiempo... Sus cualidades... Sería... La simpatía de usted... Un compañero..."

Lo que la hizo despertar y volver a la realidad fué el oir la voz impaciente, voz de amo, que decía:

—Bueno, ¿pero qué contesta usted?

Ella se apresuró a responder:

—Sí..., señor...; sí..., señor.

El repuso que era feliz al ver que estaban de acuerdo, y así fué cómo ella se casó.

¡Casada ella con él! Ignoraba si era dichocha o si estaba desesperada Sus ideas eran tan confusas como sus sentimientos. Sentía una gratitud temblorosa y una satisfacción llena de pánico. Se hallaba instalada en su posición de esposa como quien está en un cuarto de hotel, en que nada le pertenece a uno y es simplemente un transeúnte. Un hombre sobre el que agrada arrellanarse. Pero ella no se atrevería nunca a dejar caer su cabeza sobre el hombro del Sr. Trisson...

Algunas veces, de soltera, había pensado en el matrimonio. Y entonces se acordaba de la casa de su madre de la de su hermana y de la de su amiga Luciana. Su madre se había casado con un hombre excelente, que pasaba por bravo entre sus compañeros y en casa no tenía más voluntad que la de su mujer; su hermana había escogido un hombre dulce, tierno, enfermizo, a quien ella mimaba y dirigía como a un niño, y su amiga Luciana había conquistado a un buen muchacho que bebía los vientos por hacerla feliz y que se volvía loco cuando la veía seria.

El Sr. Trisson no se parecía a ninguno de esos tres; más que marido era el Sr. Trisson. Cuando hablaba de él no decía nunca "mi marido", sino "el señor Trisson". Y en la intimidad le llamaba "amigo mío". Pero no era su amigo; era siempre el patrón.

Ella lo admiraba indudablemente y estaba orgullosa de haber sido elegida por él. Pero a veces pensaba en el marido de su madre, tan dócil y obediente, que soplaba humildemente la lumbre, o en el marido de su hermana, necesitado siempre de consuelo, o en el de Luciana, tan tiernamente solícito... Y entonces la invadía una gran tristeza y veía ante sí una interminable sucesión de días sometidos, inactivos y resignados.

El no era malo. Era fuerte nada más. A fuerza de considerarlo superior, se sentían pocos deseos de luchar con él. Y no había ni el consuelo obscuro y secreto de uno de esos pequeños desquites de mujer. No era él de esos hombres a quienes se engaña.

Se sentía vieja a pesar de su cutis fresco, sus mejillas sonrosadas y sus ojos de veinte años, por que la vejez empieza con la resignación.

Tenía muchas alhajas, muchos criados; bailaba en los salones, viajaba mucho con él ; pero aquello era poca cosa.

Un día le dijo el marido:

—Prepara las maletas. Pasado mañana salimos para Argel.

Ella obedeció con bastante alegría. Le agradaba cruzar el mar. Nunca había subido a un barco; el tampoco.

Al embarcar corrían algunas nubes sobre el azul del cielo. En alta mar el paquebote se balanceó menos majestuosamente que en el puerto.

—Me parece — dijo un viajero — que al mar se le están hinchando las narices.

El Sr. Trisson había bajado a su camarote. Su mujer descendió un poco después y lo encontró acostado, muy pálido y con los ojos cerrados. En cuanto sintió él la puerta llamó:

—¡Germana!

Y añadió con voz de ternura, que ella nunca había oído:

—¡Quédate!... No me dejes...

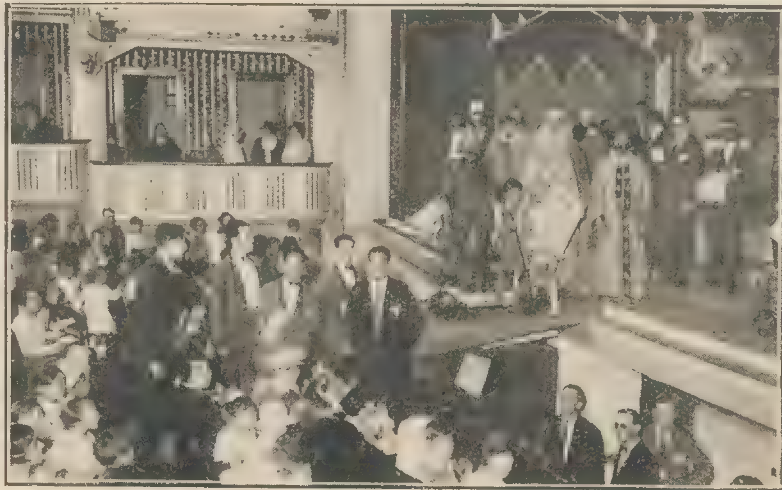
Suplicaba; era la primera vez que ella oía esa voz tan tierna... Tenía él la cara descompuesta y su gesto era débil. ¡Ya no era más que un pobre hombre vencido, un pobre hombre desgraciado, un pobre hombre implorante, un pobre hombre!... Se parecía a la vez al marido de su madre cuando le entregaba dócilmente la paga, el marido de su hermana cuando solicitaba mimos y al marido de Luciana cuando mendigaba una sonrisa. Ella hizo un gesto; él tuvo miedo y gimió:

—Germana... querida..., mi nena querida.. No me dejes... Estoy muy mal..., muy mal...

Su mal, sin embargo, era sólo un mareo. . .

Germana se aproximó a él dulcemente y le sonrió. Era un hombre como los demás: débil como todos... Germana no lo admiraba ya, Había dejado de temerle. Le sonreía, y no sabía si iba a empezar realmente a amarlo o a dejar de quererlo; pero de lo que sí estaba segura es de que ya era libre.

CELEBRACION DE LA FIESTA DE LOS REYES MAGOS



Durante el reparto de juguetes organizado por la Mutualidad del Tranvía Anglo Argentino, para obsequiar a los niños de los empleados de la empresa.



Una vista parcial del local del cine ''Los Andes'', mientras se efectuaba la distribución de juguetes entre los niños del personal de la Compañía de Tranvías Anglo Argentina.



Algunos de los niños que fueron obsequiados con juguetes en el local de la Cruz Roja Argentina.



El frente del local del comité del Partido Radical, de la sección octava, mientras se repartían juguetes a la gente menuda del barrio.



En la Asociación Cultural Canaria, durante la distribución de juguetes al elemento infantil realizada por los dirigentes de dicha institución.



Aspecto del salón Mariano Moreno ocupado por las familias que presenciaron el reparto de juguetes efectuado por la Asociación Cultural Canaria.



Durante el reparto de cien mil globos de la Cervecería Palermo, efectuado por la Nueva Sociedad de Gimnasia Alemana,, en su local de Vicente López.



Ejecución de bailes infantiles en la Sociedad de Gimnasia Alemana, número incluído en el programa de la fiesta con que dicha institución celebró el día de Reyes.

Nuevo jefe del cuerpo de bomberos de la capital



El jefe de policía, coronel Graneros, poniendo en posesión de la jefatura del cuerpo de bomberos de la capital al coronel Vicente Cobas, recientemente designado por el P. E. para comandar dicho cuerpo.



El jefe de policía, coronel Juan C. Graneros, el coronel Vicente Cobas, nuevo jefe de bomberos, el mayor Luis Schenone, segundo jefe de la división, el mayor José Ghensano y otros oficiales, después de haber asumido el mando del cuerpo el señor Cobas

Banquetes



Con motivo de su doble y brillante triunfo obtenido en los concursos de pronósticos, para las carreras de caballos en el Hipódromo Argentino, organizados por la revista "La Fija" y el diario "La Argentina", el redactor hípico de "La Razón", don Armando García Velloso, fué objeto de una demostración de simpatía, consistente en un banquete servido en su honor en el restaurant de la Galería Güemes. — Vista de la cabecera de la mesa





Un aspecto de la numerosa concurrencia que asistió al banquete organizado en obsequio de don Armando García Velloso, al cual asistieron miembros del Jockey Club, representantes de la prensa metropolitana, elementos calificados del mundo turfístico, y muchos amigos personales del obsequiado

En obsequio del ministro de Bolivia en el Paraguay, doctor Bailón Mercado y del encargado de negocios de Bolivia en la Argentina, doctor Arturo Pinto Escalier, se efectuó una comida en el restaurant Conte, que les fué ofrecida por un núcleo de bolivianos residentes en la Capital Federal



Constituyó un gratísimo acontecimiento el obsequio de un retrato del general Garzón al Presidente Leguía.

Una atención del embajador Checa Eguiguren a "FRAY MOCHO"



El presidente del Perú, doctor Augusto B. Leguía pronunciando su discurso.



El presidente Leguía, el ministro del Uruguay y otros miembros del cuerpo diplomático durante la ceremonia de la entrega del retrato del general Garzón, obsequiado por el presidente del Uruguay al del Perú.

Ha constituído uno de los más gratos acontecimientos de las relaciones fraternales que reinan en esta parte del mundo, el obsequio de un retrato del general Garzón al presidente Leguía, obsequio con el cual el Presidente Campisteguy quiso testimoniar al pueblo hermano del Perú el afecto tradicional que el Uruguay le guarda en sus mejores sentimientos. El presente no pudo ser, en verdad, más espontáneo, ni más significativo. El general Garzón representa una de las glorias puras del pueblo ríoplatense, por cuya elevación cívica y moral luchó en denodadas patriadas gauchas. Cupo a la sinceridad y al agradecimiento característico del mandatario peruano acoger el obsequio con extraordinario júbilo y en medio del entusiasmo popular que obligó a una ceremonia de proporciones grandiosas. El propio Presidente Leguía expresó a los representantes del Uruguay en Lima el alto aprecio en que tenía el delicado obsequio del Presidente Campisteguy, poniendo de manifiesto no sólo su trascendencia internacional, puesto que se trataba de un gesto de amistad que intensificaría los lazos que vinculan al Perú con la nación uruguaya, sino además el mérito artístico del retrato del general Garzón, obra de verdaderos valores.

Debemos a la gentileza caballeresca del doctor Miguel A. Checa Eguiguren, Embajador del Perú en nuestro país, las primicias gráficas que acompañan la nota. Siempre amigo de la prensa argentina, y, especialmente de FRAY MOCHO, el doctor Miguel A. Checa Eguiguren, cuya preocupación por cuanto contribuya al desarrollo de las relaciones entre los pueblos hispano-americanos es notoria, supo cumplir así en forma que empeña nuestra consideración.



El embajador del Perú en la República Argentina, doctor Miguel A. Checa Eguiguren.



El ministro del Uruguay y el señor Calvo Solari, introductor de embajadores del Perú, llegando al palacio presidencial.



REMEDIO HEROICO

Por Eduardo Zamacois

I

A los veinte años, Marina Ledesma era una linda moza: alta, morena, elegante, coquetona, con muchos atractivos en su persona y muchas engatusadoras retrecherías en su ingenio sutil y bien cultivado. Tenía el pelo negro, la frente pequeña y un poquitín bombeada, como las aristocráticas damas de los retratos antiguos; los ojos grandes y dormilones; la nariz respingadita, pero bien perfilada; los labios finos y levantados en las comisuras, rasgo fisonómico que acusaba un temperamento regocijado y predispuesto a la risa: la barbilla saliente; el cuello mórbido y blanquísimo. El busto correspondía cumplidamente a tan gallarda cabeza, verdadera maravilla del amor humano: el seno turgente, la cintura esbelta, las manos y los pies inverosímiles de puro pequeños, como los de Cenicienta que, según algunos autores clásicos, atesoró el de Elena, la hechicera coqueta que perdió a Troya.

A despecho de tantos encantos, que convertían a Marina Ledesma en una Friné "fin de siglo", la joven no parecía contenta; y esta nostalgia no había que achacarla a enfermedad física ni a prematuros desengaños, sino a un romanticismo trasnochado que afeaba el verdadero carácter de Marina como ridícula careta.

Marina creía ser de buen tono estar triste; la tristeza, a su entender, era el estado psicológico que más conviene a las almas delicadas, nacidas para pensar alto y sentir hondo; aunque la risa retozaba en sus entrañas, procuró identificarse con los libracos de versos sentimentales que su corta ventura puso entre sus manos, y como para tener penas basta fingírselas, acabó por sentir aquello mismo que empezó aparentando, hasta quedarse tan cejijunta, lacia y malhumorada como una solterona. En este estado jamás sintió pasión por nadie, y víctima de sus fantasmagorías, desoyó a los hombres que la requebraron, asegurándoles, con una seriedad rayana en lo ridículo, que el amante de sus ensueños era impalpable y sutil como un rayo de luna, y que no podía amar porque los desengaños habían dejado su virginal corazoncito seco, duro y mondo como piñón.

II

Pero amor suele remediar las mayores necesidades, y cuando aquel vértigo lacrimoso de niña núbil estaba a punto de degenerar en anemia, resultó que Marina Ledesma topó de manos a boca con un muchacho que, aunque no fuese [illegible] de aquel ideal con ojos azules y melena rubia que ella codiciaba, era un buen mozo, capaz de esponjar el corazón femenino más asendereado y dolorido. El tal hablaba bien y mucho, y como era gran tacaño de sentimientos, sabía disimular el raquitismo de su espíritu con largas parrafadas de oratoria grandilocuente.

Si Javier Bustamante era o no la media naranja de Marina Ledesma, es una minucia que no hace al caso; lo cierto fué que ella le amó locamente y que él se dejó querer, como hombre de mundo que sabe reservarse cuando tiene que habérselas con una mujer que lo pone todo. Marina, acomodando sus delirios a la realidad, quiso a Javier con el desbordamiento y las exageraciones que ponen en sus afectos las heroínas novelescas: quería estar siempre a su lado, leer en su frente sus pensamientos, salvarle de algún peligro extremo, grabarse en el fondo de sus pupilas... A Bustamante empezaron agradándole aquellos arrebatos; luego le fatigaron porque se veía obligado a corresponder, aunque solo fuese por mera galantería, con otros semejantes, y al fin concluyeron por aburrirle del todo.

—¡Jura que me quieres más que a Dios, decía Marina; jura que tu cariño será eterno como la creación!...

Bustamante sonrería con aire paternal.

—No seas simple, muñeca, exclamaba; y no hables de amores eternos delante de personas sensatas.

Marina Ledesma le miraba con ojos de loca: se ponía pálida, luego lívida.

—¿Qué dices?, exclamaba con acento patético; ¿qué escucho?...

—Una afirmación de sentido común: las pasiones más grandes son fruslerías y valen un pitoche comparadas con la eternidad...

Pero ella se ponía fuera de sí y Bustamante tenía que eludir la discusión, temiendo verse en el trance durísimo de vestirla una camisa de fuerza. Otra vez hizo una pregunta, que deslizó con mucha mesura y a guisa de sonda en el corazón de la joven:

—¿Y si yo te dejase?

—Si tu me dejaras... ¡me moriría!, repuso ella sin vacilar.

—¡Bah! Esas son hipérboles de mal gusto; nadie se muere de amor.

—Yo sí; porque si el dolor no me mataba, me suicidaría. Sólo te ruego que, al abandonarme, me dejes un veneno que ponga pronto fin a mi sufrimiento.

De esto hablaron en distintas ocasiones, y con tal ardor insistía Marina en lo ideal del suicidio, que Javier Bustamante, a pesar de su escepticismo, llegó a creer en el trágico fin de sus amores. Mas como, por otra parte, su gastado corazón de amante cansino no podía resistir los arrebatos de aquella mujer, comprendió que era preciso sacrificarla a su egoísmo para reconquistar su antigua libertad. Había llegado el momento de proceder con energía, y Bustamante, tras muchas vacilaciones, decidió practicar aquella disección moral, pero procurando hacer sufrir a la víctima lo menos posible.

III

La catástrofe ocurrió un domingo por la tarde. Marina estaba en su gabinete, vistiéndose para salir, cuando su doncella le entregó una cajita atada con una cinta azul, que acababan de traer. La joven pensó en Javier Bustamnte, y con ansiedad febril rompió la cinta y abrió la caja... Dentro de ella encontró un billetito doblado en cuatro dobleces, un frasquito conteniendo varias píldoras y un sobre cerrado y lacrado. Todo aquello tenía una originalidad novelesca y cuasi trágica, y la joven se apresuró a resolver el misterio leyendo el billete, que decía así:

"Inolvidable Marina: en los dos años que han durado estas relaciones, he podido estudiar nuestros caracteres y convencerme de que no hemos nacido el uno para el otro. Tú eres una niña llena de ardimientos, para quien son horas perdidas aquellas que no vive amando; y yo un hombre cansado, a quien asustan las pasiones vehementes. ¿Ibamos a vivir mártires, tú sufriendo mis desvíos, yo tus arrebatos?... No, niña; a mí como más cuerdo y más viejo, correspondía resolver esta situación en que un momento de locura nos colocó; he comprendido que nos debemos separar y nos separaremos, y estate segura de que, al proceder así, lo hago para bien de los dos.

"Si quieres fiarte de mis consejos, distráete, busca diversiones que aminoren tu dolor y procura enamorarte; eres joven y bella, y mereces encontrar un hombre que sepa corresponder a tu pasión con otra igual. Pero si persistes en la resolución de suicidarte, cedo al deseo que en diversas ocasiones me has manifestado, enviándote un veneno activísimo que pondrá a tu vida un epílogo espantoso de veinte minutos. Sólo te ruego que después de tomar tres píldoras, cantidad suficiente para hacer ese gran viaje de dónde nadie vuelve, tengas la resignación de esperar aún un cuarto de hora; y luego, cuando empieces a sentir los calambres de la agonía, rasgues el sobre lacrado y leas lo que allí va escrito: es mi última voluntad.

"Te quiere, te abraza y te bendice. — JAVIER BUSTAMANTE"

Después ocurrió una escena patética indescriptible. Al principio, Marina Ledesma no comprendió el signifcado de la carta y tuvo que releerla para aquilatar su desventura; pasado aquel sobrecogimiento empezó a llorar y a mesarse el cabello, prorrumpiendo en lastimeros quejidos: ¡Javier! ¡Javier!...

Y en los escasos momentos de lucidez que la pena le concedía, se veía abandonada huérfana de todo afecto, y a él huyendo de ella, alejándose con vertiginosa rapidez en el vagón de algún expreso: espantosa visión que trastornaba su cerebro, como si dentro de él rodase el tren con su infernal traqueteo.

IV

Aquella misma noche, Marina Ledesma, encerrada en su cuarto y con los codos apoyados sobre el velador del gabinete, miraba con estúpida fijeza el frasquito que guardaba las píldoras de atractivísimo veneno que Bustamante le había regalado.

—¡Ser o no ser!... repetía Marina como Hamleto: ¡ser o no ser!...

Aquel frasco diminuto era el billete para el otro mundo, la llavecita de la eternidad, el puentecillo por donde se pasaba del mundo de la vida y de la luz, al reino de la muerte y de las sombras; y aquellas tres píldoras que brillaban tras el cristal como gotitas de mercurio, inmovilizarían su lengua, entorpeciendo las funciones de su pensamiento, paralizando los latidos de su corazón, apagando el brillo de sus ojos.

¡Morir!...

Renunciar a la dicha de amar y de ser dichosa siendo amada; trocar las lujuriantes caricias del sol por el hielo de una noche sin fin; renunciar al bullicio del mundo para meterse en un ataúd... ¡Morir!... ¿Era posible que la muerte, siendo tan grande, cupiese en un frasco tan pequeño?

Marina lo contemplaba experimentando un sentimiento complejo de ansiedad y de pavor, sorprendida de vacilar tanto en ejecutar una resolución que acariciaba desde hacía mucho tiempo; de la vida a la muerte sólo había un paso brevísimo, un paso de niño; la muerte la tenía allí, en su mano, y sin embargo, no se determinaba al suicidio: ¿qué vergonzosa debilidad era aquélla? Apartaba los ojos del fúnebre frasquito para fijarlos en un reloj de bolsillo que estaba sobre la mesa y cuyo segundero indicaba el ritmo acompasado del mundo en marcha; viéndole, pensaba Marina en que aquel reloj marcaría horas sin cuento, que irían desfilando después de su muerte, y noches de amor y alegres alboradas primaverales, que ella no vería...

De pronto recordó su desgracia y pensó en Javier Bustamante que iba alejándose de ella..., alejándose con una velocidad de muchos kilómetros por hora..., y su desesperación venció a su miedo: abalanzóse al frasco y, de una vez, tragó las píldoras fatalesé después se puso de pie, lívida, con los ojos muy abiertos, la frente inundada de sudor y las manos crispadas, pareciéndole que en el otro mundo tocaban a muerto...

El suplicio ya estaba consumado y su agonía sería fatal, irremediable... Marina fué a tenderse sobre el lecho, creyendo haber sentido un retortijón en el estómago; sin embargo, el veneno aun no había tenido tiempo de obrar; cerró los ojos y se tapó los oídos con

(Continúa en la pág. 35)

MARPLATENSES


Susanita Panziniblio

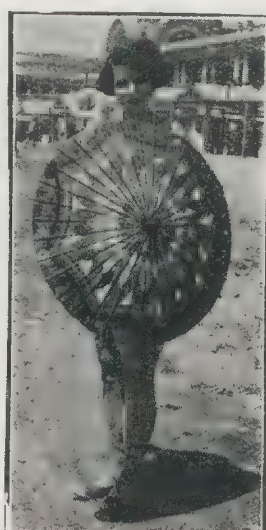

Doctor Coulín y niños de Bavio y de Salvat


Beba Castañi


Doctor Juan C. Dibar y señor Juan C. Barla, inspector de puertos.


Raúl Alberto Roccatagliatta.


Teniente coronel Rómulo Betnazza


Señorita María Zaida Moreno


Dr. Jacinto Reinoso y Sr. Rodolfo Berri


Doctor Ignacio Rodríguez y su familia


María Elena y Lía Esther Nieto


Olguita Oscamú y Bochita Rosso


Jorge Raulet


Bochita Rosso Rodríguez y Rodolfo Esquilín Moreno


Héctor Oscar de Miguel


Martita Facio
Fots. Bonnin e Iris.

Lola Otálora, la bella y gentil artista venezolana, está en Buenos Aires



Lola Otálora

Lola Otálora, armonía de líneas, calor de mirada, atracción de sonrisa: toda una fuerza de belleza y juventud triunfadora. Está en Buenos Aires, entre nosotros, en las luminarias de los boulevares bulliciosos del centro ciudadano y en los paseos apartados, propicios a la delectación del espíritu. Ocupa ella, en este momento, la verdadera actualidad artística de nuestra capital. La graciosa figura venezolana, que llega con el prestigio de su paso por todos los escenarios del mundo, es nuestro acontecimiento de la temporada. No tardará en constituirse la silueta de moda, ya que residen en ella, admirablemente complementadas, las virtudes del talento, del ingenio y de la belleza. Lola Otálora: su nombre nos trae la visión y la gracia de la tierra bolivarina, una de las más hermosas en su prodigalidad tropical y en la amplitud de horizontes de su cielo de colores. En la clara imagen de su rostro y de su cuerpo de bailarina parece haberse compendiado la perfección física; empero animada de la esencia espiritual, recóndita y sutil, que es el don divino de las elegídas para la magia suprema del arte. Bienvenida sea la gentil venezolana. Admiramos en ella la belleza de las mujeres de su tierra y admiraremos, también, a través de su actuación, el encanto de su voz y el donaire de su gracia y de sus danzas.

Partida del doctor Daneri (hijo)

Ha partido de retorno para Danzig el doctor Bartolomé Daneri (hijo), cónsul general de nuestro país en aquella importantísima ciudad de Oriente. Se aleja con él uno de los más eficaces, activos y desinteresados representantes argentinos en el exterior. Pero se aleja un poco nada más, porque sabiéndolo consagrado a su patriótica obra y adherido a nuestros mejores sentimientos de amistad, siempre se hallará cerca de nosotros. De ahí que su partida haya constituído un doble acontecimiento de nostalgia y alegría, que, sin embargo, no fué despedida del todo. El doctor Bartolomé Daneri (hijo) proseguirá en Danzig desarrollando la vasta obra de divulgación y conocimiento de nuestro país y de intercambio directo de la Argentina con la ciudad libre. Se hará, así mayormente acreedor de la simpatía y del alto concepto que ha sabido conquistarse entre nosotros y que se pusieron vivamente de manifiesto con motivo de su retorno a Oriente.



Doctor Bartolomé Daneri (hijo), Cónsul General de nuestro país, en Danzig.

Club Social F. C. O.



Grupo de señoritas que tomaron parte en el baile recientemente efectuado en los salones del Club Social F. C. O.

Nota de arte



"La tejedora", escultura sobre un motivo norteño, obra del artista Luis Perlotti, ejecutada por encargo de la municipalidad, para ornato público.

Vida teatral



Consuelo Labarta (Consuelo Pérez) actriz argentina que se destacó con relieves personales en la compañía de Angelina Pagano

De Chile



Señorita Luz Elzo Roja, declarada reina de las fiestas primaverales, efectuadas en Los Andes

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



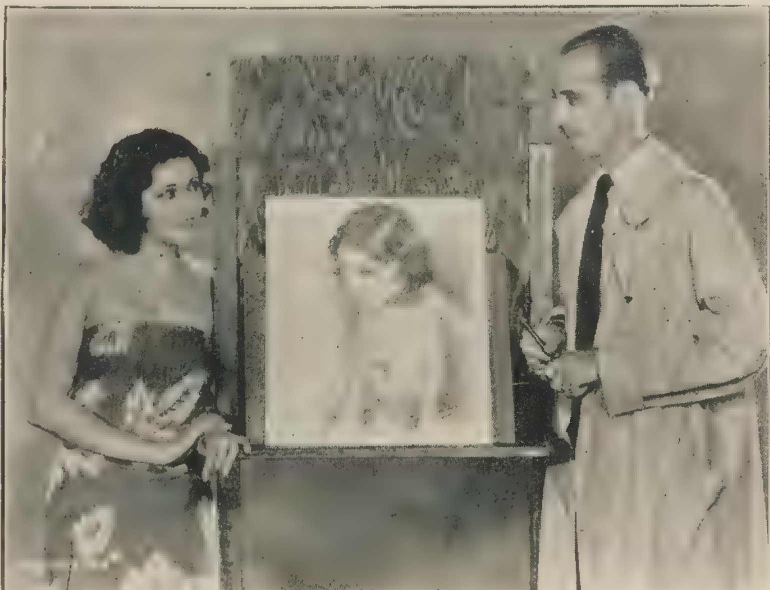
Escena de ''Muchachas que no se venden'', film interpretado por Anny Ondra, Hanny Weise y Karl Lamac, que exhibe la Corporación desde anteayer.



Big Boy, protagonista de ''A tortazo limpio'', cine-comedia del programa Splendid, que la New York Film estrenó el domingo.



Belle Bennett, protagonista de ''La era de los deportes'', que Max Gluckmann estrenará el viernes próximo.



Robert E. Eskridge, celebrado pintor de la vida tropical, hace el retrato de la mexicanita Raquel Torres, en su carácter de heroína de ''Sombras blancas en el mar del sur''.



Escena de ''Arrepentida'', film interpretado por Vera Reynolds, Miguel de Brulier y Ernest Hilleard, que desde el viernes exhibe la General.



Jerry Drew que con Estella Bradley son protagonistas de ''Este es mi tipo'', cine-comedia Splendid que la New York Film estrenará pasado mañana.



Charles Morton y Sally Phipps, protagonistas de ''La regata del amor'', que el jueves próximo estrenará la Fox Film.

La maldición del mar

Por Robert E. Edward

Los dos bravucones más jactanciosos y pendencieros; los dos bebedores más fuertes del pueblecito de Faring, eran John Kulrek y Lie-lip-Canool, su compinche y camarada. Más de una vez detuve el paso al cruzar frente a la puerta de la taberna y escuchar sus juramentos y salvajes cantos de mar, entre temeroso y admirado, ante aquellos dos salvajes piratas.

Siempre las gentes de Faring los miraron con temor y admiración porque evidentemente no eran ellos como los demás hombres del pueblo; no se contentaban con las expediciones de comercio barloventeando a lo largo de las costas, sorteando en las aguas poco profundas los agudos arrecifes. ¡Nada de esquife ni pequeño balandro...! Realizaban viajes largos, más largos que los grandes navíos, arrastrados por las corrientes, sobre el lomo gris de las olas embravecidas, hasta lejanas y extrañas tierras.



Aún recuerdo cómo se alteraba la vida del pequeño pueblo cuando volvía de sus expediciones John Kalrek, trayendo junto a sí al furtivo Lie-lip, y cruzando la plancha, fanfarrón y jacarandoso, con sus vestidos de mar oliendo a brea y en el ancho cinturón de cuero el agudo puñal siempre presto; se lanzaba por las calles del pueblo, repartiendo saludos y sonrisas a sus amistades y besos a las mujeres que se aventuraban demasiado cerca de él, hasta llegar a la taberna. Los vagos y perdidos les rodeaban, aduladores y lisonjeros, riéndoles estrepitosamente sus sucios juramentos y blasfemias. Para los dos truhanescos taberneros y algunos de los vecinos, estos dos hombres de palabra brutal y espantosas hazañas en los Siete Mares y en países de fábula, eran dos valientes caballeros, naturalmente nobles, dignos de todos los honores.

Todos les temían por igual. Así, cuando pegaban a un hombre o insultaban a una mujer, los vecinos rezongaban... pero se retiraban a sus casas. Cuando la sobrina de la señora Farrell fué deshonrada por Kulrek, nadie se atrevió a expresar en palabras sus pensamientos. La señora Farrell no se había casado y vivía con aquella sobrina, a la que había criado y amaba como a una hija en una pequeña choza en la playa, tan cerca de la orilla, que en la marea alta las olas llegaban casi al umbral.

La señora Farrell era una vieja pequeca y mugrienta; nunca dirigía la palabra a los vecinos y tenía entre ellos fama de bruja. Cuidaba de sí misma cubriendo apenas sus frugales necesidades alimenticias con mariscos.

La muchacha era muy linda, vanidosa y tonta, fácil, por lo tanto, de embaucar; así, cedió con facilidad ante los astutos halagos de John Kulrek.

Era un día de Invierno, frío y sin sol, con un viento del Este cortante como una navaja. La vieja Farrell entró por las calles del pueblo, gritando y llorando que su sobrina había desaparecido. Todos se lanzaron a buscarla por la playa y tierra adentro, por entre la manigua; todos, menos John Kulrek y sus compinches que se quedaron en la taberna, jugando y blasfemando.

El monstruo gris incansable se agitaba, bramando entre los arrecifes. Toda la noche buscamos, oyéndolo rugir y gemir, hasta que, a la turbia y fantasmagórica luz del amanecer, depositó el cuerpo de la sobrina de la señora Farrell casi en el umbral mismo de la choza.

Su cara pálida, como si fuera de cera, estaba apacible y tranquila; tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las olas grises y espumosas parecían plañir cuando rozaban sus miembros finos y frágiles. Los ojos de la señora Farrell parecían de piedra, fijos sobre el cuerpo de su sobrina. No habló una palabra hasta que John Kulrek y su banda de vagabundos se acercaron, trayendo aún en las manos los cubiletes y los vasos. John venía borracho; las gentes le volvieron la espalda, y se adelantó hacia la señora Farrell riéndose, y mirando al cuerpo de la muchacha, dijo:

—¡Por todos los diablos, Lie-lip, mi querida se ahogó ella misma!

Lie-lip rió con su boca torcida. Siempre había odiado a la señora Farrell porque había sido quien le había llamado por primera vez Lie-lip.

Entonces John Kulrek alzó su cubilete, balanceándose sobre las piernas, y dijo:

—¡A la salud del espíritu de esta... muchacha!

Todos estaban horrorizados...

Entonces la señora Farrell habló. Sus dientes parecían morder las palabras, coreadas por las olas, y un estremecimiento de terror corrió a lo largo del grupo.

—¡En nombre de Belial, Príncipe de las Tinieblas, yo te maldigo... John Kulrek!... ¡Que la maldición de Dios caiga sobre ti, John Kulrek, por los siglos de los siglos!, ¡por toda la eternidad. ¡Ojalá mueras de una muerte sangrienta y te retuerzas en las llamas del infierno por millones y millones de años!... ¡Yo te maldigo en el nombre del mar y de la tierra y del aire y del fuego! ¡En nombre de los demonios del océano y de los demonios de los pantanos, de las furias de los bosques y los espíritus de las montañas!... Y tú... —y su dedo descarnado y largo apuntaba a Lie-lip, que retrocedió pálido y tembloroso..., — tú serás la muerte de John Kulrek... y él será tu muerte... Conducirás el alma de John Kulrek a las puertas del Infierno... y él te llevará a la horca.

¡Yo coloco, John Kulrek, el sello de la muerte sobre tu frente!... Tú vivirás en el terror... y morirás muy lejos sobre las ondas grises del océano... Pero el mar que recogió en su seno el alma de la inocencia, no querrá la tuya y arrojará tu vil cuerpo sobre las rocas... Por siempre jamás, John Kulrek,—y habló con tal intensidad que la sonrisa de burla en los labios de los bebedores se trocó en mueca de terror... —el mar rugirá por las víctimas que no guarda...! Antes que la nieve de las montañas se derrita, John Kulrek... tu cuerpo rodará a mis pies y yo escupiré a tu cara... !y quedaré contenta!...

Poco después Kulrek y su compinche zarparon para un largo viaje.

Cada día que pasaba la señora Farrell parecía estar más flaca y mugrienta, y sus ojos brillaban con una luz extraña. Los días corrían y las gentes murmuraban que los días de la señora Farrell estaban contados, pues más parecía un fantasma que una mujer; pero ella continuaba viviendo y rehusaba toda oferta de ayuda.

Fué aquel un verano corto y la nieve en los barrancos y desfiladeros de la montaña no llegó a derretirse. Cosa tan poco usual fué objeto de los comentarios de los vecinos. Al caer de la tarde y al amanecer la señora Farrell marchaba por la playa, mirando la nieve que brillaba en lo alto de las montañas, volviéndose luego hacia el mar; en su mirada había entonces una fiereza y un rencor intensísimos.

Se hicieron los días más cortos las noches más largas y obscuras; la gris y helada marejada batía en las arenas y en los rompientes sus espumas blancas, mientras soplaba el viento cortante del Este y caían la lluvia y la escarcha.

Y en un día desabrido y frío un velero entró y ancló en la bahía. Todos los perdidos y holgazanes corrieron al muelle al reconocer el velero en que zarparon John Kulrek y Lie-lip Canool. Plancha abajo se deslizaba Lielip más furtivo que nunca, pero John Kulrek no venía esta vez junto a él.

Atajando las preguntas, Lie-lip dijo agitando la cabeza: "Kulrek desertó en un puerto de Sumatra; se peleó con el patrón y quería volver a verles una vez más, mis buenos muchachos..."

Nada le faltaba para llorar a Lie-lip y de repente se le vió retroceder con sobresalto: la señora Farrell venía atravesando el grupo. Por un momento se miraron si-

lenciosos; los labios de la anciana se entreabrieron entonces con una sonrisa terrible:

—¡¡¡Hay sangre en tu mano, Lie-lip Canool! — dijo, y sus palabras, que parecían azotar el aire, hicieron retroceder a Lie-lip y frotar su mano derecha sobre la manga de la chaqueta.

—Quítate de ahí, bruja maldita — replicó Lie-lip con ira, — y a zancadas echó a andar hacia la taberna, seguido de sus admiradores.

Recuerdo que al siguiente día hacía más frío todavía y que una espesa niebla gris se echó por el Este como un velo, sobre el mar, la playa y el pueblo. Nadie salió aquel día al mar. Los que no estaban en su casa, jugaban a los dados y a las cartas o contaban historias de aparecidos y aventuras, en la taberna. De aquí que Joé, mi camarada, un muchacho más o menos de mis años y yo, viéramos los primeros el comienzo de la extraña aventura que estoy relatando.

Con el atolondramiento de los pocos años, estábamos sentados en un pequeño bote amarrado a uno de los espigones, deseando el uno que el otro propusiera zarpar y sin más razón para estar allí que el levantar castillos en el aire. De repente Joé levantó la mano y señalando hacia el mar, dijo:

—¿No has oído? ¿Quién puede estar afuera en la bahía en un día como éste?...

—Nadie... ¿Qué has oído tú?...

—Remar o estoy más loco que un cabrito... ¡Escucha!...

No podía verse con aquella niebla y yo no oía nada. No obstante Joé juraba que había oído el ruido peculiar de los remos golpeando en el agua. Su cara tenía una extraña expresión y dijo de pronto:

—Te digo que alguien está remando ahí afuera. Parece como si hubiera muchos botes atravesando la bahía. ¿No oyes...? ¿Eres sordo?...

Y como yo moviera la cabeza negativamente, se levantó y comenzó a desamarrar el bote.

—Pues voy a verlo... Llámame mentiroso si no encontramos la bahía llena de botes, unos junto a otros como si fueran una flota. ¿Vienes conmigo?...

Sí, fuí con él aun cuando yo no oía nada. Nos encontramos, pues, en mitad de la bahía y rodeados por una niebla tan espesa, que nos impedía ver a un metro de distancia y sin que escucháramos el menor ruido. Pronto estuvimos completamente perdidos, sin tener la menor idea de dónde quedaba la orilla o si estábamos marchando mar afuera; maldije a Joé por haberme metido en aquel disparatado empeño que parecía llamado a terminar con un naufragio. Pensé en la sobrina de la señora Farrell y me estremecí de terror.

Cuánto tiempo estuvimos a la deriva, no lo sé. Los minutos se ...ban horas y las horas siglos. Todavía Joé juraba que oía el ruido de los remos: unas veces hacia la derecha, otras a proa o a popa: ahora más cercanos, luego más lejos... y así durante horas y horas estuvimos de aquí para allá en busca del invisible remero.

Y cuando ya mis manos no podían casi mover el remo y se apoderaba de mí un extraño sopor y estaba a punto de caer exhausto al fondo del bote, brillaron repentinamente entre la niebla dos luces blanquecinas semejantes a dos estrellas y nos percatamos de que estábamos justamente a la salida de la bahía. Las aguas estaban tranquilas como las de un estanque, negras y profundas, y el frío nos atenaceó más implacable que nunca. Me disponía a dirigir el bote hacia el interior cuando Joé me silbó y por la primera vez oí el clac clac de los remos. Volví un poco la cara y la sangre se me heló en las venas.

Un espolón corvo y agudo venía hacia nosotros; parecía cosa sobrenatural. Con el aliento cortado lo vimos desviarse de su ruta y precipitarse hacia nosotros, con un silbido al cortar las aguas como no lo había yo oído nunca a otra embarcación. Joé pegó un grito de terror y remó frenéticamente; y el extraño navío pasó junto a nosotros. De los costados del navío salían largos remos... Aún cuando no había visto nunca un navío semejante, comprendí que era una galera. ¿Qué podía hacer tal embarcación cerca de nuestras costas?

Los que hacían largos viajes, a tierras lejanas, decían que los utilizaban en tierras salvajes los piratas berberiscos.

Empezamos a perseguirla; y cosa extraña, aun cuando las aguas parecían abrirse ante su proa cortante y el navío volar a través de las ondas, sin embargo, adelantaba muy poco, y no transcurrió mucho tiempo, sin que la alcanzáramos. Amarrando nuestro bote rápidamente a una cadena que colgaba por la popa, gritamos fuertemente a la tripulación que presuponíamos en el puente. Nadie nos respondió: y entonces dominando nuestro miedo, subimos por la cadena y nos encontramos en el puente más raro y extraño que hombre alguno ha pisado.

—Este no es un navío — murmuró Joé con temor. — Mira que viejo está; sólo le falta deshacerse en pedazos.

No había nadie en el puente ni en el castillo de popa ni junto al timón. Entonces nos dirigimos a la escalera que del puente conducía al interior del navío y miramos abajo; si alguien ha estado a punto de volverse loco, esos fuimos nosotros. Porque allí había, ciertamente, remeros sentados en sus bancos, frente a los remos y agitándolos acompasadamente.., pero "aquellos remeros eran esqueletos".

Con un grito de espanto nos precipitamos a través del puente hacia la borda, pero en la carrera tropecé y caí cuán largo era. Lo que ví al caer hizo subir de punto mi terror. Con lo que había tropezado era con un cuerpo humano, y a la turba luz grisácea que empezaba a levantarse por el Este, sobre las olas, vi una daga clavada entre los hombros. Joé me gritaba desde la borda, juntos nos deslizamos por la cadena y cortamos la amarra.

Nos mantuvimos a cierta distancia en la bahía, para observar la galera, mientras reflexionábamos y meditábamos. Parecía ahora dirigirse derechamente hacia la playa, junto al embarcadero, y así que estuvimos más cerca lo vimos lleno de gente. Habían notado nuestra ausencia, sin duda, y estaban allí ahora, a la luz pálida del amanecer, asombrados ante aquella aparición que emergía de entre la negrura de la noche y las aguas sombrías.

Lentamente marchaba la galera; sus remos agitados acompasadamente, cuando de repente, al llegar a los bajos-fondos, hubo un estallido; un horrible estampido sacudió la bahía y ante nuestros ojos la horrenda aparición se evaporó desapareciendo bajo las aguas negras y verdosas sin dejar rastro alguno de sí, ningún despojo.

Algo, sin embargo, flotaba hacia la orilla... Era como un tronco deforme...

Tomamos tierra en medio de un sordo murmullo que se detuvo de repente. La señora Farrell estaba ante su choza, delgada y seca, a la luz escasa del amanecer, apuntando con el índice hacia el mar. Por sobre la arena mojada vino algo flotando y como llevado en vilo por la marejada gris; algo que las olas trajeron rodando hasta los pies de la anciana. Con los ojos muy abiertos, vueltos en blanco, y la faz como de cera, allí estaba ante nosotros John Kulrek.

Una nueva ola lo volteó haciéndole quedar con la cara contra la arena. Entonces pudimos ver aquella daga clavada entre sus hombros. "Aquella daga" era la que habíamos visto tantas veces atravesada en el cinturón de cuero de Lie-lip Canool.

—¡¡¡Sí, yo lo maté!!! —gritó Canool, retorciéndose y arrastrándose ante nosotros—. En el mar, una noche en que estábamos borrachos, lo maté y le arrojé por la borda. Y desde los mares lejanos me ha seguido — su voz era ahora un sordo ronquido —, porque a causa de la maldición el mar no podía conservar el cuerpo!!!...

Y el miserable se desplomó en la arena, temblando, sintiéndose ya frente a la horca.

—¡¡¡Ah!!!... —Vibrante, fuerte, resonó la voz de la señora Farrell—. Desde el infierno de los barcos perdidos, Satanás envió un navío de otros tiempos...! ¡Un navío rojo de sangre y manchado con el recuerdo de horribles crímenes...! Ningún otro podría llevar despojo tan vil... El mar lo ha tomado y me ha dado venganza... ¡¡Mirad ahora cómo escupo a la cara de John Kulrek!!...

Y con una sonrisa, lúgubre como la muerte, se inclinó hacia adelante, borboteándole entre los labios una espuma sanguinolenta... Un sol triste y opaco empezó a alzarse por entre el mar inquieto, siempre en movimiento.

CAVADOR

Fuí desbrozando sombras:
rompí la tierra dura del espacio.
La señal de la luz fué mi herramienta.
Hoy en el alba de oro hundo mis manos.

Así el agua anhelosa de la tierra
llega a la nube alimentando al árbol.

Gustaba el aire fácil, la llanura
celeste, la gimnasia del pájaro;
me conformé con el trabajo oscuro
rumbo a la luz: senda de sierpe y de gusano.

Llego a la atmósfera del día
en las tierras nocturnas arañando;
por peldaños de luz mis pies ascienden
hasta el hogar bendito del descanso.

GONZALEZ CARBALHO

La reina Amaga

Medosac, rey de los ármatas, establecido a lo largo de las costas del Ponto, vivía de continuo sumido en los desórdenes más vergonzosos. Su mujer, Amaga, se encargó del gobierno. Daba audiencias públicas; iba ella misma con tropas a guarnecer las puertas que defendían la entrada del reino; rechazaba las incursiones del enemigo; socorría a los pueblos vecinos atacados.

Extendióse su fama por toda la Escitia y los naturales del Chersoneso táurico, que sufrían vejaciones de un rey escita, hicieron alianza con ella. Primeramente escribió a aquel rey mandándole que dejase en paz al Chersoneso.

Dicho príncipe no hizo caso alguno de esta orden, y entonces Amaga eligió ciento veinte hombres robustos, les dió tres caballos a cada uno y anduvo, en el espacio de un día, un camino de doscientos estadios.

Llegó a la ciudad real y mató las guardias de las puertas. Los escitas, que tal visita no aguardaban, creyeron mayor el número de los enemigos. Amaga penetró hasta el palacio, forzó sus puertas, mató al rey, a sus parientes y amigos, y regaló el país a los escitas del Chersoneso. Pero nombró rey de él al hijo del que acababa de matar, encargándole que gobernase con justicia y no olvidase la suerte de su padre y respetase a los bárbaros y a los griegos.

La guitarra del diablo

Por Carlos María Ocantos

Apenas habrá biblioteca infantil que no tenga su bonito cuento de la princesa encantada, a quien una bruja rencorosa echó la maldición porque olvidaron convidarla al bautizo Generalmente la pobre princesa duerme como una marmota unos cuantos miles de años, o padece las salvajadas de algún fiero dragón o de algún gigante de mal genio hasta que de luengas tierras viene a redimirla de su sortilegio un príncipe rubio y ojeroso, que en un dos por tres deshace el encanto y acaba casándose con la dormilona, siendo ambos muy felices, como sólo en los cuentos se puede llegar a serlo. Y colorín, colorao...

Tal es la base de estas historias de niños. La médula o la moraleja varía, pero siempre es el amor el agente sobrenatural y poderoso, ante quien la maldad y toda su cohorte de perversos auxiliares, se rinden vergonzosamente.

x x x

Pues bien: la historia de la princesa Nervocina, escrita en lengua indostánica y no traducida hasta hoy, no se parece nada a las corrientes que todo el mundo conoce. y es la más rara y extraordinaria que pueda imaginarse o la más ingenua y sosa de todas, según se acierte o no con el intríngulis que, al parecer, se trae dentro.

Esta princesa Nervocina era la hija única del rey de aquel país, allá por los tiempos de Maricastaña, antes de la conquista de Tamerlán, siglo más o menos, y como tal unigénita la criaron bajo un fanal, sin duda para librarla de moscas y cortesanos, con cuidados tan exquisitos, con precauciones tan exageradísimas, que si de bella y discreta nadie la disputaba la palma y bien asentada estaba en el pináculo de la grandeza humana, a salud robusta y alegres colores cualquier aldeanota de las que andaban descalzas por los campos la daba quince y raya. Nervosina era pálida como el loto sagrado, sensible como la cuerda tendida que el arco hace vibrar, físicamente frágil como si fuera de materia quebradiza; el aire la producía estornudos, fiebre el sol, los perfumes aturdimiento, la música jequeca, el silencio bostezos, la soledad hastío y enfado la compañía; en invierno tiritaba y se sofocaba en verano; ni el agua ni el vino probaban a su estómago delicado, que toleraba apenas la miel y las frutas de sus comidas, de modo que traía a su padre y servidores desesperados y revueltos.

Mandaba hacer el rey obras costosas en el palacio para que la primavera sonriese perpetuamente a su hija; despachaba emisarios que la trajeran manjares y objetos curiosos de otros países, organizaba fiestas unas veces, imponía otra silencio de claustro, consultaba augures, ofrecía sacrificios, y Nervosina siempre triste, siempre pálida desganada y caprichosa, con síntomas cada día más singulares de su hiperestesia irremediable.

El gran sacerdote, anciano muy avisado de barbaza como el armiño, fué de opinión que a doncellez que se queja, cura solo el amor, y en seguida salieron los embajadores con encargo de buscar novio a pedir de boca pero Nervosina rechazó a todos los pretendientes y dijo que no quería casarse... El rey se llevaba las manos a la corona, los cortesanos se la llevaban a la cabeza y en el palacio todo era confusión, incertidumbre y ansiedad.

x x x

En esto y de súbito Nervosina puso el grito en los pintados techos y dió a entender que un dolor agudísimo laceraba su corazón. ¿Qué tendría la princesa en aquel corascito, al que todos, altos y bajos, rivalizaban en agradar? La ansiedad, la incertidumbre y la confusión subieron de punto en el palacio: el rey rasgó sus vestiduras (y eso que estaban acabaditas de estrenar) y mandó que de los cuatro extremos del imperio vinieran los médicos más famosos y del extranjero también, y de la China, de la Birmania, del Afghanistán y de la empinada cúspide del Himalaya llegaron, montados unos en rápidos corceles, otros en prudentes elefantes, otros en sobrios camellos y en veleros barcos otros por el mar de Omán y el Indico Océano, reuniéndose la muchedumbre científica en el salón más grande que en el palacio había. Uno por uno examinaron a la princesa, y cada cual expresó su diagnóstico y apuntó el remedio del caso; y como unos y otros no se entendían y recíprocamente se estorbaban, dispuso el rey ensayar el método de cada cual, y aquel que triunfara del dolor de la princesa, ese tenerle por el médico de cámara y por el más sabio de los médicos todos.

Y así se hizo. Sucedía que la enferma, a las primeras gotas del menjurje se ponía buena, o al menos lo parecía, porque se calmaba el dolor, retrocediendo a las últimas células en que, como pérfida alimaña, hallábase guarecido; pero no bien la esperanza retoñaba en el alma del rey y la alegría del triunfo coloreaba la amarilla tez del doctor, sacaba las uñas de nuevo, y de nuevo la dolorida princesa elevaba el grito a las nubes. Uno por uno, y uno después de otro, descollaron todos y hubieron de marcharse derrotados; y cuando ya el rey no sabía a qué ídolo encomendarse, y el gran sacerdote, hundidos en la barba de armiño tres dedos de la derecha mano, buscaba la solución del peligroso problema que tenía paralizado los negocios de Estado y la vida de la nación, se presentó pidiendo hablar a S. M. un chino miserable, quien aseguraba curaría a la princesa, siempre que le permitieran hablar claro, de manera que los ecos de la verdad no scandalizaran a los de la mentira de la adulación y de la lisonja, huéspedes eternos de los palacios, entre cuyos dorados viven como entre el polvo las sabandijas.

Dejáronle que se acercara a la regia presencia, y con el permiso de decir cuando quisiera, dijo el chino:

—Lo que la princesa tiene es hartazgo de regalo, inflamación de caprichos y flato de voluntad. Todo ello se cura con cuatro palos en salva la parte, hambre de ocho días, frío en invierno, calor en verano y trabajo manual todo el año.

Furioso el rey, condenó al insolente a ser decapitado por el delito de decir la verdad, lenguaje que en sus reales oídos no estaba bien que sonora, y publicó edictos por medio de trompeteros ofreciendo buena parte del oro de sus arcas al que curase a la princesa.

x x x

Continuó la peregrinación médica y el dolor de Nervocina sin dar se a partido meses y meses, engañando y burlando a todos, cambiando de sitio, saltando de un extremo a otro del precioso cuerpo, que iba extenuado a ojos vistas, hasta que la fama, telégrafo de todos los tiempos, trajo a palacio la noticia de que existía un médico conocedor profundísimo de las enfermedades de los nervios, el cual se albergaba en un antro del Himalaya, y por salir de su estudioso encierro pedía el oro y el moro.

No vaciló el rey, y mandó que en un palanquín, bien escoltado, condujeran al sabio a palacio, enviándole antes, para disponerle bien y convencerle mejor, una larga reata de acémilas cargadas de oro y piedras preciosas, que había para comprar muchs conciencias.

Pero ocurrió que, a pesar de tan magníficos avances, el sabio no consintió en subir al palanquín si no le prometían que habían de entregársele, en sazón oportuna, las regias almas del padre amproso y la hija dolorida; y pareciéndole a los embajadores, que eran, naturalmente, unos herejotes desalmados, mezquino el precio e indigno de ser discutido, asintieron en seguida, y allí mismo firmaron el protocolo muy campantes, después de acordar que guardarían para sí la desdeñada carga de la valiosa reata.

x x x

Era el extraño sabio un viejecito de pobrísimas trazas, de capa negra raída, cabellera blanca y ojos centelleantes; tenía en ambos lado de la frente dos bultos o protuberancias sospechosas, que bien podían pasar por disimulados pitones, y este detalle diabólico, lo retorcido y largo de sus uñas y el precio singular de la consulta inducen a creer al ignorado cronista que era el mismo demonio, o tal vez una encarnación de Siva, quizá su primo carnal en persona que, por rivalidades de oficio y para no ser conocido, dejó sus cinco caras simbólicas y sus cuatro brazos y adoptó el disfraz y las tretas del maldito tentador de los cristianos.

Sea quien fuere cuenta la leyenda que después de muchos días y de muchas noches llegaron a los reales alcázares, que el grito doloroso de Nervosina entristecía, siendo introducido el sabio en la cámara sin ceremonia... No miró siquiera a la princesa, ni le palpó la muñeca, ni la invitó a que sacara la lengua. Lo que hizo fué desenfundar de debajo de su capa un instrumento desconocido para el indostánico auditorio y que, al juzgar por el mal grabado que a la crónica acompaña debió de ser una sencilla guitarra, y comenzó a tocar alegremente.

Y lo mismo fué empezar él a tocar y sentirse buena y sana Nervocina, de golpe y zumbido. Maravillóse el rey, se maravillaron todos y no hubo agasajo que no recibiera en la corte el portentoso médico.

Y añade el cronista muy gravemente: "Desde aquel día, en todo el Indostán, y fuera de él, se ha tenido por único e infalible recurso para curar a las niñas histéricas y cuantos desequilibrados de nervios existen, la guitarra del diablo."

Lo malo es que resulta el remedio carísimo y casi, casi es preferible el del chino.

La tumba misteriosa de un meteorito gigante

Poseer una de las grandes maravillas del mundo, como el gran cañon, las cataratas del Zambeza o las pirámides, es motivo de legítimo orgullo para una nación; poseer una maravilla de más allá de los mundos es privilegio mucho más singular todavía.

En el meteorito del Cabo York, traído desde el norte de Groenlandia por el contraalmirante Peary, los Estados Unidos poseen el cuerpo de mayores dimensiones que ha llegado a la Tierra desde los espacios interplanetarios. Dentro de los límites de los Estados Unidos se encuentra también la tumba del meteorito más grande que se conoce; el terreno atestigua que una masa mineral, infinitamente mayor que el meteorito del Cabo York, cayó desde los espacios cerca del Cañón del Diablo, en Arizona.

Dos aviadores americanos que hacían unas prácticas de exploración por el Oeste se vieron obligados a aterrizar en Winslow, cerca del Cañón del Diablo. No tardaron en enterarse de que Winslow era también conocida con el nombre de la "Ciudad del Meteoro"; nombre que debía a un inmenso cráter, que podía visitarse internándose **32 Km. en el desierto.** En las primeras horas de la mañana decidieron volar sobre el cráter del meteoro, teniendo ocasión de contemplar el extraño espectáculo, cuyo relato detallado hicieron más tarde.

Los márgenes formados por una materia blanca extraída de la cavidad por el enorme impulso recibido, hacían destacar con más fuerza sobre la roja superficie del desierto las vastas dimensiones del cráter, sobre el que la luz del amanecer proyectaba unas sombras que le daban extraña apariencia. En el vasto espacio visible, el cráter del meteoro se destaca fuertemente, dominando el desierto; 32 Km. hacia el Este se divisan algunas ligeras columnas de humo, que indican las líneas de los ferrocarriles de Winslow; más allá, pueden aún distinguirse las de Santa Fe, y en la dirección contraria se perfilan las altas montañas de San Francisco.

Dentro de un círculo, con un radio de 9.6 km. ha sido extraído del cráter mayor cantidad de hierro meteórico que el que se ha hallado hasta ahora sobre toda la superficie de la tierra.

El mundo científico, para quien los meteoritos constituyen una interesante materia de investigación, conoce bien el Cañón del Diablo y el cráter del meteoro, lugares que no aparecen, sin embargo, en la mayor parte de los mapas.

La profundidad del cráter es de 171 m.; para darse cuenta de las dimensiones de la cavidad causada por el gigantesco meteorito es preciso recorrer los márgenes; desde un extremo a otro pueden contarse 1.260 m. Todo da la sensación del terrible impulso recibido; los declives de las orillas están formados por piedras de cal pulverizadas y por una gran cantidad de piedra arenisca, cosa extraña en verdad en un desierto de suelo calcáreo.

A una profundidad de 90 m. puede observarse la misma calidad de roca. En los declives de la parte este y oeste, los bloques desprendidos son de vastas proporciones; se calcula en más de 7.000 toneladas el peso del mayor de ellos. A 800 m. de distancia del cráter, un bloque de tres m. de anchura se mantiene erguido como un prehistórico menhir. Se calcula que el meteorito desplazó más de 200.000.000 de toneladas de piedra, es decir, que en un instante realizó la obra de una excavación, comparable a la cuarta parte de la verificada en el Canal de Panamá.

Muchas autoridades competentes en la materia científica, profesionales y aficionados en los campos de la Astronomía, de la Física y de la Geología, están de acuerdo al afirmar que el cráter indica una gigantesca masa de meteoritos. Puede ser considerado como la tumba de un pequeño cometa.

Está muy generalizada la creencia de que estos meteoritos son pedazos de mundos que en lejanas épocas pertenecían a otros sistemas solares, partes de grandes masas de piedras meteóricas que recorren el espacio y han entrado en nuestro sistema atraídos por el sol al tocar su esfera de influencia.

La gran velocidad que esos meteoritos suelen llevar al entrar en la atmósfera terrestre demuestra que describen órbitas hiperbólicas, propias sólo de cuerpos que entran en nuestro sistema desde regiones remotas.

Cuando vemos en los museos de Historia Natural estos fragmentos minerales, negros, que ostentan en su cartel el título de "Meteoritos", se nos hace difícil creer que haya brillado un día su luz en los espacios. Al visitar por primera vez en New York el museo americano de Historia Natural encontramos en el sitio de honor un ciento de pedestales; en cada uno de ellos existe una masa mineral meteórica, formando entre todos una curiosa colección de meteoritos. A la izquierda se halla el bloque de Cabo York, el rey de los meteoritos; sus dimensiones son parecidas a las de un antiguo piano de cola; se compone de níquel y hierro, en su mayor parte, y su peso es de 36 toneladas y media.

El cráter del meteoro proporciona por sí solo más materia de investigación que todas las colecciones del museo.

El misterio rodea todavía al cráter. Se ha invertido mucho dinero en túneles y en excavaciones. En 1922, al intentar taladrar en el cráter, se tropezó con un cuerpo duro, sin que se haya podido determinar exactamente las dimensiones y la profundidad de esta masa. Las excavaciones empezaron en 1906 en el centro del cráter, donde se supone que existió un lago; la arena movediza impidió seguir la obra, que se intentó por otros lados y que tuvo por resultado la obtención de arenas mezcladas con hierro.

Los geólogos se encargaron entonces de examinar el cráter detenidamente, y los trabajos de investigación se emprendieron según sus deducciones: se obtuvieron poco después dos balones de hierro oxidado, sumamente curiosos. A 300 metros de profundidad se encontró hierro; a 390 m. un 50 por 100 de níquel. En 1922, a 412.80 metros, se tropezó con una masa sólida; se empleó la dinamita; pero, a pesar de todos los recursos, la calidad y la cantidad del hierro allí contenido constituye todavía un misterio.

Existe entre la tribu india de los Hopi una curiosa leyenda; según ellos, tres de sus dioses descendieron al desierto: uno de ellos en el lugar donde está el cráter y los otros dos más hacia el Norte. Esta leyenda indica en el cráter un origen relativamente reciente; los estudios geológicos lo confirman también.

El significado religioso del meteorito entre los Hopi tiene antecedentes entre otras razas.

La piedra sagrada de la Kaaba, en la Meca, que los musulmanes besan con fervor, es un meteorito, y era ya considerada sagrada antes de que Mahoma lo decretara así. Se han encontrado también meteoritos, objeto de gran veneración en los templos de los aztecas, en México. También en los templos romanos y griegos se han encontrado piedras extrañas, meteoritos probablemente. Uno de los más antiguos meteoritos que se han encontrado a través de los siglos es el existente en Eusisheim (Alsacia), conocido con el nombre de "El Alcalde Hechizado".

Existe una extraña y supersticiosa leyenda acerca de esta piedra que cayó en Alsacia poco después del descubrimiento de América. La superstición popular creyó ver en el bólido caído del espacio a un oficial, cuyos instintos sanguinarios y crueles, de todos conocidos, habrán sido castigados por Dios, convirtiéndolo en hierro, como pena a sufrir por su despotismo; de ahí su nombre de "El Alcalde Hechizado".

Un fragmento mineral de un meteorito constituye para el astrónomo materia de tanta devoción como piedra negra de la Kaaba para los creyentes del Islam.

PENSAMIENTOS

La naturaleza vive de transiciones, y de conciliaciones: imitémosla. — ESTOURNELLES DE CONSTANT.

La mejor parte de nuestra felicidad aquí en la tierra se compone de la que damos a los demás. — ADOLFO LAIR.

La despoblación de un país es el suicidio de una raza.— ROOSEVELT.

En las almas más grandes hay rincones de debilidad en los cuales duermen las supersticiones. — BARBEY D'AUREVILLE.

Tenemos todavía el sentimiento del heroísmo no para practicarlo, pero sí para aplaudirlo. EMILIO FAGUET

La iglesia es el hospital de las almas. — JORIS CARLOS HUYSMANS.

Las alas de la juventud lleva ligeramente la vida. — PABLO DUBOIS.

El interés no sigue normas estables: sigue las inclinaciones, cambia con el tiempo y se acomoda a las circunstancias. — BOSSUET.

Desprecia la ingratitud, como que es el más ruin de los defectos del corazón. — NAPOLEON.

Exageramos por igual nuestras desdichas y nuestras alegrías. Nunca somos tan desgraciados ni tan felices como declaramos ser. — BALZAC.

Las mujeres hacen siempre una pausa en la conversación, en espera de un cumplido, cuando mencionan su edad. — TOLSTOY.

El perro, amigo del hombre

¿Por qué mueve nuestro perro su cola al vernos? "Porque se alegra de nuestra presencia", es la respuesta superficial que se nos ocurre, probablemente. Pero ésta es una contestación que nada explica.

Realmente la cuestión es ésta: ¿por qué causa el perro manifiesta su alegría moviendo la cola?

Hay que buscar el origen de las costumbres caninas en aquellos remotos días en que la caza era el principal objetivo de la vida del perro. Efectivamente, estas cacerías constituían para él, no solo una diversión, sino también la seguridad de obtener un festín al terminar.

Hay perros de caza que persiguen la pieza encarnizadamente, con la esperanza de destrozarla. Hay otros perros que cazan por el placer de cazar; éstos son verdaderos aficionados al deporte. Los más nobles lebreles y sabuesos no manifiestan el más ligero interés por la zorra, una vez cazada.

Es probable que en un tiempo los perros indentificaran el movimiento de su cola con algún suceso agradable, y esta costumbre, quedó como carácter entre sus descendientes. El disgusto o el miedo se manifiesta en los perros con su rápida huída con el rabo entre las piernas. Esto tiene una explicación natural; durante cientos de años sus antepasados fueron perseguidos por toda clase de animales salvajes, y como la cola era la parte más asequible para los intentos de las fieras, los perros trataban de ponerla tan fuera de su alcance como les era posible.

Casi todos los perros, cuando luchan o se enfurecen, echan hacia atras las orejas; esto puede observarse hasta en los cachorrillos cuando algo les molesta. Es indudable que esta costumbre vino de la necesidad de proteger sus orejas.

Muchas de las costumbres y habilidades que hacen del perro un amigo del hombre fueron adquiridas en los tiempos en que el perro era animal salvaje. Al perro no se le ha enseñado nunca ni la mitad de lo que aprendió por sí mismo.

Gran parte de los rasgos característicos del perro son herencia, seguramente, de sus salvajes antepasados los chacales y los lobos, y es muy posible que de otra especie, el "dingo", perro salvaje nativo de Australia.

Algunos naturalistas dudan de que haya que buscar el origen del perro entre los animales salvajes; sostienen que proceden más bien de una especie de raza canina ya extinguida, pero que debió existir en tiempos remotos.

La teoría de que descienden de los lobos y chacales es bastante fundada.

En su estado salvaje, los perros se veían obligados a buscar su alimentación atacando a menudo animales mucho mayores que ellos. Para esto se reunían en cuadrillas y acometían todos a la vez, con el instinto de que "la unión hace la fuerza". Muchos hombres podían aprender esta lección del perro primitivo que reconocía la necesidad de reunirse para el bien común.

Estos antepasados de nuestros perros tenían, para trabajar en comunidad, un sistema de señales conocido. Es decir, que no se reunían en seguida al oír un simple ladrido, sino que por medio de ellos manifestaban gradualmente sus necesidades.

Hoy nuestros días emplea también el perro distintos ladridos para expresar diferentes cosas. En el ladrido se advierten inflexiones que denotan temor, irritación, odio, duda, gozo, etc. Siendo el perro capaz de expresar casi todas las emociones humanas amor, celos, esperanza, valor, timidez, etc., puede asegurarse que también es capaz de sentirlas.

No todos tenemos, sin embargo, el oído bastante afinado para distinguir estas inflexiones en el ladrido de nuestros perros.

Es posible que éstos hayan desarrollado esta facultad de expresión en su trato con el hombre. El hombre, cuando se irrita o impacienta eleva el tono habitual de su voz; el perro suele hacer lo mismo.

Además de las razones prácticas hay otras que motivan el ladrido del perro. Lloyd Morgan, el famoso profesor británico que ha estudiado durante largos años la inteligencia de los animales, explica que el ladrido, en muchas ocasiones, es sólo un medio por el cual un perro comunica a otro su expresión de simpatía y amistad.

El ladrido no era además en aquellos tiempos la única señal de que se valía el perro para expresarse. Había seguramente ocasiones en las que el ladrido hubiera echado a perder la cacería. Entonces era necesaria una señal muda y el perro empleó para esto su cola. Observemos cómo la agita el sabueso al percibir con su fino olfato la proximidad de la caza. No es necesaria ahora esta señal; pero el perro no hace en esto, como en otras cosas, más que seguir el instinto heredado de sus antepasados.

El perro cumple siempre con fidelidad cuantos cargos se le encomiendan.

Es curioso observar el instinto y el grado de prudencia y de fina percepción que caracterizan al perro guardián. Jamás se equivoca, y distingue perfectamente a quién debe atacar. Y esto sin necesidad ninguna de amaestrarle; éste es, indudablemente, uno de sus instintos heredados.

Antiguamente se guarecían los perros en cavernas; y se veían en la necesidad de ladrar, solicitando socorro, cuando aparecía algún intruso; si no lo hacían se veían en el riesgo de perder su vida atacado por las fieras.

De ahí que los perros tengan tan desarrolladas sus facultades como centinelas.

El ladrido del perro guardián tiene dos objetos: ahuyentar al intruso desconocido y llamar a otros perros en su ayuda. Esto último más tradicional que otra co-

Pero nótese cómo, por razón de sus primitivos instintos, el perro contesta siempre al ladrido del camarada de su vecindad.

La nobleza del perro le impide atacar a un compañero más pequeño, y casi siempre se muestra indiferente ante la furia de un cachorro. Por esto vemos con frecuencia a éste haciendo alarde de su bravura, cuando en realidad el peligro es más aparente que real.

Todos hemos notado que el perro levanta la cabeza cuando ladra, y la baja cuando gruñe. El gruñido implica gran descontento y disposición a la lucha, y por esta razón el animal se prepara instintivamente defendiendo su garganta.

El perro tiene, además de sus otras cualidades, un gran sentido común.

Se dice generalmente que la idea de la comida ocupa toda la imaginación del perro. Esto se comprende, puesto que los placeres o satisfacciones de que puede disfrutar el perro son muy escasos.

Además, la cuestión de la alimentación es menos importante para nosotros, puesto que sabemos que la podemos obtener cuando queramos. No así el perro, que en la antigüedad se veía en la precisión de arriesgar su vida para lograr el sustento. No es, pues, extraño que represente tanto para ellos. El perro por lo regular come, no a las horas regulares, sino cuando tiene gana.

También esta costumbre es heredada, y viene de aquellos días en que el perro se veía obligado a engullir rápidamente sus bocados antes de que le fueran arrebatados. Su estómago, afortunadamente, está preparado para digerir estos alimentos así ingeridos.

Todo el que tiene un perro ha observado con extrañeza las vueltas que da el animal antes de prepararse a dormir. Si duermen en la tierra, suelen escarbarla haciendo una hendidura proporcionada a su cuerpo. Según los naturalistas, éste es también un instinto heredado, el cual tiene su origen en aquellos días en que el animal dormía a la intemperie y estaba expuesto a desagradables contingencias. De ahí su empeño en disimularse en la tierra, en la que investigaban también si había alguna serpiente oculta.

¿Por qué ladra el perro a la Luna? Esta extraña costumbre proviene seguramente de que en la antigüedad se aprovechaban las claras noches de luna para las grandes cacerías y los perros se llamaban unos a otros con ladridos.

Todas las costumbres caninas, por extrañas que nos parezcan, tienen por origen una razón poderosa, que aunque ya desaparecida produce los mismos efectos en el perro moderno, lleno de los instintos heredados de sus antepasados, los perros salvajes.

ANECDOTA

El príncipe de Condé reunía frecuentemente en Chantilly a los hombres de letras y se complacía en discutir con ellos. Cuando sostenía una buena causa, hablaba con gracia y con afabilidad. Pero cuando defendía una mala causa, no había que contradecirlo, porque era peligroso contender con él y disputarle la victoria. En una discusión de este género, la expresión de sus ojos espantó de tal modo a Boileau, que, prudentemente, se calló y dijo en voz baja a uno de sus vecinos:

—De aquí en adelante seré siempre del parecer del príncipe..., cuando esté equivocado.

La enfermedad del sueño

Por el profesor **F. K. Kleine**

En las intransitables selvas vírgenes y junto a los afluentes no navegables del río Congo, la enfermedad del sueño existía, sin notarlo los europeos, desde mucho antes de que se extendiese a otras regiones. Mientras los indígenas guerrearon entre sí y el temor paralizó el comercio y el tráfico, la enfermedad permaneció localizada; pero, con la creciente pacificación y el desarrollo del tránsito de caravanas, llegó, a principios de este siglo, a los grandes lagos del centro de Africa; en el lago Victoria murieron, en poco tiempo, millares y millares de indígenas. Las naciones civilizadas enviaron expediciones científicas para la investigación de la misteriosa enfermedad que atacaba por igual a jóvenes y viejos. El estado inicial de la enfermedad se caracterizaba por fiebre frecuente, seguían luego estados de excitación, inclinación a la violencia y a provocar incendios, hasta que, totalmente entorpecido el espíritu y completamente demacrado el cuerpo, un continuo sueño ponía fin a la desdichada existencia. En relación causal con la enfermedad se señalaban un envenenamiento crónico debido a los vegetales podridos de los campos (mandioca), varias especies de bacterías y otros parásitos. En 1902, David Bruce señaló como verdadero causante de la enfermedad al *Trypanosoma gambiense*, protozoo que ya antes había sido visto en la sangre de hombres, sanos al parecer, por lo cual fué considerado como inofensivo. Como el tripanosoma se propaga por medio de las moscas tsetsé y en la región de la enfermedad existe una determinada especie, la *Glossina palpalis*, se hubo de pensar en que esta mosca fuese la transmisora, y David Bruce, por medio de moscas de esta especie, recién capturadas, consiguió positivamente infectar por tripanosomas, monos tenidos en observación.

Esta infección, sin embargo, se obtenía sólo con mucha irregularidad. Si, para mayor seguridad, se hacía que los insectos chupasen en un individuo que padeciese la enfermedad del sueño, el poder infeccioso de la mosca, a pesar de ello, duraba sólo muy poco tiempo. Parecía, pues, tratarse de una transmisión puramente mecánica de la infección, de los enfermos a los sanos; pero, por motivos epidemiológicos, esta hipótesis era por completo insostenible.

En el transcurso del año 1908, me fué dado resolver, por fin, el enigma de la transmisión. Hice que moscas tsetsé "limpias" — es decir, no infecciosas — se alimentasen en enfermos del sueño y luego cada día en un mono sano distintos. Durante algunas semanas ningún mono resultó infectado, pero los monos del final de la serie adquirieron la enfermedad. Las moscas se hicieron infecciosas *cuando los tripanosomas hubieron experimentado dentro de ellas un determinado desarrollo*. La enfermedad del sueño y las glosinas están, por consiguiente, relacionadas entre sí, como el paludismo y los mosquitos.

Este sencillo experimento fué, durante años, el punto de partida de nuevas investigaciones de Taute, Fischer, Bruce, Rodhain, Eckard y otros, que en conjunto demostraron que todas las especies de tripanosomas del Africa tropical pueden ser transmitidas por cada una de las diferentes especies de moscas tsetsé. La enfermedad del sueño, por consiguiente, no está limitada a la región de la *Glossina palpalis* que pertenece a la fauna de Africa Occidental, sino que puede extenderse por el Este, Norte y Sur de Africa, donde vivan cualesquiera tsetsé, y con el transcurso del tiempo se ha comprobado positivamente la existencia de focos de diferente extensión en Rhodesia, Nyasaland, Territorio del Tanganyika y Sudán. Los investigadores ingleses creyeron que, en éstos casos, se trataba de un nuevo parásito especial al que denominaron *Trypanosoma rhodesiense*. Se creyó que, en el parásito antiguo, el llamado núcleo principal estaba siempre en medio del cuerpo, mientras que, en el parásito nuevo, este núcleo está situado hacia atrás; pero, según mis observaciones en la última expedición para el estudio de la enfermedad del sueño, enviada por la Sociedad de Naciones (1926 y 1927), apenas pueden defenderse las supuestas diferencias, pues, investigaciones comparadas, hechas sistemáticamente, mostraron grandes variaciones y transiciones en la situación del núcleo en ambos parásitos. Parece, por consiguiente, justificada la suposición de que son idénticos y que la enfermedad se extendió desde el Oeste por indígenas enfermos.

A impedir la importación de la enfermedad se encaminaron pronto ciertas medidas adoptadas por el gobierno del Africa Oriental alemana; se prohibió por completo la recluta de trabajadores en las regiones infectadas y además fueron sometidas a inspección médica todas las caravanas que iban desde los Grandes Lagos a la costa. En los sitios mismos en que existía la enfermedad, fué combatida ésta talando la vegetación en que vivía *Glossina palpalis*, y como esta especie de mosca tsetsé prefiere los parajes sombríos junto al agua, si se aniquila su vegetación, el insecto perece. Junto al saneamiento del territorio, no se descuidó la busca y tratamiento de los enfermos. El medicamento principal era entonces el atoxil, que empleado con regularidad producía la curación en un 20 por 100 de los casos.

Poco antes de empezar la guerra la enfermedad estaba completamente dominaba en el territorio alemán del Lago Victoria y también se señalaba una disminución en el Tanganyika. Durante la guerra no fué posible que continuasen en vigor las medidas sanitarias y hoy tenemos que contar con una situación diferente. La enfermedad ha sido llevada desde las regiones de la *Glossina palpalis*, desde las selvas de las orillas de los ríos, a las regiones de *Glossina swynnertoni y morsitans*, es decir, a las estepas abiertas, donde es casi imposible aniquilar estas moscas talando o quemando la vegetación. Esto no obstante no creo que se deba augurar mal porvenir a la lucha contra la enfermedad del sueño en Africa Oriental; pues, con atención suficiente y numeroso personal médico, no puede, a mi juicio, esta enfermedad causar en el futuro epidemias tan grandes como las que hemos presenciado a principios de siglo. Entonces, sobre todo cuando la infección era reciente, ofrecía el diagnóstico ciertas dificultades que ahora están vencidas por completo y, además, el nuevo medicamento "Germanina" (Bayer 205), aun cuando no cure siempre la enfermedad, esteriliza la sangre periférica de los enfermos tan duradamente que dejan de ser una fuente de infección para las moscas tsetsé, por lo cual se ha de conseguir el dominar poco a poco el terrible mal.

El tábano indiscreto

Todos los padres se sienten orgullosos de sus hijos, y, sin embargo, las cárceles del mundo están llenas de hombres y mujeres que constituyen la mayor de las vergüenzas.

* * *

La mujer viene al mundo con el sino de ser un día la esclava de un hombre. El hombre, a su vez, viene al mundo con un sino más lamentable todavía: el de ser esclavo de la patria... y de una mujer.

* * *

En el teatro se ven personas que no ríen si no ven reir a los demás. De esto se desprende que del mismo modo que hay personas que no saben juzgar, las hay también que no saben reir.

* * *

Cuando muere un individuo de campanillas al que el ejército o la prensa rinde grandes honores, ¡cuántos hay que quisieran ser el muerto!

* * *

Yo he tenido muchos amigos, pero sólo conservo uno, y este uno estoy seguro de no perderlo jamás, porque, mientras él es rico y no necesita de mí, yo, por mi parte, me cuidaré mucho de pedirle algo a él.

* * *

Odio mortalmente a los gatos porque son traidores y desagradecidos, y, sin embargo, nunca se me ha ocurrido odiar a mis semejantes, que no se diferencian en nada de los gatos.

* * *

Todas las mañanas a las ocho y media pasa el cartero por mi casa. Cuando no me trae una carta me pongo furioso, y cuando me la trae tiemblo como un azogado.

* * *

Es muy doloroso tener que creer todas las mentiras que se nos dicen, pero es una gran cosa saber que casi todo lo malo que se nos dice, es mentira.

* * *

Yo no admito que para remediar las propias necesidades sea legal tocar a los demás el amor propio, porque eso equivale muchas veces a trocar las miserias.

* * *

La nueva poesía, ya no es poesía. Para reconocerla como tal, estoy obligado también a reconocer la factura del almacenero como un engendro poético.

* * *

Si no resultara tan fácil ilusionarse, ¡cuánto trabajo nos darían las ilusiones que nos hacemos a cada momento!

* * *

Cuando se frustran mis propósitos de bienestar y se hace más intolerable mi situación, siento grandes deseos de arrancarme la vida. Sin embargo, cada vez que encuentro al paso un entierro, tiemblo de miedo de enfermarme y morirme.

José M. BRAÑA.

La poetisa Delia Romero Llanos

Por Salvador Merlino

El carácter confidencial que se advierte en los versos de la señorita Delia Romero Llanos, comienza por ganar todas nuestras simpatías. Así, pues, confesamos paladinamente que el capital de palabras que invertiremos en este artículo será de adhesión y no de análisis escueto a la labor realizada por la mencionada poetisa. El crítico cederá su puesto al glosador, en la certeza de que con ello saldremos gananciosos tanto yo como la autora de los "Poemas de la tierra". Queremos decir, naturalmente, que el crítico podría poner algunos reparos a los versos de la señorita Llanos, tarea de la que se exime el glosador. Estos reparos, por otra parte, serían puramente formales, ya que tendrían relación con la estructura académica de algunos de sus trabajos y no con el fondo de la labor total, que es muy meritoria y está llamada a proporcionar a su autora más de un motivo de satisfacción. Los reparos formales de que hablamos, los formularíamos, por ejemplo, en composiciones como "Perfección", donde se pone de manifiesto cierto inexperiencia en el manejo del alejandrino y un escaso sentido de sobriedad en el uso de la adjetivación. Aparte de estos detalles, los trabajos a que nos referimos, encierran méritos suficientes para consagrar a su autora como a una poetisa de verdad.

El credo poético de la señorita Llanos no se supedita a los límites de ninguna escuela. Ella canta con la voz natural y simple de todos los tiempos, no ajustándose a ningún canon que impida la resolución espontánea de sus sentimientos en obras de belleza. Pues, el embanderamiento, cuando menos, lleva implícito una imparcialidad que puede ser perjudicial a la persona del artista, y, por ende, a los fines del arte mismo. Y la señorita Llanos se aleja de él. Y hace bien. Nada mejor para el logro de la personalidad artística que el alejamiento de toda tendencia estética de la que no se es creador. Porque el que crea una escuela, define en ella su personalidad, mientras que el que la sigue no hace más que perderla. Además, en el arte, como en la vida, todos los caminos son buenos cuando conducen al mismo fin. Por eso nos halaga ver a la señorita Llanos hacer su camino sin sujeción a ninguna modalidad preestablecida.

Ella canta porque sí, porque tiene necesidad de cantar, tal como lo hacen el pájaro y el agua de los torrentes.

"Toma
tú,
que pasas
al borde del camino,
esta ánfora
cuajada
de rocío."

Esto es claro, espontáneo y está dicho con la simplicidad con que decimos las cosas de todos los días. La poetisa rehuye las especulaciones abstrusas; gusta de la claridad. Por eso cuando habla con el centauro o silvano o silfo; cuando dice al viajero que lleva en su rostro cansado el polvo del estío que se detenga a abrevar en el ánfora de su boca, o cuando invita al hermano a que abra en la tierra el surco generoso, lo hace con una llaneza tal, que hasta un niño podría comprenderla bien. Pero, prescindamos de todo objetivismo y vayamos con el poeta al mundo de sus versos. Entremos en la selva de su imaginación por el camino armonioso de una de sus composiciones: "Ve".

Ya hemos entrado. Ya estamos frente al cuadro de la naturaleza virgen, poblado de sátiros y de ninfas. Alguien arroja a la poetisa "el dardo concupiscente de su mirada obscura". Ella lo advierte. Y, mujer al fin, le dice no sin cierta coquetería:

"Tú,
centauro o silvano
o silfo, que me miras
ahuecando tus ojos en enorme deseo,

ve
y abreva
tus ansias
en la selva cercana
donde hay ninfas con brazos y caderas paganas.
(Yo defiendo
la albura
de mi cuerpo intocado).
Luego
besa mis pies desnudos
y, eterno Prometeo, solloza encadenado".

Otras veces es más complaciente. Se apiada del viajero que ha surcado todos los caminos y le ofrece su boca para que calme su sed de amor:

(Tú
que abrevaste en todos los caminos
toma
el ánfora
ahora
de mi boca)"

Viene después el instante reflexivo. Su voz, entonces, se torna honda y dulce. La vida es encantadora porque se exorna con las gracias del amor. Ella lo sabe. Por eso le dice a Psiquis que no calle su secreto; antes bien que lo pregone a todos los vientos, cosa que sin duda la mujer hará llevada de ese dejo de epicureísmo que existe en el fondo de toda divinidad gentil.

Pero hay un límite; todo debe hacerse con moderación. Si psiquis corriera los caminos del mundo divulgando su "quimera" sin mesura, pronto se vería amenazada por el grito sensual u hostil de la incomprensión. Y los males de la caja de Pandora serían pocos comparados con los que de ello se derivarían. Por eso es conveniente que Psiquis obre con prudencia, no yendo más allá de la mentalidad común de los hombres. De esta manera tendrá algún éxito en la tierra y no se verá compelida a refugiarse en una de las tantas islas solitarias que Heine habilitó para los dioses ya en desuso del paganismo. No obstante, y en el peor de los casos, siempre existe un recurso. El poeta lo indica:

"Y si el grito
de mil bocas paganas
te siguiera
vuelve,
inquieta,
indecisa
a encerrarte en el claustro de las sombras hermanas".

Allí, sin duda, se sentirá más cómoda. Pero, ¡son tan pocas las almas gemelas, que cuando desencantados del mundo decidimos ir en busca de ellas para dar un poco de solaz a nuestro espíritu, ya no las encontramos! No están en el claustro; se han ido. Porque, nosotros, desgraciadamente, siempre llegamos tarde.

"Tú, que pasas", "Psiquis", "Ve" son composiciones admirables. Pero donde encontramos la verdadera envergadura lírica de la señorita Delia Romero Llanos es en "El surco", pieza entusiasta, honda, con un amplio sentido de sobriedad, que bien puede conceptuarse como el mejor de sus trabajos. De seguir por esta senda la autora de los "Poemas de la tierra", pronto ocupará uno de los más distinguidos lugares dentro de la lírica actual.

Nosotros formulamos votos en ese sentido.

DERROTA

Para FRAY MOCHO

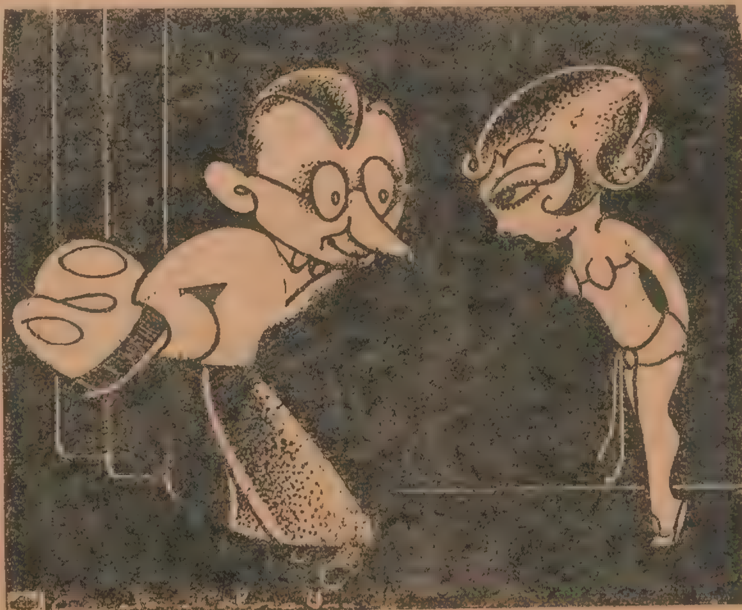
Este amor infinito que temblaba en mis manos
como el fuego sagrado que custodia un altar,
este amor que bramaba con rugidos paganos
en mi piel torturada por la angustia de amar.

Este amor que sangraba por mil poros, abiertos
en mi carne dormida, por un genio del mal,
este amor que sangraba por mil poros despiertos,
este amor que era virgen, este amor de vestal.

Este amor que era puro con pureza de niño,
que era blanco, ¡tan blanco!, con blancura de armiño,
que temblaba en mis manos con divina emoción,

Este amor está enfermo, está ansioso, está triste;
lo ha vencido la herida que en la frente le abriste.
(Y ha olvidado su loca, su pagana canción...)

Delia ROMERO LLANOS



ELLA. — (A él, que es diputado y médico). — Sí, le correspondo, señor diputado; pero prométame no hacer reformas a mi "constitución".

LA PRUEBA

Por José Cerdán Aranda

Las palabras habían caído pesadas, lúgubres. Parecieron mazazos en el cerebro de Cástulo, quien, por unos segundos, permaneció sentado, los brazos laxos, colgando a los costados del cuerpo, la cabeza también caída cual trágico péndulo.

Tras un silencio, la voz de Cástulo, pausada e impregnada de angustia, rompió el mutismo:

—En medio de todo, — dijo— te agradezco la franqueza, Aída. Prefiero esta sinceridad tan inesperada y brutal, a que me fingieras cariño engañándome a mis espaldas.

Aída estaba de pie ante él. Su rostro no dejaba traslucir ningún sentimiento extraordinario. Estaba sereno, casi impasible, con una impasibilidad que, a otro que no fuera Cástulo, más dueño de sus nervios en esos momentos, menos turbado, le hubiera parecido falsa, y se le hubiera antojado una mascarilla. Era hermosa: alta, blanca, de rubios cabellos, y de grandes ojos color esmeralda, de busto erguido y cuerpo estatuario, Aída tenía todo el porte de los seres privilegiados y superiores.

—La franqueza, Cástulo, ha sido lo que siempre me caracterizó. Cuando te me declaraste, te acepté porque no me eras indiferente, y te acepté para cerciorarme si eras el hombre ideal destinado para mí. Poco después de iniciado nuestro noviazgo, a tus requerimientos, hube de confesarte que había tenido dos novios antes que tú, a los que dejé por estúpidos y porque se creían conquistadores, y te dije que mi cuerpo estaba limpio de todo pecado. Te amé. Nos casamos. Hoy he dejado de amarte y te pido mi libertad. Si en estos cinco años de matrimonio un hijo hubiera llegado a unirnos más, por respeto al padre de mi hijo, y por no darle un mal ejemplo, me hubieras tenido viviendo a tu lado, aunque no te amase y sin sentir tentaciones de engañarte, para evitar que mi pequeñuelo, andando los tiempos, pudiera avergonzarse de su madre. El hijo deseado no llegó. No me importa saber de quién es la culpa. Supongamos que Dios nos haya negado esa merced, y resignémonos ante ello. Pero, desde el momento que él no existe, y que mi cariño por ti se ha extinguido, nada más justo que solicitemos el divorcio.

Cástulo alzó la cabeza. Miró profundamente a su mujer, quien rehuyó la mirada por un segundo, para luego mirar a su vez al marido con toda tranquilidad.

—Lo tendrás — pronunció él, sin voz apenas.

—Gracias. No esperaba menos de ti.

—Pero, unas palabras, Aída. No es una imposición lo que te voy a hacer; es un ruego.

—Te escucho.

—Quisiera conocer las causas que han motivado la extinción de todo amor por mí.

—¿Lo deseas?

—Te lo suplico.

—No tengo inconveniente en complacer este pedido tuyo; y si no me anticipé a él fué porque temí herirte más, sin mayor necesidad. Lo que he de decirte puede resultar un tanto molesto, y causarte contrariedad.

—¿Mayor que la de saber que ya no me quieres y que debemos separarnos?

—Quizá sí, Cástulo. La separación que pido, por mi falta de amor hacia ti, es un hecho, pero las causas que han motivado esto son las que quería evitar decirte. A veces, el detalle es lo que nos gana o lo que nos pierde, y tu quizá ahora no le encontrases suficiente valor como para creer que uno de esos detalles pudo motivar tal determinación en mí.

—Dí lo que sea.

Aída guardó silencio por unos instantes, que a él le parecieron eternos.

—Haré uso de cierta brevedad. En unas palabras, Cástulo: debemos separarnos porque yo he comprobado que tú me has dejado de amar. Eres en extremo parsimonioso y yo soy apasionada. Has derrochado todo tu fuego en la época de nuestro noviazgo y en los primeros meses de nuestro casamiento. Yo he sabido conservarlo, y, en la actualidad, no sabes tú corresponder a él. Tengo todos los derechos para intentar ser feliz realizando una nueva experiencia. Tienes, pues, que estar de acuerdo en que se impone una separación.

A las pupilas de Cástulo asomó una decisión trágica, que ella advirtió aunque no hizo observación. El se limitó a decir:

—Tendrás la separación que pides.

. . . .

Cástulo se encerró en su despacho. El falso dominio que hasta entonces había demostrado se esfumó de un solo golpe, y sollozó amargamente. En realidad, él amaba a su mujer casi más que en la primera época de su amor, de ser esto posible, pero él la amaba simplemente, y era parco en floridas palabras. No daba poesía, daba amor, y, por ello, en ocasiones se quedaba mirando a su mujer con arrobamiento, sin decir palabra alguna, o bien cuando la besaba en los instantes de mayor intimidad, parecía que en sus besos quisiera beberle el alma.

¡Y aun decía ella que no la amaba! ¿Cuál era la intensidad de su fuego interior, para considerarse incolmada en sus ansias? ¿Qué manifestaciones de cariño quería como demostración a la veneración que sentía por ella?

Cástulo pensó. No, no era esa la razón. Lo que pasaba es que ella era quien había dejarlo de quererle porque sí, sin causa justificable, y necesitaba de una excusa, de un pretexto para que pareciera razonable su pedido de divorcio.

¡No lo amaba, no! Pero no lo amaba, no porque su desamor fuera una consecuencia de la falta de atenciones de él, sino porque era una casquivana como otra mujer cualquiera. No obstante, a pesar de esta reflexión, pensó y hubo de reconocer que no podía ser tan casquivana desde el momento que había tenido la franqueza de hablar en la forma que lo hizo, cuando, de poseer una menor dosis de honradez o de escrúpulos pudo callar y traicionarlo como tantas otras. Luego, entonces, ¿debía creer que, en realidad, la causa residía en él? Si era así, él le brindaría la prueba más grande de su amor, y con ella tendría la separación tan apetecida.

Extrajo de un cajón de su escritorio un revólver que sin vacilaciones llevó a su sién tras pronunciar el nombre de su mujer cual si le hiciera el ofertorio de su vida..., pero, se abrió una de las puertas de comunicación y por ella, entró apresuradamente Aída, quien corrió hacia él arrebatándole el arma.

—¡Loco, más que loco! ¡Te he estado espiando! ¡Qué locura ibas a cometer! ¿No sabes que ninguna mujer se merece que un hombre se mate por ella?

—¿Ypara que quiero mi vida si me falta tu amor?

—¿Para qué? ¡Para que me quieras, y para que expíes la culpa de tu frialdad conmigo diciéndome que me amas cada minuto, y diciéndome que soy la más buena y hermosa de las mujeres con cien palabras distintas!

El la miraba sorprendido, y demandó:

—¿Entonces?...

—Entonces..., señor marido, fué todo una broma para ver si te resignabas a perderme; fué una prueba para sacudir el amodorramiento de tus nervios tan descansados. Ahora sé que te resignarías a perderme, sí, pero te perdería yo a mi vez, y es lo que no quiero, alma mía.

Y sentándose sobre sus rodillas, lo abrazó amorosamente y buscó los labios de él brindándole las mieles de sus mejores besos.

MAZAREDO

Mazaredo está cerca del mar, pero el pueblito
se hastía en la modorra de un páramo marchito,
y hasta las mismas playas solitarias y brunas
se prolongan en largas y movedizas dunas...

¡Mazaredo! Las barcas y los buques de cabo
pasan siempre distantes de aquel paraje bravo,
y la oscura existencia del caserío tosco
se abate bajo un cielo descolorido y hosco.

Es una pampa estéril. No hay color, no hay arbusto;
mas cuando el sol alumbra sobre el paisaje adusto
el humo de los techos remonta los caminos
y la costa se llena de pájaros marinos...

¡Mazaredo! Los días de aquel lugar brumoso
tienen un vago tedio de río perezoso,
y algún pingüín dormido sobre un peñasco rudo
suele ser cual la efigie del panorama mudo.

Es un lugar inhóspito. Nunca llega un navío,
pues el mar bate siempre sobre el peñón bravío
y la temible boa de los vientos australes
silba, y arrastra lejos los mustios arenales.

¡Mazaredo! En la nieve de sus páramos crueles
sueña el alma un paisaje con trineos y pieles,
y nos queda en la mente la sensación ilusa
de una aldea traída desde la estepa rusa.

¡Mazaredo! No hay barcas, no hay color, no hay arbusto;
mas cuando el sol alumbra sobre el pueblito adusto
el humo de los techos remonta los caminos
y las playas se llenan de pájaros marinos...

Adolfo QUEVEDO

(Continuación de "Defensa heroica".)

las sábanas para no percibir los pasos de la muerte que se acercaría haciendo sonar sus huesos sobre el piso entarimado. Pero el terrible malestar siguió creciendo: sus entrañas ardían, su boca se llenaba de espumarajos blancos; sufrió una sacudida violentísima que arrancó a su garganta un grito, sus dientes castañetearon y sus manos escarbaron las colchas... Temiendo morir sin cumplir la última voluntad de Bustamante, se acercó a la mesa y quedó suspensa al ver que solo habían transcurrido siete minutos; era imposible que ella resistiese trece minutos más en aquel estado. Permaneció algunos instantes de pie, luego dió varios paseos por la habitación y volvió a acostarse: aquella actitud agravó su mal; las sienes latían violentamente: sus entrañas, escandecidas por el tósigo, exhalaban un vaho nauseabundo que llenaba su boca; el vientre empezó a hincharse. Loca de espanto al verse en tan angustioso estado, se levantó, gritando desaforada:

—¡No quiero morir, no quiero!...

Y apuró un vaso de agua deseando mitigar ,aquel ardor insano; el líquido cayó en su estómago como lava hirviendo, aumentando su tormento, y entonces empezó a correr desaforadamente de un lado a otro, sin pensar en que no podía huír de la muerte, puesto que la llevaba consigo... Al fin se aproximó a la mesa, quebrantada, jadeante, y rasgó el sobre lacrado guardador de un papelito que decía:

"¡Pobre Marina!... Cuando leas estos renglones, imaginarás estar a media pulgada de la eternidad. ¡Sosiégate, chiquilla, que todo fué una broma!... "Las píldoras del frasquito no son venenosas, y ahora, en esta ocasión que considero la más oportuna, repito el consejo que tantas veces te he dado: juega, diviértete, ríe, porque tu amor, lo mismo que tu agonía, son obra exclusiva de tu cabecita desarreglada.

"Nadie se muere de amor, Marina, como nadie se muere tampoco envenenándose con miguitas de pan...

"Fija en tu memoria esta lección, tal vez un poco dura, y no le guardes rencor a tu amigo, que de veras te quiere,

Javier Bustamante"

Una sonrisa de inefable satisfacción iluminó el compungido semblante de Marina, y por sus mejillas, arreboladas por el placer de vivir, rodaron dos lágrimas.

* * *

—¡Ay, no me mato, no!..., murmuró oprimiéndose el seno con ambas manos. ¡Es tan horrible mirar a la muerte cara a cara!

V

Desde entonces Marina Ledesma recobró la alegría y donosura de sus buenos tiempos; y hoy es una mujer de mundo, guapa y frescota, que cuando oye hablar de amores criminales y de pasiones eternas..., se sonríe bonachonamente.

Burros

Con rítmico paso marchan;
en hilera van los cinco;
muy bien saben que es angosto
y peligroso el camino.

Por eso guardan distancia
por eso a compás caminan
¡qué burros tan poco burros
los de esta región bendita!

En una armazón de horcones
cuyo eje en el lomo asienta
sin correajes, a equilibrio,
llevan montones de leña.

Otras veces se les vé
cargando paja espartilla
de tal modo que parecen
ser parvitas que caminan.

O llevan sendos costales
repletos de cal y arena,
por los caminos abruptos,
hasta el confín de las sierras.

Y no necesitan guía;
conocen todas las sendas,
y rehuyen los peligros
y muy pocos se despeñan.

Si el primero se detiene
los otros páranse en seco;
y si el primero se mueve
los demás le siguen presto.

No les agobia la carga,
con paso firme y sereno
ellos van siempre adelante
sin desviarse en el sendero.

En vano pretenderíais
que al agua turbia la beban
o que un pantano atraviesen
o pisen movibles peñas.

¿Qué dirán del hombre torpe
que las sendas extravía
y que se arrastra y se enloda
y a tiendas siempre camina?

¡Qué burros tan poco burros
los de esta región bendita!

Isabel Cascallares GUTIERREZ

Los cafres y sus relaciones con los blancos

Cuando hace tres siglos los cafres bajaron por la costa oriental de Africa barriéndolo todo a su paso, el Africa Austral llegó a ser toda ella su provincia o su dominio.

Era valiente, varonil, prolífico. Durante largos años fué el dueño del país, sin ponerse en contacto con los colonos europeos. Sólo en el siglo XVIII, cuando los blancos empezaron a subir desde el Cabo y los negros a descender cogiendo en medio a los aborígenes hotentotes y bosquimanos, empezó el contacto de ambas razas. Todos ellos cafres, hotentotes, negros, en una palabra, forman un pueblo, pero con diferentes costumbres, diferentes danzas y diferentes ritos religiosos, y conservan sus enemistades tradicionales. Además, su tipo difiere de unos a otros, pero todos conservan, o conservaban mientras no empezó la influencia de los blancos, las antiguas tradiciones del "Kraal".

En los "kraals" africanos, en esos pequeños poblados de chozas, las tribus obedecen ciegamente al jefe. La vida en el "kraal" se basa en dos principios: obediencia al jefe y sumisión a la ley de la tribu.

En el "kraal" el jefe maneja la tierra para la comunidad, y allí no hay espíritu de emulación. Nadie pretende ser más de lo que es ni trabajar más que otro, ni aprovecharse del compañero. Todo se consideran hermanos y se dan ese tratamiento, de manera que si un europeo quiere saber el parentesco entre dos cafres tiene que indagar pacientemente si tuvieron los mismos padres; si sus padres eran hermanos o sus madres hermanas o si solo pertenecen a familias vecinas.

Si un negrillo de tres años, desnudo, de abultado vientre, danza ante un europeo y recibe una gratificación, como la cosa más natural se la entregará a otro mayor que él en edad, o cuando menos la compartirá con él.

Así como la tribu tiene sus deberes para con el individuo, éste los tiene para con la tribu. El jefe de ella es responsable de todos los actos de sus individuos.

El cafre que no sirve en el "kraal" y ha emigrado a las ciudades, trata de imitar en seguida las costumbres de los blancos. Si el cafre del campo desprecia al cafre de la ciudad porque desempeña los bajos menesteres a que el blanco le dedica, el cafre de la ciudad se burla del de el "kraal" porque se adorna con pieles y plumas y no sabe hablar el inglés ni el holandés.

Los "kraals" no pueden ya soportar tanto indígena. No sólo la población negra ha aumentado sino que su territorio se ha reducido. En Natal con Zululandia se ha dejado a los negros el 43.1 por 100 de la tierra; en la Colonia del Cabo, el 8.75; en el Transvaal, el 3.56; en el Estado Libre de Orange, el 0.2. El negro no cuenta con bastante terreno para su sustento, y los legisladores van poco a poco, pero constantemente, acortándoles el derecho a la tierra.

El cafre no ha aprendido a trabajar la tierra con la intensidad que el blanco, ni quiere hacerlo por no salirse de la tradición y de la costumbre que heredó de sus abuelos, y no quiere molestar a los espíritus de sus antepasados con innovaciones de los blancos.

Sabe como éste trabaja, le ha ayudado en sus faenas y operaciones, pero su corazón le reclama como cafre y cuando llega a su hogar se olvida de lo que ha visto hacer a su amo blanco y planta y cultiva el campo como lo hicieron sus padres, y vive con el alma tranquila y en paz.

El indígena que ha ido a trabajar a las minas de Johanisburgo, piensa de diferente manera que el que solo ha ido a trabajar en la granja de un blanco.

El minero negro toma un nombre europeo, se viste a la europea o lo más parecido a ello que puede.

Una vez admitido se le permite vivir en las ciudades de Transvaal, Natal u Orange , y si quiere salir de ellas y pasar la nóche fuera necesita un permiso especial.

A veces, como sucede en algún distrito de las minas de diamantes de Kumberley, viven de una forma escandalosa, sin miramientos hacia Dios, a la naturaleza, ni a la humanidad; pero donde quiera que moren son, no propietarios de la tierra donde nacieron, sino más bien inquilinos espirituales.

Sin embargo, en comunidades como la de Bloemfontein, llevan una vida casi a la europea. Viven en casas de ladrillo, van al templo a todos los oficios, respetan a sus negros maestros o sacerdotes, se casan como los cristianos y abandonando el nombre indígena toman apellidos holandeses.

ANECDOTA

—Mirad, Diego de Córdova, que voy a acostarme y quiero que me leáis un rato — dijo Felipe II una noche.

Tomó el cortesano la palmatoria, asistió a la ceremonia de desnudarse el rey, y cuando éste estuvo arropado en la cama, hincó la rodilla y estuvo leyendo mucho tiempo en el libro que había elegido su señor. Entre tanto, el rey se había vuelto hacia la pared, y como don Diego creyese que se dormía, cerró el libro y se levantó silenciosamente.

—No me duermo, Córdova — dijo el rey.

A lo que don Diego, haciendo una gran reverencia, contestó:

—Pero yo sí, señor.

Y dejando el libro y apagando la luz se fué con gran frescura.

Los primeros hombres que se perdieron en las regiones heladas

Por Juan del Pazo

Desempolvando viejos manuscritos y añejas revistas, hemos podido documentarnos sobre la fracasada expedición al Polo Norte que en el año de 1881 efectuó el bravo capitán sueco Andree, acompañado de ocho exploradores más, de los cuales sólo uno logró regresar a tierra habitada, pero en tan lamentables condiciones, que a poco de encontrarse en una de las principales poblaciones del Sur de Groenlandia, murió víctima de su agotamiento y de los numerosos males que adquirió durante su horrible tormento entre la inmensa extensión helada.

LOS PREPARATIVOS

El capitán Andree había anunciado en su país la determinación de intentar un viaje al Polo Norte, en aquella época completamente desconocido, siendo, por otra parte, muy difícil y peligrosa hazaña intentarlo siquiera, ya que no se conocían ni dirigibles, ni aeroplanos, ni rompehielos.

Sin embargo, el bravo explorador concibió esa idea, y tardó solamente algunos meses en ultimar los preparativos, tropezando para ello con incontables dificultades, que pudo vencer gracias a su gran energía y a su sólida resolución.

Al fin, durante la Primavera de ese año, se dirigió a bordo de un barco perfectamente equipado al Norte de la América Septentrional, estableciendo su base de operaciones en Melvil Land, una población sin importancia de Groenlandia, en donde dispuso cuanto creyó necesario para el logro de sus temerarios planes.

Después de algunos meses de trabajo, había logrado el capitán Andree tener treinta perros especiales para arrastrar trineos; perros enormes de Terranova, capaces de soportar las inclemencias y peligros de las regiones árticas.

Hizo llevar el explorador un globo libre, construído con todo lo que podía disponerse en aquel tiempo, que en verdad era bien poco. Construyó algunos trineos y se proveyó de ropa suficiente para sus ocho acompañantes, dispuestos a llegar al eje del mundo.

Tanto Andree como sus acompañantes eran expertos en la navegación, y podía decirse que estaban preparados en esta índole de expediciones, por haber tomado parte en muchas de ellas, ya por estepas siberianas, ya por el extremo Norte de la Península Escandinava, en donde las condiciones climatéricas que privan son muy semejantes a las que imperan en las regiones del Polo Norte.

HACIA LO DESCONOCIDO

Terminados los preparativos se señaló la fecha de la partida, y muy de mañana los nueve expedicionarios se ocuparon en poner su globo en condiciones de volar, para lo cual lo inflaron con hidrógeno, viéndolo progresivamente crecer de volumen y elevarse lentamente, conforme su enorme vientre iba congestionándose del gas menos pesado que el aire.

Algunas horas después de iniciada esta labor, el enorme globo ondeaba a unos cuantos metros del suelo, como haciendo prodigiosos esfuerzos para romper las amarras que lo sujetaban a fortísimas estacas, clavadas en la tierra.

Por fin todo estuvo listo, y los nueve valerosos exploradores subieron a la canastilla de forma circular y de dimensiones suficientes para contener en su interior una gran jaula con los treinta perros y dos cajas de provisiones.

Se dió la señal de salida, y algunos hombres apostados en tierra cortaron las amarras que sujetaban al gigantesco globo, que como lanzado por una violenta explosión, se elevó muchos metros sobre el suelo en pocos segundos.

Poca gente, porque esas regiones son escasamente pobladas, vieron el desprendimiento del globo; y después, merced a un viento leve, lo vieron desaparecer con dirección al Polo Norte.

ONCE MESES DESPUES

Después de la partida del globo pasaron semanas y más semanas; después, meses, y nada se sabía de los expedicionarios; no regresaban, ni tenían medio alguno para dar señales de vida; cosa que, en realidad, no extrañó, pues sabían que el capitán Andree tenía el proyecto de hacer un viaje largo, y, además, en aquel tiempo, no se contaba con aparatos para comunicación de urgencia.

Pasaron once meses de la partida y todo el mundo dió por muertos a los valerosos expedicionarios. Algo milagroso vino a descubrir los tormentos de los expedicionarios en todos sus detalles.

Este incidente no fué otro que la llegada a las costas del Norte de Terranova, de un hombre tendido sobre enorme banco de hielo que derivaba hacia el Sureste, derritiéndose paulatinamente conforme se alejaba de las regiones polares.

El hombre tendido sobre el hielo fué recogido a varias millas de la costa por unos pescadores que casualmente se dieron cuenta de su presencia.

Llevado a un poblado de pescadores, se proporcionaron al desventurado algunos cuidados, aunque rudimentarios, pero suficientes para medio volverlo a la vida.

Cuando abrió los ojos y se dió cuenta de que estaba bajo techo, en una estancia en que ardía un magnífico fuego, y rodeado de hombres, su emoción fué indescriptible: estuvo a punto de perder el conocimiento y balbuceó en su idioma algunas palabras que nadie pudo entender.

Uno de los presentes intentó que hablara inglés, y así lo hizo, aunque con cierta dificultad, tanto por su estado lamentable, como por conocer poco esa lengua.

Pidió, en primer lugar, algo que comer, y obtenido esto principió a reanimarse.

Aquel hombre dijo llamarse Polaniesky y ser uno de los bravos exploradores que acompañaron al capitán Andree en su arriesgada aventura polar.

Refirió el pobre enfermo, que ocho o diez horas después de haberse elevado en su globo libre, que era ararstrado rapidísimamente por un furioso viento, siempre hacia el Norte, éste sufrió una avería en su parte superior, ignorándose la causa, y como resultado de ese daño principió a perder hidrógeno y vino el descenso, hasta que la canastilla tocó el hielo.

Inmediatamente ordenó Andree que se cortaran las cuerdas de la "canasta", pues se corría el peligro de que fuera a estrellarse en alguna de las numerosas montañas heladas que había en la zona, y así fué como quedaron sobre una gran sábana de agua congelada, aislados en absoluto del mundo y de los hombres.

Su primer cuidado fué buscar, una hora después, los restos del globo, que fueron a encontrar a media milla. Con la tela del aeróstato levantaron tres tiendas de campaña: en una guardaron las provisiones, que por fortuna habían podido rescatar: en otra guardaron a los perros, entumecidos por el frío, y por la quietud, y en la tercera, más amplia que las otras dos, se alojaron ellos, procurando aprovechar los restos del globo y la canastilla para aislarse, lo más que les fuera posible, de la nieve, sobre todo en las noches.

NAPOLEON I

—¿Y dices que ese hombre se llama?... — preguntó el pastor de Etchebiagne.

—Napoleón. El Emperador Napoleón I.

—Dices que ha conquistado las tres cuartas partes del mundo, y que si los ingleses no lo hubiesen traicionado...

—Hubiera conquistado la otra cuarta parte, eso es —afirmó el pastor de Erromardie. Y añadió:

—Y si el golpe de Napoleón hubiera triunfado, todos hubiéramos sido ricos y felices hasta el fin de los siglos. Está escrito en los libros que he leído.

Guardaban ambos su ganado al pie de una hermosa montaña del Laboud. Había empezado a descargar una fuerte tormenta y se habían refugiado debajo de un árbol tres veces centenario. De repente, un rayo derribó varias ramas, y los dos pastores quedaron sepultados.

Cuando acudieron en su socorro, el pastor de Etchebiagne estaba muerto; el de Erromardie se había vuelto loco.

Fué internado en un manicomio. El enfermo presentaba síntomas evidentes de una enfermedad mental, pero intermitente. Había momentos en que parecía su estado normal. Su memoria funcionaba como antes; recordaba su nombre, su oficio; se acordaba de su compañero muerto por el rayo, y tenía conciencia de su enfermedad y de la necesidad de ser atendido para recobrar la salud.

—Es una desgracia aquel golpe que me privó de la razón. De vez en cuando estoy en babia.

En efecto, un día o dos por semana experimentaba un cambio notable.

Su voz cambiaba de pronto, así como su aire, la expresión de sus ojos y hasta su talla. Parecía más alto, erguido y casi majestuoso. Creía ser el Emperador Napoleón I, cuya historia había leído muchas veces y se había quedado muy grabada en su mente.

Entonces hablaba como el mismo Emperador habla en los libros.

—¡Aquí mis ayudantes! ¡Vengan mis chambelanes! ¡Que venga el príncipe de Neufchatel! Escríbame una carta; es para mi cuñado el Emperador Alejandro...

Se sentaba, apoyada su frente en la mano, entregado a sus pensamientos imperiales, hasta que, agotado, quedaba dormido para despertar pastor de Erromardie. Al salir de cada acceso recordaba lo que le había ocurrido.

—Ya me he sentido Emperador otra vez.

Pero cuando se "sentía Emperador" perdía, en cambio, la memoria de lo que siempre había sido.

Un día llegó al manicomio un alienista célebre de París. Se contaban milagros de él.

Entre los locos incurables le fué presentado el pastor de Erromardie. Lo asistió en una de las crisis y dijo:

—Es un caso extraordinario, pero no creo que sea incurable. Yo me encargo del enfermo.

En aquel momento despertaba el pastor.

—Ya veo lo que ha sido — dijo al verse rodeado de médicos. — Otra vez he estado en babia.

— En efecto — dijo el alienista sonriendo; — pero ya no le volverá a ocurrir.

—¿No? — preguntó el pastor sorprendido y desconfiado.

—No, porque voy a curarlo yo.

—¿Usted? ¿Va usted a curarme?

—Por completo. Ya no volverá usted a estar loco. Será un hombre normal como los demás. Volverá usted a sus montañas, a sus ovejas.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y no seré ya nunca Emperador?

—Nunca. Esté usted tranquilo.

—¡Eso sí que no! ¡A mí no me cura usted! ¡No ser Emperador! ¡Pero señor, si cuando me siento Emperador paso los mejores ratos que he tenido en mi aperreada vida!

Claude FARRERE

Ya instalados, su preocupación fué buscar un medio para fijar su posición, a fin de emprender el regreso a la tierra de que habían salido, tan pronto como hicieran algunas investigaciones científicas que se proponían realizar.

Ni ellos mismos se daban cuenta exacta de las millas que caminaron hacia el Norte, ni de lo apartados que estaban de regiones habitadas; de tal suerte que no podían aquilatar lo grave de su situación.

No tendrían sino doce o quince horas de estar sobre el hielo, cuando se dieron cuenta de que una verdadera manada de osos blancos se aproximaba al campamento, indudablemente con malas intenciones. Todos los hombres, capitaneados por el explorador Andree, tomaron sus rifles e hicieron varios disparos sobre las enormes bestias, que, asustadas, emprendieron la huída, no sin quedar alguna sobre el témpano.

Estos encuentros con los osos se vinieron efectuando, día con día, a toda hora, durante cerca de dos meses, tiempo que tuvieron que permanecer en ese punto los exploradores.

Todos se encontraban ya en lamentable condición: enfermos, extenuados por la deficiente alimentación y desanimados; pues aquellos hombres sabían perfectamente que no tendrían ayuda alguna de los hombres, estando, por lo tanto, atenidos a sus propios esfuerzos.

Después de discutir lo que debía hacerse, acordaron buscar a todo trance la forma de llegar a tierra firme, para lo cual contaban con perros y trineos, aun cuando aquellos en mucho menor número, ya que tres habían muerto por lo terrible del tiempo, y cuatro habían sido sacrificados para comer su carne, careciendo de los elementos necesarios para alimentarse.

En tales condiciones, aquella macabra caravana emprendió el viaje sobre la nieve hacia el Sur. Caminaba durante horas y horas, pero apenas avanzaban algunos centenares de metros en el día. Para su camino no contaban con más elementos de orientación que la posición de los astros en el cielo.

¿Cuántos días caminaron así? No lo sabía el náufrago salvado; pero debieron ser muchos, muchísimos, y cada uno de ellos más penoso que el anterior; y, no obstante tanto esfuerzo y tanto tiempo, no habían llegado a perder de vista su campamento, en donde habían quedado paradas las tiendas improvisadas.

UNA NUEVA DESVENTURA

Después de mucho tiempo de caminar resolvieron hacer un alto largo para atender a dos de sus compañeros que habían enfermado del terrible escorbuto, a quienes era imposible curar eficientemente por carecer de lo necesario.

Durante este alto murieron los dos enfermos, y uno más que pereció al abrirse una honda grieta en el hielo, en la cual cayó, sin que jamás volvieran los demás expedicionarios a saber de él. Ni su cadáver pudieron rescatar.

Habían resuelto reemprender la marcha, después de sacrificar a otros perros para dar de comer a los que aún quedaban vivos, y para comer ellos, cuando una especie de "ruido subterráneo" atronó a su alrededor, y al mismo tiempo se abrió en el hielo una profunda grieta que dividió al témpano en dos.

No hubiera tenido esto mayor importancia; pero como en ese momento los expedicionarios no estaban juntos, dos de ellos, Polaniesky y otro, quedaron en un témpano, y el resto en otro, mientras las dos masas de hielo se separaban rápidamente, quizá impulsadas por alguna corriente submarina.

El compañero del náufrago salvado pretendió arrojarse al agua que dividía los dos témpanos, para pasar con sus camaradas, y aconsejó a Polaniesky que hiciera lo mismo; pero éste estaba tan debilitado que ni siquiera lo intentó.

El desventurado hombre que se arrojó al mar nadó con todas sus fuerzas hacia el block en que estaban sus compañeros de aventura; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues el hielo corría más rápidamente y pereció ahogado. El sol reverberaba sobre el suelo tan intensamente, que no permitía ver largo tiempo ni el agua ni el hielo.

LA MUERTE DE POLANIESKY

A partir de estos momentos, Polaniesky ya no pudo decir nada de lo que ocurrió a sus compañeros, a quienes perdió de vista para siempre, ni pudo relatar lo que a él le sucediera, en atención a que cayó en un estado de debilidad mental muy cercano a la locura.

Algunos días debió flotar sobre el hielo, sin comer, sin abrigo y en horribles condiciones, hasta que, moribundo, fué recogido por los pescadores canadienses. Es de suponerse que no se encontraban a mucha distancia de tierra firme, ni él, ni sus compañeros; pero la falta de elementos para saberlo determinaron su muerte, que algunos años después pudo ser comprobada por otros exploradores que encontraron cadáveres humanos en un punto situado al Oriente de Groenlandia.

LA DICHA

Nació en Oriente un hombre con tal fortuna,
que igual que él, no la tuvo ningún viviente;
porque, siendo su origen de humilde cuna,
¡llegó a ser el monarca de todo Oriente!

En las ciencias fué un sabio que admiró a todos
los genios más profundos de aquella tierra;
pues de la misma forma, por varios modos,
en la paz brilló tanto como en la guerra.

Las mujeres más lindas y apasionadas,
el corazón sintiendo volcán de ardores...,
¡las doncellas, las viudas y las casadas,
le brindaron, ardientes, gracias y amores!

Trató siempre a sus pueblos con la ternura
que profesa a sus hijos el padre justo;
y por ellos fué amado con tal locura,
¡qué en la vida le dieron ningún disgusto!

¿Revoluciones...? Nunca supo qué era eso.
¡El vivió siempre libre de rebeliones,
y logró a sus Estados dar un progreso
que era asombro y envidia de otras naciones!

Halló leal esposa, que no es fortuna
que en el mundo consiguen todos los seres;
y nunca en la existencia nubló ninguna
amargura, el enjambre de sus placeres.

¿Amigos?... Más que amigos, fueron hermanos
cuantos él distinguía con este nombre.
¿Servidores?... Tan fieles en los humanos
ni soñarlos pudiera jamás un hombre.

Y la fortuna siempre tan veleidosa,
que la dicha que hoy presta, mañana trunca...,
¡para él sumisa esclava, fiel y amorosa,
no le volvió en la vida la espalda nunca!

Vivió de esta manera noventa años,
libre de alevosías y enemistades;
sin saber qué eran duelos ni desengaños,
ni lo que son miserias y enfermedades.

Pues tal hombre, de suerte tan envidiada,
el monarca del mundo más poderoso,
así dijo al morirse, con voz ahogada:
"¡Todo lo fuí en la vida, menos dichoso!"

José MARTINEZ MEDINA.

Un emperador asiático.

Hace unos setecientos años existió un hombre famoso, ante cuyas hazañas, que ahora empiezan a conocerse detenidamente, el mundo se sobrecogió de terror.

A medida que este hombre fué creciendo en edad se fué apoderando del mundo y sojuzgó a casi la mitad de la Humanidad.

Este hombre tenía varios nombres: el hombre asesino, la Ira de Dios, el señor de tronos y coronas.

Pero el nombre con que ha pasado a nosotros es el de Genghis Khan o emperador de todos los hombres.

Este déspota aniquilaba imperios, deshacía ciudades, desvastaba los campos, poblada de cadáveres la tierra. El miedo y el terror marcaban su paso y su nombre era pronunciado con espanto por todos los pueblos.

La fuerza y la inteligencia de este emperador eran notables. Los turcos, mahometanos, chinos, etc., con quienes peleó sufrieron el empuje de sus hordas.

Su dominio fué tal que cuatro siglos después de su muerte se conservaba casi intacto.

Continuamente estaba en campaña, sufriendo los rigores de la inacabable lucha y los embates de los elementos. Acostumbrado a la guerra participaba de la comida y elementos de sus guerreros, siendo uno más de la horde.

En su tienda cilíndrica, montada sobre una plataforma y tirada por bueyes, pasaba la mayor parte de su vida.

Sólo el lujo de su vestir lo mostraba en las contadas ocasiones en que residía en los poblados, cuando daba tregua a la lucha.

De este emperador quedan varias representaciones pictóricas, viejas estampas, antiguos tapices...

Algunas de estas representaciones son apócrifas como la que nos lo representa con corona rematada por la cruz. Acaso esto tenga por fundamento el haberse sabido que en su corte se refugiaran monjes nestorianos y por entre las calles que sus tiendas formaban se aseó el signo de la redención.






Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Colores luminosos.—Existen cuatro combinaciones sulfuradas que expuestas durante algún tiempo a la luz del día, adquieren fosforescencia: son éstas los sulfuros de calcio, bario, estroncio y zinc. El sulfuro de calcio es más a propósito que los demás por ofrecer una luminiscencia de mayor duración. Una fórmula ya comprobada para color fosforescente es la que sigue:

Se mezclan 20 gramos de cal cáustica con 6 gramos de azufre en polvo y 2 de almidón. Se humedece a gotas esta mezcla con 8 centímetros cúbicos de una solución de 0,5 gramos de subnitrato de bismuto en 100 centímetros cúbicos de alcohol (previa adición de ácido clorhídrico), de manera que se obtenga una extremada subdivisión de bismuto.

Cuando el alcohol se ha evaporado al aire libre, se calienta la mezcla en un crisol cubierto, durante unos veinte minutos al rojo claro y después de frío, se quita la pequeña capa de yeso que se forma en la parte superior, se pulveriza la materia fundida y se calienta todavía un cuarto de hora más a la temperatura antes indicada.

Operando con precaución, se obtiene un polvo esponjoso que se puede desmenuzar más todavía mediante una ligera Presión. Para aplicar el color sobre objetos que hayan de estar en locales cerrados se emplea una solución compuesta de 50 gramos de gelatina, 200 de agua, 5 de glicerina y 150 de color luminoso.

Para los objetos que hayan de estar expuestos a la intemperie se emplean una parte y media de laca Dannar, y una parte de color luminoso, el cual se tritura con la laca fluída. Después de la segunda aplicación se le vuelve a cubrir de laca pura.

El niquelado es una operación galvanoplástica delicada, cuya teoría se discute mucho todavía, siendo, por consiguiente interesantes las conclusiones sacadas de las investigaciones sistemáticas llevadas a cabo por M. M. Kern y Fabián. El electrolito que se usa más comúnmente es una solución de sulfato doble de níquel y de amoníaco que puede ser neutra o ligeramente acidulada mediante la adición de ácidos débiles como el bórico, el benzoico, el acético, el tánico, el tártrico, el cítrico o los fosfatos ácidos. También puede contener las sales de los metales alcalinos de estos ácidos. El objeto de los ácidos así introducidos, es disolver las sales básicas de níquel que tienen tendencia a formarse en el anodo, por consecuencia de su oxidación. Así pues, dichos ácidos son útiles, pero hay que evitar cuidadosamente su exceso, porque produciría un desprendimiento de hidrógeno en el catodo que quitaría al depósito su adherencia, y hasta lo pondría esponjoso. En este caso, si la densidad de la corriente es elevada, se forma un hiuro de níquel, cuya presencia se manifiesta por la tendencia de la capa depositada a formar hojas y a levantarse y enrollarse sobre sí misma.

El ácido bórico es el cuerpo que más se emplea para la acidificación. Conserva la limpidez del electrolito y hace que el depósito sea más unido y menos frágil. La cantidad empleada varía entre 1,5 y 3 gramos por 100 cm. cúbicos de disolución. La adición del cloruro de sodio al electrolito de sulfato doble a razón de 5 a 10 gramos por 100 cm. reduce la fuerza electromotriz necesaria al depósito, hace a éste más adherente, más tenaz, y provoca una disolución más regular del anodo. Los anodos de níquel puro se disuelven con menos facilidad que los que contienen impurezas como hierro, cobre o estaño, a menos que el electrolito no contenga cloruros. Los anodos fundidos y exigen fuerza electromotriz más elevada.

Las condiciones más favorables para el niquelado son, aparte de las que exigen todos los buenos depósitos galvánicos, una acidez muy débil, un electrolito exento de gases libres, una temperatura comprendida entre 40 y 65° centígrados, una densidad de corriente constante, tensión débil y que el electrolito sea todo lo rico posible en níquel.

El Señor de los Milagros

En tradicional capilla
de una iglesia gaditana,
que la devoción cristiana
ha realzado a maravilla,
la efigie, en retablo hermoso
de objetos piadosos lleno,
se eleva de un Nazareno,
obra de escultor famoso.
Ante El de noche y de día
el pueblo acude a rezar,
muy seguro de alcanzar
lo que con fervor ansía,
e innumerables devotos
que dicha o salud lograron,
por gratitud adornaron
el altar con sus ex votos.
Oyó relatar un día
el gitano Curro Fuentes
los milagros sorprendentes
que aquel Santo Cristo hacía,
y aunque mal observador
de prácticas religiosas
y de enseñanzas piadosas
incrédulo pecador,
tanto de los portentosos
milagros oyó decir,
y los hechos repetir
a testigos numerosos,
que sintiéndose cristiano
el caso reflexionó,
y a probar suerte corrió
nuestro vividor gitano.
Era un tipo original:
chato, chindo (1), muy moreno
aficionado a lo ageno
y de malicias costal.
Ya de la imagen enfrente,
y después de arrodillarse
de un golpe y de santiguarse,
con voz bronca y balbuciente
así empezó: — Pare mío,
aunque de tí me orvié,
pinchárame aquí a tus pié
con ducas y arrepentío.
Soy un probe desgraciao
con hambre muy atrasá,
que jarto ya de rodá
por este mundo arrastrao,
para viví bien y honrámente
y sé presona completa,
no quiée más que una peseta
tóos los días, diariamente.
Una peseta náa má
pa mi familia y pa mí
te pío. ¿Qué son pa tí
veinte perras chicas?... Ná.
Y entre dientes murmurando
cual si rezara el muy zorro,
a manera de abejorro
media hora estuvo zumbando.
Todo lo oyó un monaguillo
del templo, que conocía
al gitano y que sabía
que era un redomado pillo,
y ardiendo en indignación
por ser sacrílega mofa
en tipo de aquella estofa
la hipócrita relación,
miróle fruncido el ceño,
volvió la cabeza airado,
y enemigo declarado
del gitano pedigüeño,
expresó su enojo así
en cuanto le vió marchar:
—Ese se la va a encontrar
como vuelva por aquí.
Llegó la tarde siguiente,
y viendo el mónago listo
venir en busca del Cristo
al gitano diligente,
medio ladrillo cogió
que halló en el patio al azar,
y subiéndose al altar
tras la imagen se escondió.
Fuése hacia el Cristo derecho
el flamenco muy gozoso,
e hincándose presuroso
dándose golpes de pecho:
—Pare de mi corazón. —
exclamó. — ya habrás sabío
que anoche encontré el avío
pronto y sin exposición.
Yo no te pío mivone,
ni títulos e grandeza.
ni quieo coche. ni calesa,
ni chaqueta con fardone.
Yo no quieo pa sé felí.
más que lo que es necesario:
en teniendo yo er salario
que tú sabes... ¡jasta ayl!
Ayúdame como avé,
y caiga otra pesetita
pa que yo lleve a casita
"mauró" por los "chavorré"
Una peseta náa má.
pa mi descanso y salú...
Y adiós, mi pare Jesú.
que no te quieo molestá.
Se persignó con presteza,
con humildad se inclinó.
y en cuanto el monago vió
que bajaba la cabeza,
levantó el medio ladrillo,
y con buena puntería
acertó. como quería.
en mitad del colodrillo.
Dando un ¡ay! se alzó en seguida
de un salto el pobre gitano,
y llevándose la mano
a la parte dolorida,
tomó con paso inseguro
sin volver la cara. el tole,
y diciendo: — ¡Caracole,
si le pío medio duro!

Javier de BURGOS.

(1) Tuerto.

Para hacer más duraderos los sacos para guardar grano se hierven 10 partes de corteza de roble en 140 partes de agua y se dejan fermentar. En esta decocción se se tienen sumergidos los sacos veinticuatro horas, se sacan luego, se enjuagan con agua clara y se dejan secar. El tanino penetra en el tejido y no sólo proteje las fibras contra el enmohecimiento, sino que también les da mayor resistencia. La proporción de corteza de roble debe ser de un kilo por cada ocho varas de tela de saco.

Pintura fosforescente verde. — Compónese de 60 gramos de hiposulfito de estroncio, 12 centímetros cúbicos de una solución alcohólica acidificada a 0,5 por 100 de nitrato de bismuto y 6 centímetros cúbicos de una solución alcohólica análoga de nitrato de uranio.

Para preparar la pintura, se mezclan bien todos estos ingredientes y se eleva gradualmente la temperatura hasta 1.200° sosteniendo el calor durante una hora.

Los aceites rancios o que contienen impurezas se purifican echándolos en un recipiente con el fondo lleno de agujeros y cubierto de una capa de 20 centímetros, de carbón vegetal.

Si se quiere tener aceite sin color, se sigue igual procedimiento. pero sobre el carbón vegetal se echa otra capa de carbón animal.

Repitiendo la operación dos o tres veces, queda el aceite completamente puro.

Para pegar mangos de cuchillo se hace un cemento mezclando 600 partes de resina, 150 de azufre y 250 de limaduras de hierro. Para usarlo se calienta y se echa en el agujero del mango, y en seguida se encaja en él la espiga o rabera de la hoja, caliente también.

Para que los moldes y emplastos de escayola no se endurezcan demasiado pronto, puede retardarse su desecación añadiendo al agua raíz de altea en polvo, en proporción de dos a cuatro partes por ciento. Los moldes y emplastos hechos de este modo, cuando están secos, pueden aserrarse, limarse y tornearse. La adición de un ocho por ciento de raíz de altea retarda la desecación una hora, y la masa puede, durante este tiempo, modelarse como se quiera. Un poco de alumbre o cloruro de hierro da mayor dureza a la escayola. Añadamos de paso que la escayola buena no debe secarse antes de tres minutos.

Notas cinematográficas

El mundo de Hollywood — Thomas A. Edison, inventor del cinematógrafo, de la luz eléctrica y del fonógrafo, ha sido consagrado con nuevos honores. De todas las celebridades internacionales es quien cuenta con mayor número de admiradores entre las estrellas del cine.

Así como el público tiene sus ídolos de la pantalla, las estrellas del plateado lienzo tienen sus celebridades predilectas. Cada uno de los actores más reputados tiene su ídolo, a veces algún inventor famoso, otras, algún escritor o algún pensador. Entre los hombres célebres que cuentan con más admiradores en el mundo cinematográfico figuran Edison, Percy Grainger, Henry Ford, Mussolini y el coronel Charles Lindbergh.

Una reciente encuesta entre los astros y estrellas de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer para descubrir a sus héroes favoritos, reveló que Edison es el personaje más admirado. Buster Keaton, Norma Shearer, John Gilbert y Lon Chaney, entre muchos, votaron por él.

Los favoritos de Ramón Novarro, pertenecen, naturalmente, al mundo musical. Percy Grainger, el pianista y compositor, Puccini, Louis Gravura, el famoso barítono, y el maestro Novarro son los héroes predilectos del joven mexicano.

Las eminentes figuras admiradas por Lon Chaney, son Henry Ford y Edison, con Edison en primer lugar. "Estos hombres han realizado grandes cosas", explica Chaney. "Esta clase de hombres son los que yo pondría como ejemplo a mi hijo".

Jackie Coogan tiene un ídolo exclusivamente adorado. "A mí me parece que Lindbergh es el hombre más grande del mundo", afirma el pequeño Jackie.

Norma Shearer es feminista, y, a fuer de tal, uno de sus ídolos es una mujer: madame Curie, la gran mujer de ciencia que descubrió el radio.

"Yo elegiría a Thomas Edison y a Henry Ford", declara Buster Keaton. "El primero, por los maravillosos dones que ha hecho al mundo; y el segundo, por su espíritu de iniciativa y por ser tal vez el organizador más eminente de nuestra época. Si se tratara de personajes históricos, votaría quizás de otra manera, pero entre las celebridades contemporáneas son éstas las que más compelen mi admiración".

Greta Garbo vuelve la mirada a Europa, y elige a Mussolini, a Lloyd George y Roald Amundsen, el explorador.

La mexicana Raquel Torres,, heroína de la gran producción de Metro - Goldwyn - Mayer "Sombras blancas en los mares del Sur" concuerda con Jackie Coogan en su admiración por Lindbergh, quien, declara ella, es la figura más romántica del mundo contemporáneo.

Lew Cody, habiendo estudiado medicina, admira especialmente a los hombres de ciencia en este ramo: G. Frank Lydsdon, el famoso cirujano, y Noguchi, el sabio japonés que rindió su vida en la investigación de la cura de la fiebre amarilla, son los hombres por quienes siente mayor admiración.

George K. Arthur considera a Lloyd George el estadista contemporáneo más eminente, y a Rudyard Kipling el escritor más admirable de nuestros días.

Karl Dane, su compañero de triunfos, dice que nunca ha habido héroe semejante a Vilhjalmer Stefanson, y entre los autores modernos Haarten Maartens en su favorito. Entre los hombres de ciencia venera a Edison.

"Una joven moderna" — Susana, (Anny Ondra), es un joven extravagante, demasiado moderna para sentir inclinación hacia el matrimonio, cosa que tiene preocupados a sus padres.

Un buen día, decide cambiar de vida y hace al bueno del papá, una apuesta extravagante que por lo original, está de acuerdo con sus "toilettes" y con la gracia picaresca de su personita: mil dólares contra una caja vacía de sombreros, a que en menos de 48 horas se compromete.

¿Cómo hará Susana para encontrar al "candidato"? Pues, muy sencillo: como una mujer decidida y dispuesta a todo, envía al barón de Flaminning, uno de los principales deudores de su padre, una carta en forma de ultimátum, en la que le dice, que ha resuelto casarse con él.

Pero el barón de Flaminning, ha entregado ya su corazón a Margarita (Gloria Markam) una bellísima joven que conociera en un baile de trajes y no está dispuesto a complacer a la exigente Susana. Resuelve, por lo tanto, abandonar el castillo, dejando en su reemplazo al tío Cyriy (V. Burian), después de haberlo convencido que debe aceptar —para salvarlo— el papel de novio obligado de la ocurrentísima joven, quien a los pocos minutos, en su auto, se "desencadena", en forma de turbión, sobre el apacible castillo de Flaminning.

El pobre tío Cyril, no sabe cómo hacer para disuadirla y recurre a la astucia, haciéndole creer que está "adornado" de los peores defectos.

Pero en vano. Todo le encanta a Susana, hasta cuando le dice que es el terrible ladrón Spiegelberg, cuyo retrato le muestra.

El parecido es asombroso. La romántica Susana le dice que está maravillada de haber encontrado un hombre con tantas "virtudes" encima.

Para mayor desgracia, llega al castillo la ex esposa de Cyril. Este, por el temor de ser reconocido por la mujer que abandonara 19 años antes, por "terrible", pasa las de Caín. Llega un momento en que su esposa lo identifica y le pide empiecen de nuevo la vida matrimonial. Entonces Cyril, para sacarse el lazo de encima, comienza a enumerar los crímenes cometidos por su "yo" sanguinario crímenes, por supuesto, todos imaginarios.

Huye de su ex esposa, con Susana bajo la amenaza de ser capturado por la baja policía como el terrible ladrón Spiegelberg; llegan a una taberna de los bajos fondos, donde se encuentran con el verdadero Spiegelberg.

Se descubre la verdadera personalidad de Cyril. Susana lo increpa y lo desprecia, decidiendo en un rapto de admiración hacia el bandido, cambiar de "candidato". Así se la manifiesta, pero éste rehusa, por encontrar en Susana una novia demasiado costosa que le obligará a trabajar extras.

Se presenta la policía en busca de los ladrones; huye el tío Cyril y sin saber como se encuentra de nuevo en poder de su ex esposa, con quien hace las paces, mientras Susana furiosa porque le ha fracasado hasta el ladrón grita al chauffeur: "A casa!", y se va con la acostumbrada exorbitante velocidad en busca de aquel que le proporcionará la satisfacción de decir: "He aquí mi esposo".

"Una joven moderna", ha sido estrenada recientemente por la Corporación Argentino Americana en los principales cines.

Olga Baclanova — Esta actriz que desempeña el difícil rol de la duquesa Josiana en la super-producción Universal "El hombre que ríe", que conoceremos en breve en Buenos Aires, nació en Moscú y fué colocada por sus padres en un convento del que salió para dedicarse a los estudios teatrales. Era una buena cantante y bailarina y con estas aptitudes le fué fácil conseguir un contrato con el teatro de Arte de Moscú, con cuya compañía hizo una larga jira por la Unión.

Su primer trabajo fué al lago de Emil Jannings y después fué elegida por Paul Leni para hacer el rol de la duquesa Josiana con cuyo trabajo la Baclanova ha logrado ponerse en primera fila entre las "vampiresas" de la pantalla.

DE MI TIERRA

A LA DECIMA

Con tus notas argentinas,
vibraste en cuadros camperos
bajo enramadas y aleros
madreselvas y glicinas;
y aunque eres vieja dominas
doliente y sentimental,
para dar vida inmortal
con tus diez versos sonoros,
a los futuros tesoros
de la musa nacional.

EL OMBU

Arbol que sobre espacioso
pedestal, sufre altanero,
las injurias del pampero
cuando se agita furioso.
Arbol del tiempo glorioso;
de los nidos protector,
que triste, bajo el verdor
de su gran copa bizarra,
oyó gemir la guitarra
del último payador.

CHAMBERGO CRIOLLO

Aludo y aventurero,
que ni en época sombría
soportó más tiranía
que la del sol y el pampero.
"Piadoso como un alero"
recorrió las extensiones,
cuando en nuestros redomones
por darnos patria, se irguieron
los gauchos, los que supieron
jugarse, en mil ocasiones.

Felipe FLORES (h.).

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados. de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.60
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.60
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 21 — COMPRIMIDO

LOLA

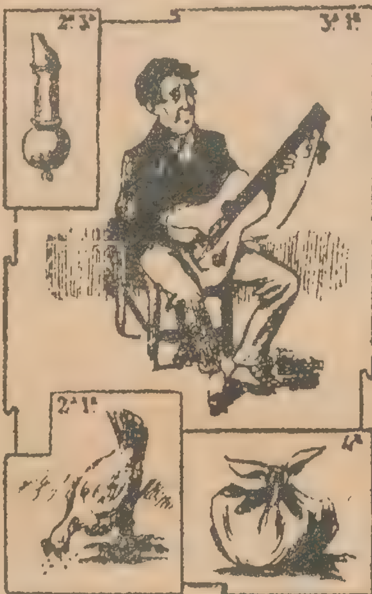
N.o 22 — CHARADA

—¿Qué es ese que va beodo?
—*Primera-segunda-tres;*
digo, *cuatro-cinco*: es
ajeno, sin duda al, *todo*.

N.o 23 — JEROGLIFICO

T
D
T
IN

N.o 24 — CHARADA



N.o 25 — ANAGRAMA

VIL COLGADO CINE

Anagrama precedente
que oculta de cierto modo
el nombre de un presidente.

N.o 26 — CHARADA RAPIDA

1a
Signo musical
2a
Nombre de letra
3a
Vocal
4a
Tiempo verbal
5a
Signo musical
6a
Cabeza de ganado

N.o 27 — JEROGLIFICO

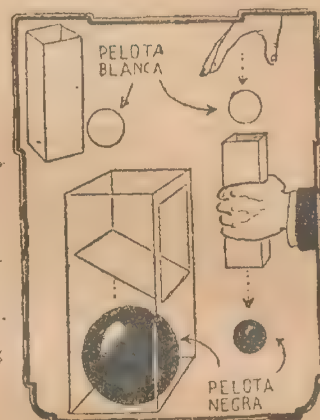
GAL OS

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 11—Colorado.
„ 12—Grano.
„ 13—Camilo.
„ 14—Noche de perros.
„ 15—De la mano a la boca se pierde la sopa.
„ 16—Al revés se puso el poncho.
„ 17—Dante.
„ 18—Se ríe de los peces de colores.
„ 19—Dados
„ 20—Poner el grito en el cielo.

TRUCOS DE LA PRESTIDIGITACION

El artista muestra un tubo abierto por ambos extremos. Una bola de billar totalmente blanca, presenta al público para que la examine. Una vez examinada, la arroja dentro del tubo y al caer por el otro extremo sale completamente negra. Esta pelota se enseña a los espectadores a la vez que se vuelve a mostrar el tubo. ¿Cómo puede hacerse esto? Nuestro grabado explica suficientemente el misterio. Al empuñar el tubo, una de las paredes cae, de modo que cuando la pelota blanca se lance en él queda retenida al mismo tiempo que se afloja la mano y cae la pelota negra. Cuando el tubo se da a examinar, las paredes de éste quedan completas y la pelota negra es escamoteada por el artista.



El misterio de las agallas

Según vamos progresando en los estudios químicos, progresamos también, por consecuencia, en los de Historia Natural. ¡Cuántos misterios han sido descifrados de esta manera! Pero ¡cuántos otros hemos creído descifrar también y nos hemos hallado después ante enigmas completamente ¡impenetrables! La Historia Natural guarda siempre para quienes la aman y la estudian, nuevas e inesperadas sorpresas.

Hablemos hoy de las agallas. El entendido clasifica entre éstas toda deformación producida en los árboles y plantas por algún cuerpo extraño. El profano, en cambio, se contenta con pensar en las avispas, las moscas y piojos, que considera únicos causantes de estas excrecencias. Las agallas son en realidad una de las manifestaciones más misteriosas de la Naturaleza. A primera vista parece el asunto muy sencillo: en el lugar donde el insecto correspondiente ha introducido su huevo o sus huevos se produce una irritación gracias a la introducción del cuerpo extraño. Esta irritación va en aumento según se va formando la larva y produce unas excrecencias en forma y construcción perfectamente definidas. Aquí comienza el misterio. ¿Se puede llamar deformación "enfermiza" esas excrecencias que vemos formarse con la regularidad de órganos completamente normales? No, porque la agalla no lo es en ningún concepto. Sólo se la puede considerar como un brote nuevo, bien organizado y muy característico, que se ha formado en la planta, ajeno al orden de vegetación de ésta. Puesto que en una misma planta vemos aparecer, bajo el influjo de diversos insectos, distintas clases de agallas —sólo el roble nos presenta ochenta clases distintas—, tenemos que deducir, por consiguiente, que la naturaleza de las agallas se debe principalmente a la materia que los insectos han introducido en la planta. Primero tenemos que dejar sentado que sólo ciertas plantas responden a la influencia extraña. Todo en la agalla parece estar maravillosamente dispuesto para dar albergue y alimento a la larva, ayudar, por lo tanto, a su transformación en insecto. Cuando éste se ha formado, la agalla se abre, permitiéndole salir. ¿No es éste uno de los mayores milagros de la Naturaleza? ¿Se puede explicar químicamente esta maravilla de que, por la sola introducción de una materia en otra, se forme una excrecencia que posee todas las particularidades necesarias a la protección y alimento del futuro insecto?

La agalla, como protectora de la planta, también tiene su misión. Si la larva no estuviera aprisionada en ella, se extendería impunemente y acabaría por destruir la planta. Nos es imposible, pues, considerar la agalla solamente como un producto químico: tenemos que admirar en ella un prodigio de la Naturaleza, madre llena de previsión y cuidadosa hasta de la última de sus criaturas.

La irritación producida en la planta por la picadura del insecto la obliga a formar la agalla. La forma y el tamaño de las agallas son muy diversos. La mayoría de las que reproducimos aquí están formadas por varias capas de tejido que tienen la misión de proteger y alimentar la larva. Ilustremos esta afirmación con unos cuantos ejemplos: la agalla producida en las hojas del haya posee en su centro un gran espacio "la habitación de la larva". La pared que encierra este hueco está formada por un tejido grueso y duro que protege al futuro insecto no sólo de daños accidentales, sino de la invasión de algún nuevo parásito... La agalla del roble protege a la larva con un tejido esponjoso y fuerte (figura 2) que impide penetrar a los enemigos de fuera, pero que también encierra herméticamente a su protegida y defiende así, a su vez, las hojas del árbor. El haya si quisiera podría encerrar para siempre al insecto entre células duras e impenetrables; en lugar de esto, rodea el hueco destinado a la larva con un tejido suave y jugoso que le sirve de alimento. La agalla tiene el poder de renovar este tejido "alimenticio" todas las veces que sea necesario. La planta por lo tanto, nutre generosamente al invasor. Estos cuidados habrían sido, sin embargo, sompletamente inútiles si el animal no obtuviera su libertad en el momento que la necesitara. También en esto ha pensado la madre Naturaleza, y las agallas se abren, ya sea secándose y de golpe, como algunos frutos maduros, ya sea soltando sus cubiertas, como otros. Lo maravilloso también en esto es que se abren en el preciso instante en que es necesario.

Si se consideran, por tanto, las agallas como un producto de la Naturaleza con fines definidos, están explicadas su formación y existencia; pero si pretendemos que es un producto químico, producido por el veneno animal al juntarse con la savia de la planta, nos hallamos ante un misterio insoluble. Junto a estas agallas, vemos otras producidas por hongos y setas que son distintas.

PAPEL Y TINTA

"Tierras del mar azul", por Delfina Bunge de Gálvez. — Edición L. J. Rosso.

En verdad, quien lea las primeras páginas de "Tierras del mar azul", no las dejará ya de lado hasta no terminar con su lectura. Pues, al par de ser interesantes sus capítulos, la manera de encararlos dice mucho de la perspicacia de su autora, así como también del encanto singular que trascienden los recuerdos personales narrados sobre éste o aquel episodio por la señora Bunge de Gálvez. Es que quien compuso esta obra, además de hábil escritora, posee una profunda versación sobre los temas referidos. Sólo así se explica, que este viaje a Tierra Santa con escala en varios puntos del Mediterráneo, hasta llegar a Jerusalén, alcance a comunicar al lector los mismos estados de alma que experimenta el turista ante las cosas o escenas que contempla.

El sentimiento religioso que caracteriza a la autora de "Tierras del mar azul", contribuye a que sus emociones en ella promovidas por los lugares sacros recorridos, sean intensas, comunicativas, y a veces llenas de un fervor casi místico.

Las descripciones que hace, de Mallorca, de Génova, de Trípoli o de la misma Nápoles, en nada desmerecen de aquella admirable página dedicada a la Acrópolis de Atenas, en donde la señora de Gálvez alcanza por momentos, bellezas de conceptos que la destacan como una inteligencia privilegiada. Entre los capítulos que más la revelan, ya por la acumulación de detalles de que hace gala, ya por la superposición de visiones que nos transmiten sus descripciones, o bien por la fuerza indudable de las emociones que generan estas interpretaciones, merecen citarse al lado de aquéllos, estos otros para completar la visión de conjunto.

He aquí: "Unas horas en Sicilia", "El Cairo", "Constantinopla", "Jerusalén" y "Roma".

Como se ve, "Tierras del mar azul", de la señora Delfina Bunge de Gálvez, es un hermoso volumen escrito por un alma estremecida.

"El gitano y su leyenda", por Arturo Capdevila. — Librería Cabaut y Cía.

Una rapsodia de Liszt, tocada al caer las últimas luces de la tarde, da pie al señor Arturo Capdevila para tejernos, alrededor de ella, toda una historia sobre el gitano y su leyenda.

En un estilo cautivador y, a ratos pintoresco, el poeta Capdevila nos va refiriendo pormenores del alma gitana, luego nos cuenta de los gitanos en América, en la Alhambra, en el Albaicín; en seguida, para hacernos ver que conoce el tema algo a fondo, en "Una baraja cosmogónica" nos da detalles de la Biblia que se les diera a los gitanos errantes, y que no fué otro que el Tarot, libro de la revelación primitiva; vale decir, Biblia de meditación, porque se afirma que cada carta encierra un profundo símbolo: el Destino.

Más adelante en "La epopeya gitana", nos dice que Liszt adivinó el alma gitana a través de su música maravillosa, rica de extraños motivos, arrebatada de una fiereza loca, ebria de una apasionada fuerza; música, en fin, de antiquísimo origen, y tradición. A continuación, habla de la descendencia gitana, en la que dice que los gitanos no fueron creados por Brahma ni por ningún otro dios, sino que fueron creados por la naturaleza misma. Y como la Naturaleza no morirá jamás, así los gitanos, amantes y esposos de ella, sobrevivirán a los hombres y a los dioses que les maldijeron.

En los capítulos "Mr. Borrow, el gitano" y "Las Santas Marías del Mar", nos narra dos interesantes asuntos que vienen a cerrar este novedoso volumen de una manera elocuente, dejando en el espíritu del lector una grata sensación de cosa vivida.

Por todo ello "El gitano y su leyenda", de Arturo Capdevila, es un libro que deleita.

"Escritos científicos", por Guillermo Rawson y Poesías completas", por Almafuerte. Librería "El Ateneo".

La Biblioteca de "Grandes escritores argentinos" acaba de publicar los volúmenes XX y XXI, correspondientes a los autores que encabezan estas líneas.

El primero de ellos "Escritos científicos", de Rawson, contiene interesantes trabajos que se leen con agrado y provecho. Trae a su frente, un detenido y jugoso prólogo debido al doctor Manuel V. Carbonell y unas palabras explicativas del doctor Alberto Palcos, sobre los escritos científicos.

El otro volumen, contiene la segunda parte de las "Poesías completas", de Almafuerte, el cual viene precedido de un prólogo subscripto por el señor Ernesto Morales, referente a la significación de la obra del poeta platense, cuyo seudónimo Almafuerte es universalmente conocido y respetado.

"Orientación Profesional de la Juventud Argentina", por Carmelo Puciarelli.

El doctor Carmelo Puciarelli, juez en lo Civil y Comercial de la Prov de Buenos Aires, acaba de editar en un pequeño volumen un meduloso trabajo, en el cual se estudia con acopios de datos, estadísticos e informaciones oficiales, la orientación que cabría dar a nuestra juventud estudiosa, si no quiere verse luego defraudada en las actividades de la lucha por la vida, al egresar aquella de las aulas universitarias.

Es tan certera la conclusión a que llega su autor, que bien vale la pena conocer la manera de pensar por medio de este opúsculo.

Y, porque creemos hacer un inmenso beneficio a esa juventud, es que recomendamos no dejen de leerlo; pues, es seguro, que después de conocidas estas páginas, más de uno nos quedarán agradecidos.

"Nosotros"

Acaba de ponerse en circulación el número correspondiente al mes de Noviembre de esta importante revista literaria.

Como siempre, "Nosotros" trae un selecto y nutrido material de lectura, entre los que se destacan las siguientes colaboraciones: 'Significación de la obra de Almafuerte", por Ernesto Morales; "Una ojeada al panorama", por Arturo Costa Alvarez; "La moral social y el arte", por Martín Casanovas; "El ciego de la guerra", por Fausto Burgos; "Bellas Artes: La Pintura", por Max Dickmann; "Alfredo A. Bianchi (caricatura)", por Manuel Kantor, etc., etc.

Merecen citarse también, las secciones de artículos bibliográficos, notas y comentarios, etc.

"Almanaque Rural Argentino"

Editado por la casa J. Lajouane y Cía., acaba de aparecer este popular Almanaque para 1929, que contiene para cada mes:

Las predicciones astrológicas— El tiempo probable en el territorio de toda la República—Las siembras que caben efectuarse y los trabajos rurales que, durante el mes, deben hacerse en las estancias, chacras, huertas, quintas, jardines, montes, viñedos etc.

Se ocupa de todos los temas y cuestiones que pueden interesar directa o indirectamente a todos los que viven en el campo; el sinúmero de datos y la infinidad de consejos prácticos que contiene, hacen que este popular Almanaque sea el libro de consulta diaria.

Un pueblo feliz

No hay más que un impuesto y van a suprimirlo

El pueblo de Aracaldo, cuenta con una población de 198 habitantes, y al que puede darse el nombre de Arcadia de Vizcaya. Tiene en su presupuesto municipal un capítulo de gastos de unas 3.000 pesetas, de las cuales 2.000 pertenecen al secretario como sueldo, 420 de gratificación al maestro de escuela, 75 al único guardia municipal y otras pequeñas consignaciones. Los ingresos ascienden a la misma cantidad, pero solamente por un concepto, que es el gravamen a los vinos, cuya venta explota un vecino. Con esto se liquida el presupuesto municipal.

No tributa ninguna otra especie, a pesar de que abundan en aquel término el chacolí, la fruta, las hortalizas y gran variedad de pesca de río.

Ahora bien: dicho Ayuntamiento es propietario de una rasa forestal que asciende a unos 100.000 pinos, los cuales serán cortados dentro de ocho años, con cuya venta ingresarán en las arcas municipales unas 600.000 pesetas, cantidad que habrá de invertirse en valores de renta fija, que permitirán el ingreso anual, en concepto de intereses, de 30.000 pesetas. Y como quiera que el presupuesto de gastos es sólo de 3.000, las restantes serán distribuidas entre los vecinos, y quedará además suprimido el único impuesto ahora vigente en el pueblo.

TEATROS

PROGRAMA

¿Qué perspectivas ofrece la temporada teatral de 1929? La pregunta parecerá un poco prematura desde el punto de vista de las actividades empresarias y lo es, en efecto. Por ello dejamos para más adelante la consideración de esta faz del asunto, limitándonos hoy a divagar someramente acerca de la orientación en que, a nuestro juicio, debe desarrollarse la labor de los autores.

Pocos países como el nuestro están atentos a las novedades espirituales del mundo civilizado. La moda es, en todos los órdenes de la vida, una preocupación nacional. Así, mientras en otros pueblos se hacen estudios concienzudos respecto a los primeros pobladores, sus usos y costumbres, evolución de sus instituciones y hasta modo de masticar o de pedir prestado, en nuestro ambiente sólo despiertan curiosidad el ultimo grito de París o de nueva York.

Esta tendencia actualista es, desde luego, provechosa en cierto modo, pero tomada como sistema o manía y aceptando lo novedoso porque sí, sin control ni examen, se convierte en un peligroso esnobismo — valga la hispanización del vocablo — que nos somete a una de las peores servidumbres que pueden imaginarse.

Imperan hoy en Europa diversas escuelas de avanzada, que están llevando al teatro las novísimas corrientes del arte en todos sus aspectos pero ninguna de ellas, a decir verdad, ha dado a la escena una obra sólida, compacta, resistente al análisis. Se trata siempre de tentativas más o menos afortunadas, de gérmenes de obras, de atisbos, de promesas que no llegan a granar. Y eso es precisamente lo más tentador y lo que más sugestiona a nuestro gusto por las cosas nuevas. En ello está, también, el mayor peligro.

Las manifestaciones extravagantes y enfermizas del arte, pueden permitírselas los pueblos que cuentan con una tradición de arte clásico, en el que han agotado ya las formas de expresión, o, si no agotado, por lo menos ya hallaron en tales formas la satisfacción y complacencia de sus aspiraciones de arte. En tales circunstancias, un capricho, una veleidad, nada comprometen, porque está allí mismo el testimonio y la garantía de las fuentes inagotables. No así en las literaturas sin tradición autóctona como la nuestra, porque sólo es una vaga pretensión de plan de enseñanza oficial, el abolengo español de nuestros antecedentes en las bellas letras. Por lo menos en retrospección de más de un siglo.

No. En nuestro medio hay que hacer la raíz del árbol y esta raíz no debe de ser somera porque se corre el peligro de que todo se venga abajo. Debemos estudiarnos a nosotros mismos. Pero con estudio serio y hondo, por lo mismo que somos un núcleo humano de mayores complicaciones que cualquier otro, dado nuestro origen de aluvión. Esa labor no puede improvisarse, ni es lógico que se haga bajo la luz de los turbios proyectores que nos vienen de lejos, débiles, cansados, adulterados por la distancia. La moda es una transformación de lo permanente, un cambio de lo que ya es, de modo que es indispensable que algo tenga existencia propia para que sus formas reciban las influencias de la moda.

El drama, la comedia y el sainete, las tres expresiones clásicas del arte de la escena, no han hallado todavía entre nosotros los arquetipos permanentes que pudieran permitir mañana una retracción purificadora. Por eso es urgente crearlos antes de aventurarse en tentativas que, reconozcámoslo sinceramente, no ofrecen más que un porvenir de alarmante fugacidad. Unas son las proclamas vanguardistas y otras las realidades permanentes. Bien están aquéllas en su visión avizora e insaciable de devenir, mas es deber de juiciosos contemplar el presente, como nexo de unión entre lo que ya fué y lo que será.

El pasado se ha ido y el porvenir no ha llegado. Ninguno de ellos lo hemos de vivir nosotros, pero sufrimos las consecuencias del primero y nos incumbe la responsabilidad del segundo. Gozar la hora actual con el corazón en un recuerdo y el pensamiento en un proyecto, es la fórmula suprema de la vida.

He aquí el consejo que debiera presidir la actividad creadora de nuestros autores teatrales.

José Mar.

LA REVISTA PORTEÑA

Ha debutado en estos días en el Smart una compañía de revistas encabezada por Inés Berutti, simpática primera figura que cuenta con muchas felices temporadas de este género en su haber artístico. Integran el conjunto otros elementos de valía entre los que cabe citar a Herminia Mancini, Ida Roca, Raúl Castro, Mercedes Simone, Raimundo Pastore, Rodríguez Baudino, Francisco Aranáz, etc.

Se estrenó en el debuto una pieza titulada "No apta para caballeros" de la que nos ocuparemos en el número próximo.

SE SOSTIENE EL CINE

En el Nuevo se mantiene con éxito la película "Sensualismo y morfina", de tendencia moralista y ejemplar.

EL CIRCULO ARGENTINO DE AUTORES

Se ha publicado en el boletín de la institución un detalle estadístico de la actividad teatral en la temporada de 1928. Creyendo de interés para nuestros lectores, transcribimos fragmentos:

"El círculo, debido en gran parte a la labor cumplida por todos sus asociados y a la administración honesta y disciplinada de sus gobiernos, ha podido alcanzar en estos primeros ocho años de su vida un vigor económico y una influencia cultural en el radio de las actividades teatrales del país que lo colocan en un plano de primera categoría con respecto a las instituciones similares del mundo. La mejor demostración en tal sentido la harán las siguientes cifras:

Desde la fundación del círculo hasta la fecha sus asociados han cobrado en concepto de derechos de autor, y por intermedio de la caja social, la suma de pesos 7.195.676.73, de la cual dedujo la administración por comisiones, pesos 719.567.67, devolviendo a los asociados pesos 192.304, siendo la comisión término medio cobrada en estos años de 7.33 o|o.

Actualmente el capital efectivo del círculo alcanza a la suma de pesos 71.227.61, distribuido en la siguiente forma: fondo de reserva, $13.782.32; caja de socorros, pesos 8.188.39; muebles y útiles 10.095.40; garantía de alquileres, 2.400; cédulas hipotecarias al 6 o|o, 34.481.50; archico musical, 2280.

"De lo que se deduce, este capital efectivo, sumado a las comisiones devueltas, eleva el beneficio total del círculo hasta la fecha a $ 263.531.61

En el fenecido ejercicio de 1928 los asociados cobraron por derechos total superior al año anterior en $ 78.646.38.

"El círculo cuenta con un cuerpo de 333 agentes en el interior y exterior del país, habiendo nombrado la tesorería en este último año cien nuevos agentes, contándose entre ellos el de la República del Brasil, quien ha empezado a difundir nuestro teatro en el país hermano con verdadero entusiasmo.

"El número de actos estrenados por los socios del círculo durante el año 1928 asciende a 400, siendo originales 350 de los mismos y correspondientes a obras traducidas los restantes. De dichos actos originales 244 pertenecen a obras sin música.

Obras originales, en tres o más actos, estrenadas en el año y que han alcanzado más de 30 representaciones

"La venganza de las mariposas", tres actos (fantasía), de Carolina Adelia Alio, 34; "La sombra del pasado", tres actos dramáticos, de E. García Velloso y J. G. Castillo, 72; "Una hija", tres actos cómicos, de Florencio Parravicini, 54; "En Villa Bonete ha sonado un cohete", tres actos cómicos, de E. Sánchez y Rafael Sanromá, 116; "El amor de Scharazada", tres actos dramáticos, de Arturo Capdevila, 31; "El ratón Pérez", cinco actos (fantasía), de Carlos Schaefer Gallo, 39; "Querer", tres actos dramáticos, de Miguel H. Escuder, 39; "La hermana María", tres actos dramáticos, de José J. Berrutti, 82; "Pulgarcito", tres actos (fantasía), de Oscar R. Beltrán (en colaboración), 39 y "El harén de Don Florencio", tres actos cómicos, de Ricardo Hicken, 62.

Obras originales en un acto que han logrado más de cien representaciones durante el año

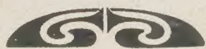
"El mundo y yo no estamos de acuerdo", pieza de Armando Moock 106; "El Cañón Catalán (Panadería y Facturería), sainete, de Antonio Botta, 379; "El que nace puntiagudo no puede morir cuadrao", sainete de F. Chiarello, 125; "El reo era el otro" (Se necesita un embajador), pieza cómica, de Eliseo Gutiérrez (en colaboración) 104; "El náufrago Vicenzo", pieza cómica, de Octavio P. Sargenti, 105; "La clase media", comedia, de Federico Mertens, 133; "Mi tía está chiflada", juguete cómico, de Julio F. Escobar, 259; "Yo nunca voy muerto", pieza cómica, de Antonio Botta y C. E. Ossorio, 223; "Yo soy un tipo de línea", sainete, de C. Goicochea y R. Cordone, 115; "Palabra de vasco", comedia, de Lucio Arráiz, 183; "Sinvergüenza", comedia, de Carlos P. Cabral, 285; "Colón era gallego", sainete, de Julio F. Escobar, 140; "La gloria del niño Jorge", comedia, de Pedro Benjamín Aquino, 118; "La vuelta al mundo en ochenta... sustos", cuento fantástico, de Arnaldo M. G. Malfatti y Federico Mertens, 101; "Gran circo Rivolta" (Colección de fieras), drama grotesco, de M. Romero, 164; "La calle Corrientes", pieza de Manuel Romero, 101é "Pibe recién nacido, se necesita" (Pequeñas delicias de la vida conyugal), adaptación de una comedia americana, por Federico Mertens y L. Rodríguez Acasuso, 109; "Un tipo que gusta a las mujeres", pieza cómica, de J. F. Escobar, 158; "Entró a tallar Don Hipólito", comedia, de Enrique P. Maroni (en colaboración), 190; "El padre Liborio", pieza cómica, de Mario Flores y Paul Heart, 102; "Mi mujer es una momia", pieza cómica, de Bertonasco y Martignone, 101; "Munsolino", sainete, de E. Trongé y J. Fernández, 134; "Nos cayó de arriba un cura", sainete, de A. J. Ballestero y Antonio De Bassi, 239; "No se jubile, Don Pancho", sainete, de Elías Alippi y Antonio Botta, 101; "La taba de la vida", sainete, de Carlos R. de Paoli, 102, y "Un padre en busca de seis hijas", juguete cómico, de Julio F. Escobar, 140.

Revistas que han alcanzado más de 150 representaciones en los teatros Sarmiento, Maipo y Apolo

"El telar maravilloso", original y adaptada, música adaptada. 162; "Nueva York en Buenos Aires", de los mismos autores, 179; "Artistas y Modelos", de los mismos autores, música original de Hans Diernhammer, de los mismos autores, música adaptada, 151; "Caras sonrientes", de Ivo Pelay, Luis C. Amadori y H. Oriac, 159; "Las horas alegres", de Arturo y Antonio De Bassi, A. E. Berrutti y P. Suero, 183; "Cómo nos ven en París", de Arturo y Antonio De Bassi, L. A. Alberti y P. Suero, 163, y "Cosas de este siglo loco", de los mismos autores 164.

"Derechos de autor percibidos en el año por nuestros asociados, pesos 1.149.254.96; compañía de obras cómicas en tres actos que oportó mayor cantidad de derechos, Florencio Parravicini, pesos 29.605.68 (hasta el 2 de diciembre); compañía de dramas y comedias en tres actos que aportó mayor cantidad de derechos, Rivera-De Rosas-Eva Franco, pesos 33.361.07 (hasta el 20 de octubre); compañía de espectáculos por secciones (obras sin música) que ha abonado en el año mayor suma de derechos de autor, Enrique Muiño, pesos 45.537.48 (hasta el 31 de diciembre); compañía de revistas que ha aportado mayor suma por igual concepto, Teatro Sarmiento y jira, $ 103.818.41"

Información gráfica del interior



RIO CUARTO. — Comisión de señoras y señoritas que tuvieron a su cargo la organización de las fiestas realizadas bajo el patrocinio del Club Atlético José María Rojas, en Holmberg, y que alcanzaron gran éxito.





Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile llevado a efecto por el Club Atlético José María Rojas, en Holmberg



El primer cuadro de suboficiales del regimiento 14, que obtuvo el triunfo sobre el equipo del segundo batallón de dicha unidad mediante un score de 1 a 0 goals



FORMOSA. — Enlace de la señorita Carmen Gamón con el señor Roquel C. Luna



Niñas que recibieron la primera comunión en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen

GENTE MENUDA



Juan Carlos Massenzano



Anita Demarco



José F. Bistué



Jaime de Torres



Gregoria Andrés



Mabel Arriza Codebó



Roberto de Giovani



María Teresa, María Alicia y Emilia Angélica Bistué.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



TRAJES PARA LA TARDE. — 1 Vestido confeccionado en crespón de satén blanco, con falda en forma y cintura anudada a un costado. — 2 Traje ejecutado en satén negro con movimiento de recorte, terminándose con nudos de satén.